



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Ríos, Alarcón, Arce. Sra. Avellaneda. Sres. Asquerino, Auñón (Marqués de), Alvarez (M. de los Santos), Arnao, Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, Albesa, Aranzaz, Ariza, Antonio Guerra y Alarcón, Arrieta, Balaguer, Baralt (Barzanallana (Marqués de) Becerra, Benavides, Bona, Borao, Borrego, Bueno, Bregon, Bretón de los Herreros (Manuel), Blasco, Burell, Buitrago, Calvo Asensio (D. Pedro), Campoamor, Camús, Canalejas, Cañete, Carlotto, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martín, Cazorro, Cervino, Cheste (conde de), Collado, Cortina Corradi, Colmeiro, Correa, Cuesta, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio (D. Gonzalo), Comenge, Cañamaque, Calcaño, Dacarrete, Diaz (José María) Diaz Perez, Durán, Duque de Rivas, Echevarria, (J. A.) Espin y Guillen, Estrada, Echegaray, Equiz, Escosura, Estrella, Eulate, Fabié, Ferrer del Rio, Fernandez y Gonzalez, Fernandez Guerra, Fernandez de los Rios, Ferrn Toro, Flores, Figuerola, Figuerola (Augusto Suarez de), Garcia Gutierrez, Gustavo Baz, Gayangos, Galtze de Molina (D. Javier), Graells, Jimenez Serrano, Giron, Gomez Marin, Güel y Rente, Guellbenzu, Guerrero, Incenga, Hartzembusch, Iriarte, Janer, Jaumeandreu, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Lezama, Lucas Mallada, Lopez Guizarro, Lorenzana, Llorente, Lafuente, Macanaz, Machado y Alvarez, Mártes, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Medina (D. Tristan), Merelo, Montesinos, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Malajarriaga, Ochoa, Olavarria, Olavarria y Huarte, Orgáz, Ortiz de Pinedo, Olózcaga, Pompilio Geuer, Palacio, Pasaron y Lastra, Pascual (D. Agustín) Perez Galdós, Perez Lirio, Pi y Margall, Poye, Reinoso, Retes, Revilla, Rios Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodriguez y Muñoz, Rodriguez (G. I. Rosa y Gonzalez, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Sagarminaga, Sanz Perez, Sanz, Salvaor de Salvador, Salmeron, Sanromá, Selgas, Segovia Serrano Alcázar, Selles, Tamayo, Trueba, Tubino, Talero, Ulloa, Valera, Velez de Medrano, Vega (Ventura de la), Vihart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla, Sanjuan (D. Ramón de), Cánovaín y España (D. Eugenio), Acosta (D. Juan).

PRECIO DE SUSCRICION

España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.

PRECIO DE LOS ANUNCIOS

España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 31 de Julio de 1884

La suscripcion en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.

Administracion y redaccion, Soldado, 1, duplicado.

SUMARIO

Revista política, por D. Cárlos Malagarriga.—Campomanes, por don Antonio Guerra y Arcon.—La economía en el siglo XIX, por D. Ramón de Sanjuan.—Mi locura por el Quijote, por D. Tristan Medina.—El prisionero, por D. José de Siles.—El manto de plata, por el mismo.—Discurso de D. Rafael María de Labra.—Aquellos realidades de la otra tarde, por D. Alejandro Sawa.—Estudios populares, Dios, por D. Octavio Lois.—En Octubre de 1819 (poesía), por D. Ricardo Palma.—Revista de Madrid, por D. Eugenio de Olavarria y Huarte.—Biografía del general Quintanilla, por el mismo.—Anuncios.

REVISTA POLITICA

Si el Sr. Pidal es en el interior un peligro con su arriesgado concepto de las luchas legal é ilegal, el conflicto con Italia ha demostrado que es en el exterior motivo constante de perturbaciones, y en determinados casos de humillaciones vergonzosas.

Desde el momento en que el Sr. Cánovas se presentó en el Senado á declarar que habia sido un grosero error del extracto oficial atribuir al ministro de Fomento la defensa del poder temporal, y á afirmar terminantemente que el gobierno habia sido felicitado por Italia, no por otra cosa que por nuestros progresos económicos, debió darse por terminada la cuestion y terminar el conflicto reuniendo en una nota las declaraciones del presidente del Consejo.

Esto creyó todo el mundo que iba á hacerse, y en este sentido la mayoría de la prensa, entendiendo con mucho patriotismo que no convenia menguar la fuerza del Sr. Cánovas ante un gobierno extranjero, limitóse á censurar, como debate puramente interior y doméstico, cierta incoherencia que en último resultado podría explicarse como preludio de la próxima salida del Sr. Pidal del gabinete.

Sucedió precisamente todo lo contrario. Las negociaciones empezaron entonces; la

Gazetta Officiale, de Roma, claramente lo ha explicado; y las dos diplomacias empezaron sus trabajos: la italiana, insinuante á la vez que exigente; la española, débil, aunque á ratos quisquillosa. El ministro de Negocios extranjeros del nuevo reino de Italia, que ve su cartera codiciada por muchos hombres importantes del centro liberal que representa el gabinete Depretis, y que en estos últimos tiempos ha sufrido violentos y tremendos ataques de parte de los pentarquistas, los disidentes que hoy forman la nueva izquierda, creyó posible fortalecer su posición política con una fácil victoria sobre el gobierno de Madrid. Y con tal maña y arte tan sutil, que no parece sino que los actuales diplomáticos lo han heredado de sus antecesores los venecianos del siglo XVI y del XVII; las consecuencias fueron un acta convenida y no sabemos si firmada por el ministro de Italia en Madrid y el Sr. Elduayen, ministro de Estado, en la cual se hacían las estupendas declaraciones que verá el lector:

«Que por la lectura del Diario de Sesiones, único texto oficial, entonces todavía no publicado, el gobierno italiano podría convencerse de lo que habia realmente sucedido, á saber: que habiéndose dirigido ciertos ataques al ministro de Fomento por haber defendido en otro tiempo el poder temporal, que hoy nadie discute, y que ni directa ni indirectamente es objeto de debate en España (... il potere temporale che oggi nessuno discute é che non é direttamente od indirettamente oggetto di controversia in Spagna), el ministro, como es natural, defendió su conducta de otro tiempo, declarando, sin embargo, que aquellas opiniones suyas nada tenían que ver con el respeto que merece por su parte, y por parte de todo el Gabinete, el estado de cosas, universalmente admitido, del derecho internacional vigente.

Para justificar su conducta, el ministro citó además palabras pronunciadas hace algun tiempo, sin sorpresa de nadie, por la persona que hoy preside al Ministerio español, declarando que la situación de Italia en Roma, cualquiera que haya sido la opinion de España en otro

tiempo, hoy estaba consagrada por el actual derecho público, como la posesion de Gibraltar y de Alsacia.

Siendo ésta la verdad del hecho, como resulta del Diario de Sesiones, no cabia ver la menor ofensa ni la más ligera inmixtion en el estado actual del derecho europeo, que España no tiene la menor intencion de desconocer ó perturbar en modo alguno.

Que el ministro español actual, en nada habia modificado, ni pensaba modificar, la conducta observada por sus predecesores, relativamente á la constitucion en Roma de la capital del reino de Italia, desde que se habia realizado este acontecimiento.

Que el reciente debate del Parlamento español no se habia referido á ningun acto, intencion ó hecho del ministerio presidido por el Sr. Cánovas, respecto de tal cuestion, sino únicamente á las opiniones sostenidas sobre el asunto por alguno de sus individuos mucho antes de la formación de dicho gabinete, tratándose, por tanto, solamente de una cuestion de orden interior, sin relacion alguna con el derecho internacional.

Que por lo que toca á la mencion hecha en el Parlamento español de una felicitacion amistosa del gobierno italiano al español, con motivo del último Mensaje régio, no habia tenido otra intencion que hacer ver á los adversarios del gabinete, las estrechas relaciones que le unian al ministerio italiano, y la importancia que éste daba á este favorable estado de relaciones, sin otra intencion que referirse á una comunicacion, con la cual el gobierno italiano habia mostrado seguir con interés y cordial simpatía el progreso económico de España, y probar una sincera satisfaccion al reconocer la resolucion de España de querer seguir siendo en Europa un elemento de conservacion y de paz, programa político, que añadía un lazo más á los muchos y sólidos que unian ya á las dos naciones.»

Las anteriores declaraciones fueron consignadas en un documento entregado en 16 de Julio por el Sr. Elduayen al baron Blanc, y son aquellas de tal índole, que debieran haber bastado al gobierno italiano. En ellas, el gobierno conservador del Sr. Cánovas, el mismo que ha consentido un día y otro que se atacara

al rey que fué de España D. Amadeo de Saboya, el mismo que por boca de uno de sus órganos de la prensa, más caracterizados, declara que el poder temporal debe ser restaurado en opinión de la gran mayoría de los conservadores, el mismo que dejará al Sr. Pidal sin protesta atacar en el Parlamento la Constitución del reino de Italia, declara á los representantes de éste lo que es hoy creencia tan sólo de los partidos radicales y revolucionarios de Europa, á saber que la cuestión de Roma está ya terminante y decisivamente resuelta contra las pretensiones del Pontificado.

Y va más allá todavía el gabinete del señor Cánovas; llega hasta un punto donde no querrá seguirle ningún liberal español por enemigo del Pontificado que se le suponga; llega hasta afirmar que la cuestión de Roma se considera en España tan resuelta, que ni directa é indirectamente la discute nadie en España, con lo cual no sólo se falta á la verdad, sino que parece negarse á los españoles el derecho que tenemos á discutirla. Pues, ¿qué, ¿el gobierno italiano no ha dado una ley de garantías, prometiendo solemnemente á Europa que sería respetada? Cuando los tribunales italianos resuelven que procede la desamortización de los bienes de la *Congregación de propaganda fide*, ¿no se apresura el mismo oner. Mancini á explicar en una nota circular diplomática como el gobierno entiende, que en dicho caso concreto no se ha faltado á la ley de garantías?

¿Qué quiere decir esto? Que mientras el Papa sea reconocido por jefe espiritual, por millones de españoles, España, los españoles que creen y los que no creen, católicos é indiferentes, liberales y reaccionarios, no pueden admitir ni por un sólo momento que Su Santidad es un súbdito del rey de Italia.

Al declarar lo contrario el gobierno español, se habrá granjeado la estima del italiano, pero en cambio se ha atraído las iras de un partido irreconciliable como el carlista, ha fomentado en el ejército un descontento explicable, y ha disgustado profundamente á la opinión pública española, que no puede admitir que sea necesario excederse en las explicaciones para terminar honrosa y rápidamente una negociación diplomática,

CÁRLOS MALAGARRIGA.

## CAMPOMANES

### VI

Poco á poco, sin embargo, el Consejo de Castilla se había ido ingiriendo cada vez más en los asuntos universitarios, abrogándose nuevas facultades, como la de nombrar ó aprobar á los catedráticos, y proponer variaciones en algunas enseñanzas, ya á guisa de nuevo consejo, ya en tono preceptivo; pero jamás se vió al Gobierno imponer á una universidad, cuando ménos á todas en general, un plan de estudios ó un arreglo interior que modificara sustancialmente su modo de existir. Aun en la época á que hemos llegado, despues de haber hecho la opinión tantos progresos en el terreno de las nuevas ideas, á pesar del descrédito de aquellos viciados establecimientos, y contra el clamor unánime de todas las personas ilustradas, conservaban tal poder las causas de resistencia, arriba enumeradas, que ministros de tanta resolución como Aranda y Roda, no se atrevieron á echar sobre sí la responsabilidad de la iniciativa, ni ménos á publicar una reforma general y completa.

Este pensamiento se hallaba, empero, en la mente del Gobierno, como lo prueban varias disposiciones publicadas por aquel tiempo. Una de ellas, y la más importante sin duda fué la creación de directores para las Universidades, decretada en 14 de Marzo de 1769, y en la cual había una tendencia no disimulada á concentrar en manos de la autoridad suprema, el Gobierno de las escuelas, y á preparar los medios de verificar en ellas reformas de más consideración que las hasta entonces intentadas.

Promovieron esta medida los fiscales del

Consejo, que lo eran á la sazón D. Pedro Rodríguez de Campomanes y D. José Moñino despues conde de Foridablanca. Debía recaer el nuevo cargo, en ministros del Consejo que no hubieran estudiado en la universidad para la cual se les nombraba; y eran amplísimas las facultades que se les concedían.

Estas disposiciones anunciaban el intento de proceder con mano fuerte en la reforma de las universidades, é hicieron concebir la idea que en breve tendría término el desórden de los estudios; más no aparece que en la práctica produjesen resultado alguno, ni que los directores cumplieran con el importante encargo confiado á su celo y cuidado. Educados todos en el sistema que se trataba de destruir, faltábales convicción y voluntad, hallábanse ligados por numerosos compromisos, interesados en la conservación de los abusos; y poco ó nada hicieron de lo que la Real cédula prevenía; debiéndoles también arredrar la resistencia que á su cumplimiento opusieron las universidades. Quedó la institución del director reducida á un cargo puramente honorífico, un vano título con escasa autoridad; y si algo se consiguió fué sólo descubrir el pensamiento que animaba á los reformadores, dar el grito de alarma, y poner sobre aviso á los interesados en la conservación de los antiguos métodos.

Y tenían razón; porque estos métodos no tardaron en verse amenazados, cuando á los pocos meses de creados los directores, el Gobierno anunció su resolución de reformar los planes de estudios; y aún antes de dar este paso, descubrió claramente cuales eran sus ideas y tendencias, aprobando en 22 de Agosto de 1769 el proyecto presentado por D. Pablo Olavide para la Universidad de Sevilla.

Era asistente de aquella ciudad este célebre repúblico, cuando con motivo del informe que le pidió el Gobierno sobre el destino que convendría dar á los edificios que en la misma población habían dejado vacantes los jesuitas, propuso, en unión con el arzobispo y el regente de la Audiencia, trasladar la Universidad á la casa profesa de aquellos regulares, presentando al propio tiempo un nuevo plan de estudios; plan notable, no sólo por las variaciones que introducía en el sistema de enseñanza, sino todavía más por las razones en que lo apoyaba, siendo el más furioso ataque dado hasta entonces á los caducos cuerpos académicos cuyos vicios y funestos efectos en la sociedad española se manifestaban con tanta claridad como elocuencia.

Principia observando que en el estado que tenían entonces las letras en España, no bastaban paliativos para conseguir que floreciesen las ciencias, porque no se curan las gangrenas con colirios, sino con cauterios; y que era necesario extinguir la parcialidad, el espíritu de partido, el escolasticismo, la división de escuelas, la prepotencia de unos cuerpos sobre otros, la perversión del raciocinio, la futilidad de las cuestiones, y además vicios que infestaban la enseñanza; vicios que no podían exterminarse sino sacándolos de raíz, y creando, por decirlo así, de nuevo, las universidades y colegios, con la adopción de principios contrarios á los establecidos. Añade que para restituir la nación al antiguo esplendor literario de que había decaído, y ponerla al nivel de las demás que le llevaban dos siglos adelantados, urgía dar nueva planta á nuestros estudios, á fin de que los géneos españoles, siempre felices y vivos, superpujase á los extraños, como lo hicieron en los antecedentes tiempos. Insiste en la necesidad de dar dos pasos esenciales: el primero, remover todos los estorbos que impedían el progreso de las ciencias, destruyendo el mal espíritu introducido, y rectificando todo lo que había de vicioso en su método y administración; y el segundo, establecer los buenos estudios, nuevos entonces, pero los únicos útiles y capaces de hacer progresar la nación. Finalmente, demostrando que se habían apoderado de las Universidades dos espíritus, el de partido ó de escuela, y el escolástico: «Con el primero, dice, se han hecho unos cuerpos tiranos de otros, han avasallado á las Universidades, reduciéndolas á vergonzosa esclavitud, y adquiriendo cierta

preponderancia que ha extinguido la libertad y emulación; con el segundo se han convertido las Universidades en establecimientos frívolos é ineptos, pues se han ocupado en cuestiones ridículas, en hipótesis quiméricas y distinciones sutiles, abandonando los sólidos conocimientos de las ciencias prácticas que son las que ilustran al hombre para invenciones útiles, y despreciando aquel estudio serio de las sublimes que lo hacen sincero, modesto y bueno, en vez de que los otros, como fútiles é insustanciales, lo vuelven sólo vano y orgulloso.»

Esta demostración de los vicios de nuestras escuelas y de su funesta influencia en todas las carreras, si bien labraba el convencimiento en el ánimo de los ilustres varones que entonces se hallaban al frente de la administración, excitaba la bilis y enardecía el furor de los que, preocupados y fanáticos, se oponían tenazmente á toda idea de reforma, queriendo mantener ileso el vetusto edificio de nuestra desacreditada enseñanza. Olavide fué objeto de encarnizadas persecuciones, que al cabo le derribaron del puesto que con tanta gloria como provecho de la nación ocupaba; y habiendo sido encausado por el Santo Oficio, murió abrumado de disgustos y desgracias.

Pero la hora les había llegado á nuestras instituciones universitarias, y lo más que ya podían hacer era resistir y prolongar algunos años su combatida existencia. Prosiguió el Gobierno, ayudado por Campomanes, en el camino de la reforma que acababa de inaugurar, con la aprobación del plan de Olavide; más sea por creer que aún no se estaba en época oportuna, sea por las dificultades que ofrecía la insuficiencia de los elementos de que le era dado disponer para conseguir cumplidamente su objeto; en vez de formar un plan único, y publicarlo de propia autoridad, preferió contemporizar todavía, mandando que cada universidad propusiera al Consejo las variaciones que en concepto de los claustros deberían adoptarse para mejorar los estudios.

Al dar á la estampa Campomanes su libro titulado *Fomento de la industria popular*, en el que se ocupaba de las fábricas y manufacturas españolas de todo género, hacía un paralelo entre las que existían en los antiguos tiempos y las que en su época arrastraban una vida lánguida y trabajosa. Dan todavía más valor á este libro los apéndices, en que se propone la educación y moralidad de las clases industriales.

Campomanes trabajó para que las *sociedades de amigos del País*, que arbitraban los medios de introducir las más importantes mejoras, sociedades nacidas al abrigo del municipio en las Provincias Vascongadas, se extendiesen por España, indicándoles la senda que debían recorrer para que sus trabajos alcanzasen resultados más beneficiosos.

Segun sus ilustrados consejos, las sociedades Económicas deberían estudiar las circunstancias en que cada localidad se encontraba, arbitrar los medios para introducir las modificaciones que en la agricultura y en la industria, la ciencia y el estudio, ayudados de la experiencia práctica, aconsejasen; distribuir la instrucción en las clases pobres y consignar en sus memorias los medios de asegurar las más convenientes medidas para realizar el bien común.

ANTONIO GUERRA Y ALARCON

## La economía en el siglo XIX

### EL CAPITAL

#### III

En el artículo anterior terminamos en el punto de considerar el *capital* y el *trabajo* como dos partes esenciales para formar un todo; pero antes conviene tratar del *capital* para que luego se pueda ver palpablemente que los une á estos dos puntos de la Economía un lazo indisoluble.

Empecemos por decir que nuestra humilde opinión está al lado de Rossi, al considerar que el capital es aquella parte de riqueza que se destina para la producción; porque si bien una persona puede tener una gran cantidad de di-

nero empleada en objetos de arte, alhajas, pintura, escultura, no se le puede dar el nombre de capital, porque todo aquello no sirve más que para su recreo.

Carreras y Gonzalez dice muy acertadamente que «el numerario por sí sólo no puede desempeñar el oficio de capital, puesto que no sirve para auxiliar la producción; es preciso que se cambie antes por otros objetos, y todo producto susceptible de este cambio, tiene igual capacidad productiva.»

El capital se representa también por todo instrumento que sirve para el trabajo: el azadón, la pica, el hacha, el arado, todo eso es un capital, porque es el que hace un oficio principal, empleándose en una cosa productiva al hombre.

Todo individuo que tenga un pequeño ó grande capital, debe siempre que pueda, ponerlo en juego, porque aunque tenga una gran riqueza, no por eso se ha de abandonar confiado en lo mucho que posee, porque el dinero, si no se hace producir, llega un día en que desaparece; de aquí la división que se hace de éste en *activo é inactivo*.

El hombre tiene precisamente que cubrir sus carnes, que alimentarse, casa para vivir; necesita también primeras materias con que hacer recaer el trabajo; necesita materias auxiliares, como la hulla, para una máquina de vapor; necesita talleres, carreteras, camino de hierro, instrumentos que el trabajo del hombre ha descubierto para que le alivie de él.

Todo esto lo consideramos como *capital*, puesto que es beneficioso al hombre.

Muchos autores han querido considerar á la tierra y á las aguas como si no fueran capital; pero nosotros preguntamos á esos señores. Si la tierra no es capital, ¿por qué ayuda al hombre en la producción y le dá de sus vírgenes venas las materias para tal ó cual industria, como el plomo, la plata, el oro, el cobre, el azogue, la hulla, y otra porción más? Si el agua no es capital, ¿por qué nos dá su apoyo, ya para riegos, ya para fuerza motriz, ya para apagar nuestra sed?

Luego si no fueran capitales, no vendrían á darnos de una manera directa su apoyo para la producción, para la industria.

Ya hemos dicho anteriormente que no consideramos capital sino todo aquello que de una manera directa dé provecho al individuo.

Luego si las aguas y la tierra nos sirven, claro es que es un capital.

Este es un elemento principal del trabajo; pero si se nos pregunta, que cuál de los dos puntos es más necesario, no sabríamos qué contestar: el capital necesita del trabajo; porque todo aquello que nos represente un capital, ha tenido que pasar antes por un agente natural, y, por tanto, han recaído los esfuerzos del hombre sobre él; á más, sin la acción de los músculos ó de la inteligencia quedaría paralizado, teniendo un día que desaparecer, ó lo que es lo mismo, no sería verdadero capital, porque no reportaría beneficio alguno al hombre: el trabajo no puede existir sin el capital; un industrial sin maquinaria, no puede trabajar; el labrador, sin instrumentos del oficio, no puede sembrar; y el pintor, sin pinceles ni paleta, no puede pintar, en una palabra; un reloj tiene multitud de ruedas que encajan unas en otras dando vueltas armónicamente, coincidiendo en un punto, en hacer andar las agujas sobre el horario; quitad una de esas ruedas, y el reloj queda parado.

Luego vemos que son dos partes tan unidas, que no puede existir la una sin la otra.

El capital, según Flores Estrada, contribuye de varios modos á facilitar la producción.

- 1.ª Multiplicando los empleos del trabajador.
- 2.ª Dismuyendo la intensidad del trabajo.
- 3.ª Alimentando los productos.
- 4.ª Perfeccionándolos.

La primera, porque no funcionando el capital, claro es que el empleo del hombre es mayor: como antes que el hombre hubiese concebido la idea de que ciertos animales que pueblan la tierra pudieran aliviarle de parte del trabajo, tenían que cargar en sus hombros las mercancías y aún á los viajeros; por lo tanto, tenía

que hacer lo que hoy el vapor y los animales hacen.

La segunda, porque auxiliando á éste en la producción, el capital se encarga de una parte de la tarea.

La tercera, porque sin el capital no podríamos obtener muchos productos que con él adquirimos.

La cuarta, porque el capital les comunica un adelanto que el trabajo por sí sólo no habría podido tener nunca; antes muchos tejidos se hilaban con las manos, haciéndolo hoy por medio de la mecánica.

Hay un punto que podemos amalgamarlo con el capital, por la relación que con éste tiene; las emigraciones de multitud de familias, cuya morada tienen ya en las faldas de las montañas, ya en las orillas de algún río, ya en el centro de las ciudades populosas. ¿Quién sabe si al salir de su hogar cruzará por su mente la idea de que jamás van á volver á ver el suelo donde nacieron!

¿Dónde existe este cielo? ¿dónde alumbra este sol? se preguntarian; pero la necesidad les obliga á alejarse de su querida patria, de su amada aldea, donde quizá dejan una madre cariñosa, á el hijo querido, y quién sabe si la mística lápida ocultará los restos mortales de algún sér amado.

Aquí la descarnada mano de la miseria le aprieta; por todas partes vé tinieblas y hambre, sólo un punto, la claridad, atrae su atención; el Océano, que con sus rugientes olas le dá miedo ¡pobre campesino; al fin la necesidad puede, decidese, llega el día fatal, las lágrimas, los sollozos conmueven su corazón, duda, pero siempre la terrible aparición se le presenta, desaparece de aquellos dulces lazos que le sujetan, y lánzase á la aventura.

Todo esto produce la falta de instrumentos de labor, tierras y demás capitales, obligándoles á abandonar su hogar y su familia.

Los gobiernos que rigen los Estados, deben poner de su parte todo cuanto puedan para que esas familias no abandonen á su patria. Especialmente el gobierno de España debe poner su atención particular sobre este punto: tenemos aún provincias en Ultramar y posesiones en Africa; pues demos á esas familias españolas esos terrenos aún vírgenes que poseemos en Filipinas; que colonicen esos campos en nuestras plazas de Africa; y así, sin salirse nunca de la protección de su España, viendo el cielo español, su corazón se ensanchará, sus ojos no perderán el brillo de la vida, y sus labios no maldecirán á su patria por haberlos desamparado.

En el artículo que seguirá, según en el capítulo-prólogo prometimos, sobre colonias y protectorados, ampliaremos este importante asunto, que, como hemos dicho ya, va unido ó podemos unirlo al capital.

RAMON DE SANJUAN.

## MI LOCURA POR EL QUIJOTE

(Continuación)

XI

El trabajo constante por la educación del caballo, la verdad de la estima en que el hombre ha tenido siempre al más noble de los irracionales, al menos irracional de los vivientes sometidos á nuestras prerrogativas reales, nos acreditan, como prueba principal, la verdad de la existencia de los caballeros. Además de pueblos que adoraron el caballo, como los de Grecia, además de árabes, que menospreciadores del cristianismo, aceptaron, sin embargo, para sus corceles de raza pura, como mejor medio de perfeccionarlos, una especie de penitencia y ayunos cuaresmales, una cristianización adecuada, hasta el punto de poder decir el hijo de Mahoma que cabalgaba sobre un cristiano digno de fé y confianza, ó sobre un caballo en que vivía un alma cristiana, con lengua capaz de las revelaciones de la burra de Balaam; además de las religiones que consideraron al caballo como auxiliar y compañero del creyente en sus aspiraciones á la vida eterna, hubo géneos inquietos, ha debido haber hombres singulares, que aisladamente, sin seguir las reglas de una religión determinada, segregándose de ésta para su vida activa, más clarividentes que ella, escogiesen el caballo como instrumento bendito de sus altos designios, con la misma decisión con que Arquímedes hubiera recibido de algún dios la palanca con que juzgaba posible remover el mundo que habitamos y trasladarlo a puntos de la inmensidad más dignos de nuestra

grandeza. No hablamos de los caballeros que las cruzadas crearon; no nos referimos á las órdenes y colectividades en las que se combinaban la piedad pasiva del claustro, del eremitorio ó del yermo, con la actividad febril, con la inquietud, con la impaciencia, con la ambición de las vocaciones militares. Los caballeros Templarios, los de San Juan de Jerusalén, los Sarmatas cristianos, los que glorificaron en España las cruces de Santiago, de Montesa y de Calatrava; los que dieron origen á la nobleza de Francia con la orden alada del Espíritu Santo; los Pares de Carlo-Magno y de Hugo Capeto; los que en Inglaterra tomaron título distintivo del nombre de uno de sus reyes, Ricardo Corazón de Leon, eran caballeros subordinados á una regla escrita, precisa, acatada como la de los claustros por los que entraban en ellos, para volver las espaldas al mundo y abandonarse en cuerpo y alma al servicio del altar. El caballero, de cuya existencia no queremos dudar, por lo mismo que aparece negada, ó al menos dudosa, en todos los anales de la Era cristiana, es el caballero independiente, virtud improvisa contra toda repentina desventura, el solitario á caballo, el Quijote genuino, típico, que por sola inspiración recorria la tierra derramando el bien y peleando por él, desprendido de las órdenes militares para la vida activa, de igual manera que el estilita se segregaba del claustro y del anacoretismo colectivo, para saber á su columna, y fijarse allí para morir sólo en eterna y nunca distraída conversacion con su Dios.

Los caballeros andantes eran los estilitas de la actividad religiosa, los caballos sus columnas semovientes; los caballeros la vanguardia de las primeras ideas redentoras, los corceles, á su vez, sus heraldos, los exploradores en los primeros días de la redención de un pueblo, los Livingstones de los centros oscuros, los nuncios arcangélicos de la verdad y de la virtud en este ó el otro país señalado para recibir en bautismo de sangre noble la iniciación en los principios de la fé cristiana. Ellos precipitaban la hora del santísimo advenimiento. Las colectividades, las órdenes claustrales lo mismo que las militares, eran y serán siempre más pausadas y tardías, por lo mismo que son muchedumbres para correr á las conquistas indicadas por el Crucificado. La copa santa en que Jesús consagró su sangre para derramar una gota de ella, en cada costado de la tierra, no debía ser acercada al pueblo neófito, sino por un Ganímedes escogido entre los hombres predestinados á la primera de las noblezas. Un caballero solo, sin más guía, sin más luz que la de su fé, sin más impulso que el del fuego de la misma, era innegablemente el precursor adecuado, la sombra precedente más propia del solitario de la Cruz, que con solo su querer y por *voluntad del Padre*, determinó la redención de los hombres y de las naciones. Un solo caballero debía bastar para mensajero de buenas nuevas, cuando éstas consistían en anunciar la unidad del hombre y de la tierra, una vez descubierta la unidad de Dios, y anunciarla con estas palabras: «Una sola fé, un solo bautismo, un solo Cristo Hombre-Dios.

¿Existieron los astrólogos, los magos, los hechiceros, las brujas, las zingaras, que conmovieron el corazón del cielo, que poblaron de misterios increíbles los rincones del hogar doméstico, la oscuridad de las conciencias inseguras, la cuna de los niños, el sepulcro de los muertos en el cadalso?—Nuestra razón lo niega, nuestros progresos repugnan reconocer en aquellas invenciones más que fantasmas de la panofobia y del terror, pesadillas de sueños prolongados, engendros de la pereza, del miedo, de la procrastinación, propia de los pueblos en servidumbre. Pero la historia está ahí, que afirma todas aquellas cosas, y nos hace leer sus páginas más ligúbras al resplandor de hogueras inhumanas, que todavía que-man. Los libros de caballería abundaron cuando con más fervor eran leídos los capítulos de la *Legenda de Oro*. ¿Cómo se hubiera consentido el auge de páginas engañosas, cuando esto engaños de la tierra, si engaños eran, podían contribuir á quitar crédito á la historia de los santos y dar á los milagros de la *Legenda de oro* el carácter de mentiras iguales, pero del cielo y de la fé religiosa? La fé de los santos del claustro era la misma que la de los santos aventureros ó giróvagos, caballeros de Cristo; y las proezas de los unos tenían tanto de verdad como las proezas de los otros. El rey Arturo existió, los Caballeros de la Tabla Redonda han vivido, la leyenda de Perceval es de oro también y tan fino como la apellidada así por antonomasia.

Pero ¿en qué puntos de la tierra, en qué atmósferas benditas de nuestra Europa estuvieron aquellas Cortes, se celebraron aquellos torneos, se escondían la copa de ágata ó cornelina de la Sangreal, y los amores de Ginebra, de Isolina y de otras princesas del corazón? ¿Quién puede precisarlo? ¿Ni qué nos importa conocer el punto fijo de la tierra de Jerusalén en donde se levantó y arruinó el templo de Jehová, si sabemos por boca infalible que desde aquella ruina tan llorada, toda la tierra es ya templo de las almas, todas las naciones son hoy refugios de hebreos, y la morada del mismo Dios una Jerusalem celeste? ¿A qué averiguar dónde residió la corte de Arturo, si sabemos hoy que basta un apostolado de caballeros de buena voluntad para fundar una corte parecida, con todos los encantos, con todas las virtudes, con todos los prestigios, con toda la fé, y la segura esperanza que resplandecieron en la primera? ¿Y en dónde? En cualquier parte, en la cumbre de un monte elevadísimo, en la extensión de un Templo recientemente descubierto, en donde quiera que el sol nos sea una visitación del Padre de la vida y el ambiente puro que respiramos, una caricia de su amor paternal.

Las realidades informadas y superaltadas por la vida mística, han corrido siempre ese peligro de no dejar más que es-

telas deficientes en las historias de los hombres. Esto se debe a la esencia misma del misticismo, que es antes que otra cosa, aniquilamiento de las realidades demasiado groseras del mundo inferior, y exclusiva aspiración a lo invisible y comunión con los ausentes adorables, con todo aquél y con todo aquéllo que no es verdad que haya muerto, por la sola razón de que no debía morir, ó porque si murieron, esto no fué sin dejar en nosotros intensidad y eternidad de vida nueva. Añádase a esto la pequeñez del corazón que se deja vencer por el mal en cualquiera de sus formas, y de cuyo desmayo es la primera consecuencia el no creer en las cosas que no merecemos, el no esperar ni siquiera felicidades como no hayan sido antes entrevistas ó deseadas con la mezquindad de nuestra voluntad caída. Así es que hemos suprimido estrellas en el cielo de la historia, á la vez y al mismo compás con que han ido apareciendo á los ojos clarividentes del astrónomo, estrellas ó caracteres nuevos en la historia que Dios escribe continuamente, sin cansancio ni descanso, en la excelentísima suprema. El Cid, el caballero de Cristo, jamás derrotado. no ha existido, según las indagatorias de sábios que le buscan sin lámpara por los laberintos de la historia. Tenemos sastres soberbios que toman la medida de las ropas que hacen, colocando á su cliente á cien leguas de distancia, y valiéndose de un sextante de marina ó cualquier otro instrumento, útil sólo para medir la altura del sol. —Y cuando se trata de gigantes que no son clientes, entonces, ni sextantes, ni telescopios necesitan los sastres de la historia y de la vida presente, les basta la simple vista y un soberbio sentido adivinatorio. Demóstrales gracias, porque no se les ocurre todavía echar mano al microscopio para considerar á los que, gigantes ayer, ante nosotros no pueden ser más que insectos, é insectivos de las grandes verdades. Ya los siglos no nos contemplan desde la altura de las Pirámides. A cada uno de nosotros es á quien toca ahora ver el pasado nuestros pies, desde la altura de nuestra soberbia, desde las nubes de nuestra ciencia inútil. Neron fué un sabio, pero Moisés un impostor. Gengis-Kánidas un enviado de Dios, pero Gregorio VII un tirano. Carlos I arrancó á Cromwel el corazón antes que Cromwel le cortara la cabeza á él. Rolando no ha existido, pero todo lo que después de él se ha cantado, historiado y discutido son meras invenciones del mismo Rolando. Hemos hecho en el terreno de la historia lo que en una capital moderna hacen el arquitecto y el albañil: derribar casas históricas y solariegas, para poner en sus solares cuarteles de miserables con apariencias de gentes ricas; variar el trazado de las calles antiguas, para ensanchar las plazas, y de varias otras maneras hacer el vacío en donde estaba lo sólido, para sustituirlo con edificación más ligera. La historia se desescribe, por decirlo así, se desencarna. Somos los encargados de destejer la tela de esa gran Penélope, desincrustamos de los mármoles que hablan los letreros de bronce que daban fe de muchas cosas, para clavar en la piedra, así profanada, sentencias que nada dicen. La mania cunde hasta entre los místicos y los benedictinos modernos. Más de un hombre del claustro ha probado que Napoleón B. aparte no ha tenido realidad viviente, y ha sido sólo un sueño, una locura obsesional de las generaciones que han vivido en la creencia de que el que murió aguilotinado en la Plaza de la Concordia de París, en Enero de 1793, fué real y verdaderamente Luis XVI de Francia.

Alguna parte de culpa tienen los mismos caballeros andantes en la sentencia universal que los condenó á no haber existido, á no haber nacido, siendo así que nacieron, vivieron y murieron, por causas que sólo ellos podían haber magnificado y hecho creíbles con su abnegación. La virtud tiende á vivir de relámpagos, sus actos salen repentinamente de una sombra, para correr á esconderse en otra, después de haber brillado en un punto lo indispensable para iluminar una verdad. Jesucristo recomendaba mucho á sus discípulos, después de realizar un milagro, que no lo revelasen á nadie. *Secretum meum mihi* dice el Eterno. «Quisiera yo que mi secreto fuera siempre secreto mio sólo.» El poeta también vive de su obra ideada mientras la mantiene secreta. El día que, impaciente, revela el plan y los detalles á su amiga ó á su amigo, pierde la obra gran parte de su encanto virginal; y él, pobre poeta, se siente más pobre y desconfiado de sí mismo. Los caballeros andantes querían que sólo Dios los viese. Volaban á caballo al palenque designado, huían en caballo más volador del establo de sus triunfos. —«No se lo digáis á nadie»—repetían ellos tan bien á sus vencidos.—«Id, en todo caso, á contar mi valimiento y buena dicha á...»

¿A quién...?

—«A Dulcinea del Toboso, la señora de mis pensamientos»—decía invariablemente Don Quijote de la Mancha.

En el donoso y grande escrutinio que el cura y el barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo, pasaron cosas tan inconsecuentes, injustas é inhumanas, como las que pasan en todo escrutinio que cuenta con la complicidad del fuego destructor. (Capítulo VI.)

—«Este que viene—dijo el barbero, presentando uno de los libros—es *Amadis de Grecia*, y áun todos los de este lado, á lo que creo, son del mismo linaje de Amadis.

—«Pues vayan todos á la hoguera del corral—dijo el cura;—porque, á trueco de quemar á la reina Píntiquinestra y al pastor Darinel, y á sus églogas y á las endiabladadas y revueltas razones de su autor, quemara yo con ellos al mismo padre que me engendró, como anduviese en figura de caballero andante...»

Según el cura, en los libros de Amadis había algo bueno, alguna verdad, rayos de luz que pedían clemencia á favor del libro. Pero ni la reina hermosamente retratada, ni el pas-

tor que debía ser uno de los primores del libro, ni las églogas que sólo por ser églogas serían inocentes, bastaban á escusar los defectos é inconvenientes del libro condenado: antes bien, según aquella moral, lo inocente y lo bueno conviene que perezcan, si el salvarlos a ellos acarrea la necesidad de salvar igualmente á los malos. Y luego, ¿qué criterio tan anticaballeresco y anticristiano el que obliga á decir al juez que sentenciaría con igual rigor á su propio padre, si le viese con la culpa de Amadis, el Adam, ó fundador del pecado original de la caballería? Median relaciones de alto parentesco entre la expresión del cura y aquella del rey Felipe II en el auto de fe de Valladolid, al negar gracia al infeliz Carlos de Rojas, añadiendo esta frase tan bárbara como inútil: *Lo mismo le negaría á mi propio hijo Carlos, si en vuestro lugar estuviese!*

Y esto lo cumplió el rey más tarde, como cumplió el sacerdote su palabra mientras la estaba pronunciando; pues, efectivamente, sacrificaba á Jesucristo el fundador de la caridad. Por lo tanto, ni la reina poderosa Píntiquinestra, ni el Alexis simpático, ni los idilios más dignos de perpetuarse, ni el mismo Dios, vale cosa cuando un hombre se erige en juez de lo que no entiende.

Este capítulo VI, que trata del donoso escrutinio, termina de este modo:—«Cansose el cura de ver más libros; y así, á carga cerrada, quiso que todos los demás se quemasen.»

Pues si no se trataba más que de una sentencia á troche moche, ¿á qué venía el escrutinio, ó porqué se llamaba escrutinio aquel conjunto de análisis que tenía por objeto no perder ni á los buenos ni á los impecables?

Y que el cura tenía conciencia, al menos la suficiente para ser hipócrita en su servicio á la verdad, lo demuestra el párrafo que sigue inmediatamente al anterior.

—«Quémense los demás,—decía el cura, cuando ya tenía el barbero abierto uno de los libros condenados sin examen, el cual se llamaba *Las lágrimas de Angélica*, por Luis de Barahona.

—«Lloráralas y,—dijo entonces el cura, en oyendo aquel nombre,—si tal libro hubiera mandado quemar, porque su autor fué uno de los famosos poetas del mundo, no sólo de España, y fué ámen de eso, felicísimo en la traducción de algunas fábulas de Ovidio.»

El felicísimo traductor de Ovidio, hartos méritos alegaba ya para ser considerado por nosotros como fidelísimo traductor de la verdad, y narrador fidedigno de la historia de la caballería. Las de Ovidio no debían ser fábulas del todo, si el traducirlas y vulgarizarlas merecía encomios tan subidos. Y, por lo tanto, las fábulas, sobre las órdenes de caballería, algo debían contener más sólido, útil y verdadero, que mereciesen salvación con preferencia al mismo cantor de los *Tristium*. Y, por otra parte, las lágrimas que el cura prometía llorar, si quemara á Luis de Barahona, ¿no serían más bien las que el remordimiento le exigía por los autores que había quemado ya?

Saltando de estas primeras páginas del Quijote á las últimas, en que Cervantes, el verídico Cervantes, traza el mejor panegirico de su héroe, observemos cómo le hace digno de la muerte del justo, digno al morir de las lágrimas que únicamente como tributo á la virtud pueden derramarse, y como únicamente, un sol en poniente, pone en los ojos que le miran como ensayándose para el rocío que pondrá á la otra mañana en las flores que le esperen.

«Las tristes nuevas de que Don Quijote iba á morir, dieron terrible empuje á los ojos preñados de ama y sobrina y á los de Sancho Panza su buen escudero, de tal manera, que los hizo reventar las lágrimas de los ojos y mil suspiros del pecho; porque, *verdaderamente* (*verdaderamente!*) verdaderamente como ya alguna vez se ha dicho, en tanto que Don Quijote fué Alonso Quijano el Bueno, á secas, y así mismo, en tanto que fué Don Quijote de la Mancha, fué siempre de apacible condición y de agradable trato, y por esto, no sólo era bien querido de los de su casa, sino de todos cuantos le conocían.»

El ser de apacible condición, demuestra que nuestro caballero era sobre todo de voluntad soberana, valiosa para el fundador de la verdad en la tierra, y que al nacer hizo cantar á pastores y ángeles. *Paz en la tierra á los hombres!* ¿A qué hombres? A los de buena, enérgica, leal y segura voluntad, derivada de la voluntad, firme de un Dios. *Paz hominibus bonae voluntatis!*

Ni es posible poseer una voluntad de tan precioso temple sin poseer á la vez una inteligencia lúcida, y tanto como lúcida activa, pronta en poner en práctica la verdad que sin sombras de engaño, sorprendía en la historia y enseñanzas del mundo. Yo le creo á él, cuando con un acento de convicción profunda habla de este modo con Sancho. (PRIMERA PARTE, cap. XX.)

«Sancho amigo, has de saber que yo nací por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro, para resucitar en ella la de oro: yo soy aquel para quien están guardados los peligros las grandes hazañas, los valerosos hechos: yo soy, digo otra vez, quien ha de resucitar á los de la Tabla Redonda, los Doce de Francia y los Nueve de la Fama, y el que ha de poner en olvido los Plátires, los Tablantes, Olivantes y Tirantes, los Febos, los Belianises con toda la caterva de los famosos caballeros andantes del ya pasado tiempo, haciendo en éste en que me hallo tales grandezas, extrañezas y hechos de armas, que oscurezcan las más preclaras que hicieron ellos.»

Don Quijote, en otros lugares del gran libro, no se conforma con nombrar á sus modelos, sino que especifica la virtud de cada cual, y nombrarlos así, es asegurar que fueron no personificaciones, sino personas reales, en cuya existencia é

creía tanto como en la verdad y excelencia de las virtudes que cada uno de ellos había como aquilatada en las pruebas de la vida.

En las conversaciones, consultas y controversias con el cura y otros amigos, á que se refiere el cap. I de la segunda parte, el siempre invencible caballero dá á entender que más falsos parecen, que más fantásticos se ostentan, que más *mentiras* son los caballeros tenidos por tales entre sus contemporáneos, que los otros apenas conocidos por los libros.

—«No es merecedora, dice, la depravada edad nuestra de gozar tanto bien como el que gozaron las edades donde los andantes caballeros tomaron á su cargo y echaron sobre sus espaldas la defensa de los reinos, el amparo de las doncellas, el socorro de los huérfanos, el castigo de los soberbios, y el galardón de los humildes. Los mas de los caballeros que ahora se usan, antes les crujen los damascos, los brocados y otras ricas telas de que se visten, que la malla con que se arman: ahora es que no hay caballero que duerma en los campos sujeto á los rigores del cielo, armado de todas armas desde los pies á la cabeza... Ahora quien triunfa es la pereza de la diligencia, la ociosidad del trabajo, el vicio de la virtud, la arrogancia de la valentía y la teoría de la práctica de las armas, que sólo vivieron y resplandecieron en los andantes caballeros de la edad dorada. Si no, diganme, ¿quién más honesto y más valiente que el hazañoso Amadis de Gaula? ¿quién más discreto que Palmerín de Inglaterra? ¿quién más acomodado y manual que Tirante el Blanco? ¿quién más galán que Lisuarte de Grecia? ¿quién más acuchillado ni acuchillador que Don Belianis? ¿quién más intrépido que Perion de Gaula? ¿quien más acometedor de peligros que Felixmarte de Hircania? ¿quién más verídico y sincero que Esplandian? ¿quién más arrojado que Don Cirongilio de Tracia? ¿quién más bravo que Radamante? ¿quién más prudente que el rey Sobrino? ¿quién más atrevido que Reinaldos? ¿quién más invencible que Roldán? ¿quién más gallardo y más cortés que Rugero, de quien descienden los duques de Ferrara? Todos estos caballeros y otros muchos que pudiera decir, señor cura, fueron caballeros andantes, luz y gloria de la caballería. Destos ó de tales como éstos, quisiera yo que fueran los de mi arbitrio, que á serlo, S. M. el rey se hallara bien servido y ahorrará de mucho gasto, y el turco se quedaría pelando las barbas.»

Si caballeros tales no existieron en la consideración de cura y otros de su índole, debieron existir en defensa de la verdad, y para decisiva confirmación, de lo que es capaz de inspirar y realizar el ideal de Cristo. Y si debieron existir, es señal de que en efecto existieron, aunque lejos del alcance y de la vista de los que no podían comprender ni su necesidad, ni su género de vida, ni su manera de practicar la fe militante cristiana, ni su locura de profetas, de precursores y de mártires. Don Quijote los vió, Cervantes los conoció. Dar detalles minuciosos acerca de cada una de aquellas personalidades del vulgo desconocidas, es asegurar que uno ha obtenido el privilegio de descubrir las y tratarlas. Y cuando este uno es Cervantes, ó bien un caballero de su especie, estas afirmaciones equivalen á juramentos en obsequio de la verdad. ¿Por qué no? ¿Por qué no había de ser verdad lo que Cervantes escogió por ideal? Su obra no era negativa de una verdad bellísima sobre las más bellas que ha engendrado el cristianismo en el corazón del hombre, sino sátira contra la moneda falsa acuñada en los moldes y troqueles de la muy legítima. «Más de una flor ha brotado en los besques para brillar y morir lejos de la mirada del mortale.»—decía el poeta inglés Gray en inmortales versos:

*Full many a flower is born to blush unseen.*

*And waste its sweetness on the desert air.*

Pero quien debe dar fe, de una manera concluyente, sobre la presencia real de la orden de caballería en el mundo, tal como la entendía Don Quijote, es el mismo Don Quijote, ó, mejor dicho, Cervantes, por medio de su héroe. Don Quijote lo hace en un combate á muerte con las armas de la paz, en el que aparece dueño del campo, como en otros combates á mano armada. La parte docente del libro, llega á su mayor alteza en los capítulos XXXI y XXXII de la parte segunda.

En ellos se habla del banquete con que los duques celebraron solemnemente, conforme á la antigua usanza, la aceptación del hospedaje en su palacio por parte del caballero de la Mancha.

«La Duquesa y el Duque—dice Cervantes—salieron á la puerta de la sala, en donde estaba puesta la rica mesa, á recibir á Don Quijote, y con ellos fué también un grave eclesiástico destos que gobiernan las casas de los principes; destos, digo, que como no nacen principes, ni aun aciertan á enseñar cómo lo han de ser los que lo son; destos que quieren que la grandeza de los grandes se mida con la estrechez de sus ánimos; destos que queriendo enseñar á los que ellos gobiernan á que sean limitados, les hacen ser miserables.

«Enterado el capellan, ya empezada la comida, de que el huésped obsequiado tan regaladamente era Don Quijote, montó en cólera—prosigue Cervantes,—y hablando con el Duque, dijo:

—«Vuestra Excelencia, señor mio, tiene que dar cuenta á nuestro señor de lo que hace este Don Quijote, ó Don Tonto, ó como se llame...»

«Y volviendo la plática á Don Quijote, le dijo:

—«Y á vos, alma de cántaro, ¿quién os ha encajado en el cerebro que sois caballero andante y que os enciéis gigantes y prendéis malandrines? Andad en hora buena, y en tal se os diga que volvais á vuestra casa y criéis vuestros hijos, si los tenéis, y curad de vuestra hacienda... ¿En dónde ¡noramala!

habeis vos hallado que hubo ni hay ahora caballeros andantes? ¿Dónde hay gigantes en España?»

Fuera hoy que el capellan hiciera su airada pregunta, y acaso tendrían mejores excusas sus iras entonces impertinentes.

Mas entonces ¿qué hizo Don Quijote?

«Temblando de los pies á la cabeza como azogado — responde Cervantes, — con presurosa y turbada lengua, dijo: — El lugar donde estoy, la presencia ante quien me hallo y el respeto que siempre tuve y tengo al estado que vuesa merced profesa, atan las manos á mi justo enojo; y así, por lo que he dicho, como por saber que saben todos que las armas de los togados son las mismas que las de la mujer, que son la lengua, entraré sólo con la mía en igual batalla con vuesa merced, de quien se debería esperar antes buenos consejos que vituperios infames... ¿Es por ventura asunto vano ó tiempo mal gastado el que se gasta en vagar por el mundo, no buscando los regalos del, sino las asperezas por donde los buenos suben al asiento de la inmortalidad? Si me hubieran por tonto los caballeros, los magníficos, los generosos, los altamente nacidos, tuviéranlo por afrenta irreparable; pero de que me tengan por sándio estudiantes que nunca entraron ni pisaron las sendas de la caballería, no se me da un ardite. Caballero soy, caballero he de morir si place al Altísimo. Unos van por el ancho camino de la ambición soberbia, otros por el de la adulación servil y baja, otros por el de la hipocresía engañosa, y algunos por el de la verdadera religión. Yo, inclinado de mi estrella, voy por la angosta senda de la caballería andante, por cuyo ejercicio desprecio la hacienda, pero no la honra. Yo he satisfecho agravios, enderezado tuertos, castigado insolencias, vencido gigantes, atropellado vestiglos... Mis intenciones las enderezo siempre á buenos fines, que son: hacer bien á todos y mal á ninguno.»

«¿Qué fuerza de verdad y justicia en cuanto replicó el herido caballero? ¿Qué justificada verdad, por consiguiente en el ideal de virtud que engrandecía al caballero sobre el impertinente eclesiástico?»

«¿Qué replicó este buen señor? Cervantes es el que contesta así:

«...Levantóse de la mesa, mehino, y diciendo: — Por el hábito que tengo, que estoy por decir que es tan sándio vuestra excelencia, señor Duque, como estos pecadores: ¿cómo no han de ser ellos locos, si los cuerdos canonizan sus locuras.!»

«Y sin comer más, se fué, sin que fuesen parte á detenerle los ruegos de los Duques, bien que el Duque no le dijo mucho.»

«¿Por qué no extremó el príncipe sus ruegos para que el irritado eclesiástico volviese á ser hombre de paz y de buena crianza?»

«Porque estaba impedido de la risa que la impertinente cólera del clérigo le había causado» — dice Cervantes. — El clérigo estaba tomado de lo que hoy llamariamos *jalousie du métier*.

Todo el respeto del príncipe en aquella sazón, fué por lo tanto para el caballero. Y de que el respeto entonces valientemente manifestado provenía de haber reconocido en su huésped una convicción profunda, una sinceridad que la locura no conoce, una fe viva que merecía acatamiento, claro se dá á entender en el modo con que el príncipe luego procura poner límites á las burlas ceremonias de que rodearon las camaristas al huésped, creyendo ellas adular mejor con tal conducta á sus señores.

Quando la regocijada doncella barbera, por ejemplo, seguida de otras con aguamanil y limpia-manos, vino á jabonar al caballero despues de la comida, ridiculizándole de lo lindo, el duque puso gesto y castigó la demasia con un rasgo de humildad, que no de altivez importuna.

«El duque, porque Don Quijote no cayese en la burla, — afirma Cervantes, — llamó á la doncella de la fuente, diciéndole: —venid ahora á lavarme á mi, y mirad que no se os acabe el agua.»

«La muchacha aguda y diligente, puso la fuente al duque como habia hecho antes á Don Quijote, y dándose prisa le lavaron y jabonaron muy bien y dejándole enjuto y limpio, haciendo reverencias se fueron. Despues se supo que habia jurado el duque, que si á él no le lavaran como lo habian hecho á Don Quijote, habia de castigar la desenvoltura, la cual habian ellas enmendado discretamente con haberle á él jabonado.»

Bien hecho; porque para él, para el duque excelente era una gran verdad, la que oscura, inexplicable á los ojos de los ignorantes, acababa de patentizarse en aquel punto á los ojos de su razón, y ante su juicio imparcial. Se habia sentido caballero, y como llamado más imperiosamente á la cortesania obligada de su alta posición, por lo cual no era dado creer otra cosa, sino que el supuesto loco estaba igualmente influido por una altísima verdad, por una virtud no vanamente inventada.

Ya no le bastaba al duque haber reconocido en su huésped una verdad sagrada, una vocación sacerdotal, un testimonio de la orden providencial de los caballeros andantes, sino que quiso dar y se apresuró á dar en algun modo consistencia y realidad tangible, al menos á una de las promesas que Don Quijote habia hecho al incrédulo Sancho, la del gobierno de una insula.

«Sancho amigo, escribe Cervantes que dijo el duque, no os faltarán insulas que gobernar, no, que yo en nombre del

Sr. Don Quijote, os mando el gobierno de una que tengo de nones, de no pequeña calidad.»

TRISTAN MEDINA.

(Continuará.)

## EL PRISIONERO

### I

...Cuando me notificaron la orden de prision, sentí sobre mi cabeza el peso de una montaña. Era media noche, y obtuve tan triste noticia al volver á mi domicilio. Encontré á mi jóven esposa en medio de la más cruel desesperación. Los enviados de la ley no habian hecho nada por ocultar su misión, tan llena de dolores; antes bien parecia que se complacieron en hacerla más terrible, acompañándola de funestos detalles. Aquellos funcionarios desempeñaron con un celo inaudito su oficio de portadores de nuevas del mal agüero. Eran las sombrías aves de la tempestad que vienen anunciándola desde lejos con lugubres graznidos.

Con palabras de consuelo, traté de disminuir ante los ojos de mi esposa la gravedad de mi desgracia. Pintéla, con los más brillantes colores que pude, la gloria que me daría aquel atentado del gobierno. Por medio de razones, más bien inspiradas en la necesidad de endulzar mi suerte que en la verdad de las cosas, quise convencerla de lo útil que sería para mí porvenir político aquella prision injustificada. Pero todos estos esfuerzos fueron vanos. A pesar mio, las lágrimas se escapaban de mis ojos y el acento tembloroso de mi voz traducía claramente la emoción que me dominaba.

«¡No, Carlos, no!» — gritaba mi pobre esposa, colgándose á mi cuello con sus brazos. — No te separarás de mí... Que vuelvan, si quieren, esos verdugos; yo misma los ahogaré con mis manos... Nadie apartará tu corazón del mio. ¿Es posible que los hombres puedan disminuir lo que Dios ha enlazado para siempre?.. Llévenme, en buen hora contigo, si tanto desean tu suplicio. Yo iré contigo á todas partes. Me encerraré contigo en el mismo calabozo; soportaré las mismas cadenas; comeré el mismo pan, y dormiré en el mismo montón de paja podrida donde duermas tú...»

Tales lamentos, viniendo del sér que más amaba, me partían el corazón. Sentía cortárseme la respiración en la garganta; secárseme la lengua en la boca; flaquearme las piernas; aflojarse los brazos, correr, en fin, por todo mi cuerpo, un estremecimiento muy parecido al que debe sacudir los miembros del moribundo. Erguíme, sin embargo, algun tanto, y cogiendo en mis brazos á mi esposa, desvanecida, coloquéla en un sillón que habia inmediato. Llamé inmediatamente al ama, á los cuidados de la cual encomendé mi mujer, y sin esperar á que ésta volviera en sí, temiéndole que sus palabras desconcertaran mi entereza, huí á cumplir con mi deber.

Ya que estuve en la calle, y comprendí cuán querido me era lo que dejaba en la casa que acababa de abandonar, vínome de repente la idea de volverme atrás, de atrincherarme en mi hogar y de resistir al mundo entero. Por fortuna, no puse en práctica este pensamiento dictado por la desesperación, y recobrando las fuerzas de mi voluntad, me dirigí silencioso, taciturno y vacilante, hácia el lugar de la prision.

Hallábase ésta en un extremo de la ciudad, siendo necesario para llegar á ella una marcha de dos horas á través de plazas, puentes, callejuelas y *boulevares*. Nunca me pareció el tumulto de una población más espantoso y al mismo tiempo más fascinador. Aquel torbellino de gentes, desliziéndose sobre el asfalto del pavimento, azulado entonces bajo los reflejos crepusculares del gas, tenía algo del torrente que rueda junto á un abismo. Además, otro sentimiento extraño, una nueva nota del concierto humano hería las fibras de mi corazón haciéndole palpar angustiosamente en mi pecho. En efecto; aquel mundo de seres, mostrábase á mi imaginación como ageno ó contrario á mi persona. La alegría de los jóvenes me causaba una tristeza profundísima; el lujo de los ricos me lanzaba en un raptó de odio; las caras que indicaban contento y tranquilidad, me ponían furioso; pero lo que más me molestaban eran las parejas de enamorados; los hubiera atravesado con un puñal.

Una felicidad que nos arrebatan á los veinte años, nos hace desgraciados para toda la vida. Yo entonces no conocía esta verdad, hija de la experiencia, pero la sentía. Así, mientras duró el trayecto desde mi casa á la prision, cada momento que trascurría semejaba arrancarme una esperanza, marchitar una flor, cuya semilla no volvería

más á nacer. La noche era oscurísima, pero más oscura estaba mi alma. Al paso que me alejaba del centro, los faroles del alumbrado iban siendo más raros; lo mismo ocurría en mi espíritu: cuando más distante andaba de mi hogar, más ilusiones se apagaban en mi fantasía.

Por fin toqué á las puertas de la prision. El centinela salió azorado de su garita al verme acercar, y mandóme que me retirara. Cuando of esta orden del soldado, no pude ménos de sonreírme irónicamente.

«Amigo — le dije — déjeme paso franco. Vengo á ver al alcaide para un caso urgente. El centinela, sin quitarme los ojos de encima, abrió la puerta entornada que comunicaba con el cuarto de guardia, y avisando de que entraba alguien, empujóme para dentro.

La puerta de la prision se cerró á mis espaldas.

Pensé que caía sobre mí la losa de un sepulcro.

### II

Un hombre de complexión récia, largo, vigoroso, con el rostro cubierto de una barba negra y espesísima que le llegaba hasta los ojos, viéndome entrar, se levantó precipitadamente de un lecho de madera, donde estaba recostado.

«¿Qué busca usted aquí?» — exclamó con voz entre soñolienta é irritada.

Yo balbuceé algunas frases, dándole á entender el objeto de mi intempestiva visita.

«¡Ah! — murmuró, dando un salto, y poniéndose de pié. — ¿Usted es el preso que anda buscando por ahí el inspector de policía?»

«Preso, precisamente... — interrumpí yo... hasta ahora no lo he sido nunca.

«¡Buen truhan será usted, digo tú! Aquí, hijo, todos sois iguales.

Un frio intenso heló mi sangre luego que oí tutearme aquel hombre, que no me habia hablado en su vida. Maldije mi candidez que me habia llevado hasta ponerme en las manos de aquel hombre; intenté, para salvarme, convertir en juego cuanto acababa de decirle; imaginé probarle que no era yo la persona que se trataba reducir á prision. Pero ya era tarde; ya las manos del canchero habian registrado mis bolsillos, encontrando en ellos papeles que identificaban perfectamente mi personalidad. No era esto todo; el carcelero empezó á espoliarme de mis ropas.

Quando llegó á los bolsillos del chaleco, y oyó sonido de monedas, se le encandilaron los ojos, redondos y fulgurantes como los de ave de rapiña, y con sus dedos largos y flexibles, fué rebañando de mi faltriquera todo el dinero que tenia. Extendió mi pobre tesoro (el único que habia en mi casa! y que llevaba yo aquella noche á mi mujer), sobre una mesa mugrienta, desvencijada, y manchada de charcos de vino, la cual estaba pegada á la cabecera del lecho de tabla. A la escasa y lacrimosa luz de una lámpara, colgada de un clavo en la pared fumosa del cuarto, las monedas lanzaron sus resplandores apropiados al metal de que cada cual estaba compuesta. No pude ver las sin sentirme conmovido, recordando la estrechez en que quedaba mi esposa.

«Espero que me será devuelto ese dinero, — dije con tono enérgico.

«Estas hojalatas — replicó el carcelero, guiñando siniestramente un ojo, — son para tirarlas á la calle... El reglamento no permite á los presos, como tú, que tengan dinero... Mucho ménos, estas moneditas de á cinco duros. ¿Ves tú? — dijo mostrándose una de ellas, con la expresión picaresca de un hipócrita redomado. — Con este cordoncito de rayas que tiene alrededor, y que parece una lima, puedes cortar las rejas... Ya comprendes que es imposible dejártelas.

Miré con desprecio á aquel miserable, y arrojándome algun tanto mis desordenadas ropas, dije con tono decisivo:

«Acabemos pronto.

El carcelero guardó mi dinero en un cajón de la mesa, y tomando un manojó de llaves, me hizo señas de que pasara adelante.

### III

Penetramos en una profunda galería, cuyo techo, y cuyo fondo, se perdían en la oscuridad. La lámpara de mi acompañante proyectaba en el suelo negro explosiones de claridad, ora á un lado, ora al otro, segun íbamos andando. Las paredes de la galería estaban como empedradas de filas de puertas, todas fuertes, todas cerradas, todas misteriosas y sombrías. Detrás de aquellas puertas solian oírse, á nuestro paso, algunos rumores sordos que podían tomarse por lamentos ahogados, por sollozos de infelices que se quejaban entre sueños.

Dimos la vuelta á aquella galería larguísima,

sin duda la principal de la prision, y llegamos á otra más corta. En esta habia ya alguna puerta entornada. Por fin, nos detuvimos en una que parecia conducir á un ántro, ¡tan tenebroso estaba su interior!

—¡Aquí!—exclamó mi guía empuñando con una mano el cerrojo de la puerta, y poniendo su otra mano en mi espalda.—Aquí pasarás esta noche... Mañana te pondremos en el palacio que se te tiene preparado.

Entré en el calabozo sin proferir palabra alguna. El aire de burla del carcelero, que al principio me hacia tanto daño, ya no producía efecto en mi alma. Tenia mi pensamiento puesto en otra parte. Mi esposa, mi hijo, mi hogar abandonados, se reproducian con una viveza tal en mi memoria, ocupaban de tal modo las fuerzas todas de mi vida, que no me quedaban facultades dispuestas á emplearse en otra cosa.

Cuando me ví sólo en mi celda carcelaria, y lancé mis miradas alrededor de aquel lugubre recinto, no pude ménos de creer que aquello que me ocurría era sólo un sueño. Abrí desmesuradamente los ojos, me dí puñadas en el pecho, respiré fuertemente para cerciorarme de que no dormía. Mi razon llegó, por último, á ese límite, en que se confunden los horizontes de lo real y de lo ficticio, á esa atmósfera en que las ideas, productos positivos y consistentes del juicio, pierden toda forma, todo peso, toda luz de gravedad, flotando por el cerebro como brumas desechas que el más ligero viento arrastra, esparce, arremolina, ó desvanece para siempre.

Una ola de llanto me llevó á flote sobre aquel océano de la locura, donde empezaba á naufragar. Lloré, lloré mucho; pero á través del frís de las lágrimas, vislumbré enmedio de la noche de mis dudas, la estrella melancólica y serena de la esperanza. Alentábame la voz de mi inocencia, si bien comprendía, por otra parte, que hay épocas en que la inocencia es un crimen. La rectitud de obrar, no siempre es estimada por los hombres que se hallan bajo el imperio de la justicia. ¿Cómo serian juzgadas mis acciones generosas, cuando las pasiones del odio, de la ira, de la ambicion, del lucro, agitaban tormentosamente todos los pechos?

En esto, el día fué apareciendo en la ventana de mi calabozo... Los objetos que le decoraban fueron saliendo de entre las sombras, y al tomar otra vez sus formas naturales, parecian desperezarse con brazos de hierro, ó bostezar con muecas de madera. La claridad finísima de la aurora penetraba allí, como debe penetrar un rayo de luna por los resquicios de una sepultura. Hasta el polvo de aquel recinto, y que empezaba á dejarse ver flotante en el aire, era un polvo seco, áspero, amarillo, como el polvo de los esqueletos. De todo este mínimo y silencioso espectáculo se desprendía una tristeza insoportable, la tristeza del que contempla una cosa muerta. Los vidrios rayados de las ventanas contribuian por su parte á dar al día el tinte de color descompuesto que, cayendo sobre muebles y personas, prestaba á todo, el aspecto de un cuadro borrado y envejecido por los años.

Hasta entonces, mi curiosidad habia permanecido dormida. Todo mi sér habia estado sumergido en el letargo del dolor. De repente surgió á mi vista algo que me hizo temblar, algo que me indicó que alguien me veía. En efecto, un hombre, pero un hombre extraño, niño por el cuerpo, y viejo por el semblante, me estaba espíando desde un rincón del calabozo. Era indudable que me examinaba á su sabor bastante rato há.

## IV

Cuando, lleno de sorpresa, clavé mi vista en mi desconocido compañero, éste me contestó con una sonrisa. Alzóse del suelo, donde yacía agachado al modo turquesco, y llegóse á mí con los brazos extendidos. Al pronto creí que, por no promover ruido, venia andando de rodillas; pero luego que se aproximó, mostróme la causa de no levantarse á más altura del suelo. Mi camarada de cárcel era enano.

Era, además, uno de los enanos más deformes. Su cabeza puntiaguda y amartillada, como la de un caballo, apenas se veía por estar hundida entre los dos hombros. Estos, por el contrario, eran monstruosos, descomunales, como gibosidades de camello. Sus brazos cortos, como sus piés, pero extraordinariamente gruesos y nudosos, podian sostener dignamente la comparacion con los robustos troncos de un chaparro. Tenia protuberantes el pecho y la espalda; flacas y delgadas las piernas; anchas las manos; angulosa la cara; pequeños y salientes los ojos, y, por último, su pelo era enmarañado, exuberante y tan rojo, que pa-

recia haber metido el extravagante enano la cabeza en una charca de sangre.

El seguía con las manos tendidas hácia mí en ademán amistoso. La repugnancia, mezclada al terror, que inspiraba su contrahecha figura, era contrarestanda poderosamente por la expresion de simpatía y de dulzura que animaba su rostro.

—¡Vamos!—me dijo sonriendo,—no rechace usted mi amistad; aunque soy feo no soy malo.

Esta franca declaracion de su sér, quitó de mi espíritu toda repulsion hacia aquel singularísimo personaje, y le dí cordialmente mi mano.

Estrechóla furiosamente el enano, quien comenzó á dar pequeños saltos de alegría, corriendo estrepitosamente por la habitacion.

De pronto se paró, quedóse sumamente sério, y exclamó:

—¡Seremos amigos!... No, mejor: usted será mi amigo, y yo seré su criado... Usted será mi Dios; yo seré su perro.

Y al decir esto, gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas pálidas de emocion.

Yo no pude ménos de enternecerme, si bien dudé mucho del cabal juicio de aquella desdichada criatura.

Pero el enano, pareció adivinar mi pensamiento, diciéndome:

—Sé que me tomará usted por un loco... Ese es el nombre que me dan todos los que no me comprenden... Contra esta opinion, usted se revelará si está mucho tiempo conmigo.

Pasóse los dedos de la derecha mano, á modo de peine, por la selva de cabellos, y entonces ví que su cabeza poseía la frente más perfecta y majestuosa que imaginar se puede. Aquel espacioso y augusto óvalo, marco visible del pensamiento, más bien que para decorar la cabeza de un hombre, parecia destinado á resplandecer sobre los ojos apagados de una estátua. Un escultor no hubiera cincelado mejor aquella frente. Habia en ella, al mismo tiempo que la pureza y altivez de las líneas, el bruñido y correccion de las formas, y la tersura y proporcion de la noble superficie. Era la urna más hermosa que puede escoger la idea para hacer lamentar el perfume misterioso del espíritu.

El enano seguía interpretando mis pensamientos.

—Me alegro—continuó—de que se fije usted en mi frente. Ya comprenderá usted que aquí dentro no puede haber nada disforme.

Yo no sabia qué responder á tanta perspicacia. Los ojos del enano escudriñaban el interior de mi alma, como un buzo en el fondo del mar. Como fascinado por aquel maravilloso sér, yo habia llegado hasta olvidar mi propia situacion. Un relámpago cruzaba de vez en cuando por mi memoria de todo mi pasado, pero desapareció al momento sin dejar permanente luz alguna. Además, temblaba de pensar en mi desolada familia; é instintamente la naturaleza, que repele todo dolor, me alejaba de cuanto pudiera recordármela.

Mientras tanto, el sol habia avanzado en el horizonte. Era ya día claro. Algunos rayos tibios del astro, amigo del águila y de las almas apasionadas, pugnaban por abrirse paso hasta nosotros, quebrándose en los zig zags de las vidrieras. Allí se quedaban como manchas de luz, erizadas y retorcidas, semejantes á doradas escolopendras. Los reflejos, sin embargo, que entraban en la celda, eran suficientes á descubrirme del todo al enano. Su traje era abigarrado y harapiento. Cada prenda que le componia, pertenecía á un género distinto de vestimenta. Una zamarra ancha y lanosa, como la de los pastores, mal cubría su cuerpo, desde por cima de los hombros hasta muy cerca de las rodillas. Sus piernas embutíanse en unos calzoncitos de niño. Su pecho estaba al descubierto, como sus piés y su cabeza; y sólo girones de una camisa ennegrecida por la polvareda y el sudor, colgaban á un lado y á otro de las costillas, imitando así á las cortinillas descorridas de su sagrario.

Un rulo brillantísimo, á manera de cinto de seda de colores, se anudaba estrechamente á su cintura.

El enano se echó mano á él, prorumpiendo en un grito de cariñosa reconvenccion:

—Esta es quien tiene la culpa de que yo esté aquí ahora.

Y arrojando al suelo lo que él llamaba *esta*, se puso á mirarme atentamente.

El cinto empezó á moverse primeramente con penosa lentitud; despues levantó en el aire uno de sus extremos, y enarcándose, por fin, dió una fuerte sacudida, enroscándose á los piés del enano. ¡Era una culebra!

## V

Abrióse, en esto, la puerta del calabozo. El mismo carcelero de la noche anterior me llamó,

no por mi nombre, sino por el número de mi celda, y entregándome una chapa, que haría oficio de pasaporte, indicóme con la mano el extremo de la galería. Era la hora de la limpieza. El piso de piedra y de hierro aparecía anegado bajo los cubos de agua que una compañía de presos lanzaba sin trégua en todas direcciones. Armados todos ellos de escobas con mango, restregaban furiosamente el suelo de la prision hasta dejarlo limpio y reluciente, cual si pié alguno no lo hubiera hallado nunca.

Mas mi atencion estaba fija en otra parte. Cuando llegué al fin de la crugia, otro carcelero me indicó una habitacion larga y sin puerta, y dividida hácia su mitad por una serie de compartimentos, al modo de confesonarios, unidos todos entre sí, Era el locutorio.

No bien puse los piés en él, cuando el grito de una mujer me anunció que me esperaba allí mi esposa. Corrí al sitio de donde salió la voz, y, en efecto, vi á mi mujer, pero ¡ay! sin poder abrazarla. Una doble rejilla de alambre nos separaba á larga distancia.

Referir la escena que entonces pasó allí es imposible al humano lenguaje. Mi Andrea, mi pobre Andrea, con nuestro hijo en brazos, pugnaba por desgarrar con sus dedos delicadísimos y suaves aquella malla rígida y dura de insensible metal que impedía la union sacrosanta de dos corazones.

—Cálmate, Andrea del alma—la dije ocultando mi intranquilidad.—Esto no puede durar mucho. Sin duda que es una equivocacion de las muchas que sufren los gobiernos. Ya se convencerá el que hoy nos rige cuán mal ha obrado coartando la libertad de un hombre que, como yo, sólo lucha con el arma de las ideas.

—No eres tú sólo—contestó mi esposa—el que ha sido preso. Muchos correigionarios tuyos han sido arrestados esta noche, y sacados de los brazos mismos de sus mujeres. ¡Ah, Carlos mío! No quiero pensarlo; si hacen lo que se dice... yo me muero... ¡oh! no puedo creerlo... ¡Dios mío! ¿no es verdad que no lo permitiréis?

—Pero ángel mío—la dije esforzándome por contener el llanto,—¿qué dicen por ahí...? Atrocidades, sin duda... Mis enemigos no perdonarán medio de desprestigiarne.

—Si fueran sólo tus enemigos... Pero, no, tus mismos amigos aseguran que tu vida... ¡Ay, Dios mío! yo no puedo imaginar que haya gente tan malvada en el mundo.

No me cabía duda: mis amigos, es decir, los émulos de mi fama, eran los que propalaban aquellas noticias tan preñadas de veneno. El fuego infernal de la más implacable venganza circuló por mis venas, hinchándolas, inflamándolas, hirviendo en ellas como la lava soterrada de un volcan.

—Andrea—dije á mi mujer, que no cesaba de llorar amargamente,—te juro por la pureza de nuestro amor que nada tienes que temer de mi suerte. Soy inocente. Los tribunales de los hombres podrán equivocarse, podrán cometer un crimen más grande que el del acusado que juzgan, pero jamás llevarán su crueldad hasta el extremo de poderla igualar con el odio de la ruin envidia... Confía en Dios, esposa mía, confía en que el hombre que sacrifica su vida á plantear un ideal humanitario, no puede alcanzar por premio el castigo ó el sambenito que la sociedad impone á la necedad orgullosa ó á la maldad disfrazada de hipocresía... Por ese hijo nuestro que duerme en tu regazo, no abrigues tan funestos pensamientos... Yo saldré de aquí victorioso, y saldré para irme con tigo á un rincón de la tierra, donde esconder nuestra dicha á los ojos sin luz de las víboras, que todo lo ven entre sombras.

Estas palabras reanimaron un poco á mi esposa. El niño, que reposaba en sus faldas, abrió entonces sus ojuelos divinos, y murmuró.

—Papá, dame un beso.

## VI

La vida del prisionero no tiene la hilacion de espectáculos que ofrece la existencia del hombre libre. Muchas veces sustituye á la risa el espanto, á las lágrimas la ironía, al gozo súbito un inesperado dolor. Así comencé á experimentarlo desde luego. Bruscamente fuí arrancado á la escena de ternura de mi esposa para lanzarme entre acciones de crueldad. El tribunal que debía hacerme el primer interrogatorio estaba sentado en sus sillones esperándome con un ansia de verdugo.

Mi sola presencia, en que todo denotaba la angustia más honda, movió á risa las augustas fisonomías de mis jueces. Se les veía rebosar de placer ante la idea, inmediatamente practicable, de poder humillar una cabeza, á la cual (perdonésemela la inmodestia) aclamaban las muchedumbres. No tardé en convencerme de la exactitud de mis observaciones. Cada pregunta que se me dirigió fué

un dardo de aborrecimiento envuelto en el veneno de un falso respeto. Mi altivez les desconcertaba sin embargo; y hubo momentos en que cierto rumor de desaprobación aventurado por el público dejó poco ménos que corridos á los representantes de la justicia. En tales casos, los individuos del tribunal mirábanse los unos á los otros y reían entre sí sus agudezas doctorales, ribeteadas de insipidez y lastradas de mal disimulada ojeriza.

(Bueno será aclarar antes de intrincarnos en el laberinto de esta complicada historia que el autor muchas veces no hace al escribir, sino copiar parte de los diversos papeles que dejó emborrachados nuestro héroe. Este es una persona de carne y hueso, que yo conocí, traté, estimé y que vosotros (no me cabe duda!) estimareis también cuando le conozcais y trateis, durante el curso de esta verídica narración. Por consiguiente, cuando viene á punto una reprimenda á tal ó cual personaje, yo abro mi escritorio y doy suelta á los desahogos del infeliz preso. Ahora bien, continuad leyendo, que él es quien habla por medio de mi pluma.)

—Se os acusa—dijo el presidente del tribunal—de haber atentado contra la estabilidad de las instituciones reinantes. ¿Qué contestáis á eso?

Yo permanecí callado. ¿Cómo explicar en una frase concisa y exacta el revuelto mar de pensamientos, pasiones y nobles arrebatos que agitaban mi alma? Por una parte, lo capcioso de la pregunta, que empezaba fundándose ya en una afirmación gratuita; y por otra, la indignación que exaltaba extraordinariamente mi carácter, ponían mi espíritu fuera del alcance de toda contestación.

—Comprendo que no tengáis nada que responder á mis palabras:—añadió algo airado. La acusación es verdadera; por consiguiente, callando os reconocéis culpable, en lo cual haceis perfectamente bien.

Yo murmuré entre dientes algunas frases de despecho.

—Sí,—continuó,—haceis bien en declararos lisa y llanamente autor del hecho que se os acrimina. Eso es al fin generoso, é indica un alma grande; objetó el juez con cierto aire de sorna.

No pude contenerme, y exclamé:

—¡Soy inocente!

Pero entonces, al oír este vocablo, que ciertamente esperaba que yo profiriese, cayó sobre mí como un chacal sobre su presa descuidada.

¡Inocente! ¡eh! Así dicen todos los que no lo son.

Saltó de su sillón, giró sus ojos por toda la sala, se subió el cuello de la toga, irguióse el birrete, se frotó las manos, y después de haber practicado todos los ademanes propios para significar el triunfo más completo, se expresó de este modo con voz sonorísima y bien acentuada, que sin duda sacaba de su laringe de pregonero para las altas ocasiones:

—Señores—dijo,—ya habeis visto por el interrogatorio á que ha sido sometido el acusado, que su criminalidad se halla perfectamente comprobada. Ahora, otro tribunal aplicará la sentencia correspondiente, y cuya atribución no incumbe al que tengo el honor de presidir. Justo es que así lo declare para salir al frente de los rumores que contra mí se levantan, y de los cuales yo me lavo las manos.

Y se las restregó, en efecto, contra su pañuelo. Cerróse la audiencia, y yo fui conducido de nuevo á mi celda carcelaria. Serían como las diez de la mañana, y ya el sol, filtrándose por las altas claraboyas de las galerías, alegraba dulcemente la prisión. Un tragin de hormiguero que cambia de sitio se observaba en todo el sombrío edificio. Voces de mando, crugidos de hierros, carreras sobre zapatos de encina, golpazos de puertas, repiqueos de campanillas eléctricas, surtidores de fuentes; hé aquí la armonía matinal que sorprendía al que por primera vez penetraba en aquella lúgubre casa.

Como estoy decidido á manifestaros la verdad, no os ocultaré que aquel ruido me encantó; y es que donde quiera que aparece la vida, sea cual fuese, el mundo, animado en su triste realidad, se nos presenta sonriente y hermoso.

## VII

El proceso tuvo fin. Larga había sido la cuesta de mi Calvario. Reconocida mi inocencia, los jueces se dieron por satisfechos con los tormentos soportados antes del fallo. Mi prisión fué un alarde de poder inquisitorial, y nada más. ¿Pudo la piedad en esta ocasión contrabalancear la dureza de lo cruel? No sé. Hoy aquellos dolores están cicatrizados en mi alma. La sonrisa de un hogar lleno de luz y de amor abre sólo mis ojos á la

felicidad. Tal vez suelen mis pupilas nublarse al llanto cuando miro en tan tenebroso pasado. Es que recuerdo aquel desdichado prisionero compañero mío, cuyo cuerpo demacrado y podrido se arrastrará todavía, como su amiga culebra, en el cieno y oscuridad de algun lejano y escondido calabozo.

JOSÉ DE SILES.

## EL MANTO DE PLATA

Tendido en el bastidor, arróllase por un extremo el blanco tisú, donde el hilillo de plata hará maravillas.

Un tibio rayo de primavera penetra por la celosía, y deshaciéndose sobre el sedoso tejido en nacaradas aguas, sonríe á la bordadora, llamándola al trabajo.

—¡Amanda! ¡Amanda!—le dice también un gilguero que, en su tablilla de cimbel, salta y aletea en la ventana.

Amanda, nombre inventado por el amor, es una muchacha por la frescura de su cuerpo; una mujer por la seriedad de su alma.

Sus grandes ojos, negros y profundos, hacen pensar en mundos infinitos.

Sus labios, bermejos, recogidos y gruesecitos parecen estar siempre replegándose para un beso.

Su rostro es augusto y severo; cuando se sonríe, pudiera decirse que se abre una nube para enseñarnos el cielo.

Hay en su porte el vigor de una naturaleza virtuosa, unido á la dulzura de un espíritu sencillo y virginal.

Cuando la aurora del amor rayara en su pecho debía traer llamaradas de volcan y gotas de rocío.

¡Miradla, inclinada la cabeza sobre la labor, ocupadas sus finas y ágiles manos con febril desasosiego!

Su cabellera, negra como la noche, se apiña en abundantes y retorcidos bucles desde su cuello hasta su frente: los reflejos acerados, que produce el brillo de tanta negrura, semejan salir de un puñado de lava.

Trabaja y trabaja sin descanso. Al fin de su labor hay algo más que el cobro de un puñado de monedas: está la felicidad.

Cada hoja de flor bordada lleva un enjambre de pensamientos aéreos é inexpressados.

Las estrellas de rubíes, que va sembrando la mano de Amanda, en el manto de la Virgen, responden á otros tantos astros que brillan en el cielo de amor de la doncella.

Aquel bordado es un poema que, teniendo por fin la religión, tiene por inspiración al amor.

Amanda y Julio se amaron como se aman la nube y el rayo: tempestuosamente.

El amor llenó los primeros años de su juventud, como las hirvientes espumas llenan el cauce de una cascada.

Producía vértigo mirar aquella pasión, pura y sencilla, pero ardiente é indomable.

Como en las noches calurosas de verano, la putrefacción de los cadáveres se convierte en estelas de luz que cruzan el encantador espacio, así lo grosero del amor terrestre se purificaba en ellos, trocándose en el crisol del alma en mágicas esperanzas, en sueños deliciosos, en aspiraciones infinitas de dichas supraternas.

El amor en las naturalezas vírgenes, más que realidad es un presentimiento; y, como todos los presentimientos, tiene el amor entonces mucho de la esencia inmaterial del alma que flota en las regiones elevadas.

La enérgica naturaleza de la bordadora había estado comprimida desde su infancia. Sobre sus hombros femeninos pesaban los cuidados todos del hogar donde se acogía su familia de pequeños hermanos, sin madre.

El padre, inválido, hacía más grave la carga que ahogaba, es cierto que con sublime placer, el ancho corazón de aquella hija, hecha guía de una familia que no había engendrado.

Casi desde niña se apoderó por superior instinto de todos los hilos misteriosos que tejen la vida del hogar.

Lo que para otras mujeres es un dédalo enmarañado, fué para ella madeja que se desliza-

ba suavemente en torno de sus brazos afanosos.

Tenia por segunda naturaleza la resignación.

Jamás sus labios articularon una frase de queja.

Gozábase en el sufrimiento.

Había en ella algo de la devoción mística de la monja y del fervor ardiente de abnegación, de la mártir.

Era una santa del mundo.

Sus milagros consistían en sus obras diarias; obras desconocidas de las gentes, pero no ignoradas por el sér, en favor del cual se ejecutaban.

Cuando la enfermedad se apoderaba de alguno de sus pequeños hermanos, veíasela firme y atenta junto al lecho del pariente, disputando con los esmeros de sus manos y las oraciones de su alma, una vida inocente á una muerte cruel.

En éstas unidas, pero terribles catástrofes de la vida familiar, era cuando la hermana se transformaba en madre.

¡Admirable sentimiento el de la fraternidad humana! ¿Quién le encontrará tan puro en las demás razas que pueblan la tierra?

Este sentimiento inefable tomaba además en el seno de nuestra heroína la forma é impulsos de la pasión más exaltada.

Amanda era el ángel hecho mujer.

Desde muy temprano tuvo conciencia de su misión, como el profeta la tiene acerca de lo por venir.

Siendo niña, no jugó con esos objetos, cubiertos de oropel, con que se hacen más agradables los azotes.

Sus muñecas tenían vida real: comían, se enlodaban, rompían las ropas, derramaban lágrimas de verdad.

En efecto, sus muñecas fueron sus hermanitos.

Pero la niña fué mujer, y el amor floreció ya en su genuino terreno.

Pobre, como ella, era Julio, su novio; y si el amor de los dos jóvenes era grande, no era menor la falta de riquezas.

El trabajo de todo un día apenas bastaba para reunir un resultado positivo que cubriera los huecos abiertos constantemente por la necesidad.

Dos años dejaron pasar los amantes, envueltos en la nube de sus sueños de felicidades prometidas. Entre los dos corazones había habido sólo cambio de miradas, expresiones infinitas y luminosas de aquellos escondidos volcanes, en que se abrasaban sus espíritus.

Largas horas miraban á veces trascurrir sobre sus cabezas, mientras que ellos permanecían absorbidos en honda contemplación de la persona amada.

Al fin, llegó un tiempo en que fué insostenible esta violenta situación.

Ya no sabían hablarse nada.

Sólo sabían suspirar.

Un relámpago de ambición cruzó un día por la mente de Julio, y ese relámpago produjo un incendio en su pecho.

Puesto que era imposible conquistar la realidad del amor, sin esa otra realidad de la vida social que se llama oro, una fortuna, granjeada en breve plazo, sería la mejor palanca para forzar los obstáculos hasta entonces invencibles.

Desde tal punto, un viaje á América fué la única idea, la absorbente pesadilla del amante.

Los países, vistos en lontananza, tienen un mágico colorido que atrae poderosamente las imaginaciones juveniles.

Cuando la sangre nueva hierve y circula en un organismo también nuevo, la frente del joven, al erguirse con altivez, choca con el umbral de la casa paterna, y sueña con ilimitados horizontes.

Una frente sin arrugas, busca un hogar sin techo.

¡Ah! cuando el alma siente crecer las alas en que cada pluma es una ilusión, sólo piensa en volar.

¿Qué importan las montañas con sus crestas de nieve?

¿Qué importan los mares con sus abismos de negras olas?

¿Qué importan los hombres perversos, más temibles todavía que el ventisquero traidor y el oleaje enfurecido, con sus redes de engañadora falsía, donde el alma sencilla cae, pierde su noble libertad y se ahoga?

¿De qué sirven tampoco los dolores que deja en pól de sí el que se va?

Nada de esto arredró á Julio en su empresa.

Cuatro tablas impelidas por un poco de humo le llevaron á la fuente del bienestar, tantas veces soñado.

¿Volvió salvo de sus peligros?

Sí, volvió rico y feliz, pero algo viejo.

Amanda le esperó durante su dilatadísima ausencia.

Años enteros trascurrian á veces sin que mediaran cartas de esperanza y consuelo para la jóven.

Pero ella, si tenia por nombre *Amanda*, tenia por sobrenombre *Constancia*.

Mucho sufrió en la separacion de su amante.

Así, cuando éste, en la primera entrevista despues de su vuelta en América, la pregunté por el manto de plata de la Virgen, que bordaba con tanto afán a su partida; Amanda, quitándose el pañuelo de la cabeza, le dijo:

—¡Mira!

Y una cascada de bucles blancos se precipitó sobre la espalda de la doncella.

Ella, también virgen, tenia su manto de plata.

¡Este manto de plata, eran sus cabellos encanecidos!

JOSÉ DE SILES.

## DISCURSO

Pronunciado en el Congreso de los Diputados de España (sesion del 20 de Junio de 1884) por D. Rafael María de Labra, Diputado á Cortes por Sabana-Grande (Puerto-Rico) y Santa Clara (Cuba).

### SITUACION DE CUBA EN 1884

SEÑORES DIPUTADOS:

Muchas veces en el curso de la conversacion familiar, y despues de los debates que constantemente se entablan en todos los círculos, así los más altos como los más modestos, para apreciar los méritos y deméritos de las empresas políticas y las ventajas y desventajas que reportan á aquellos que por vocacion de su espíritu ó compromiso irresistible de su historia, dedican por completo su existencia á las atenciones y cuidados de la vida pública, muchas veces he meditado sobre si estaban ó no compensados los trabajos, los verdaderos sacrificios con que uno obliga cuanto es y cuanto vale, por los resultados que en ocasiones dadas se logran, luego de terminada una de esas enérgicas campañas que se abren y sostienen fuera de toda aspiracion al poder y todo interés personal, y que de todas suertes proporciona la intima satisfaccion de probar aquella energia del alma, acreditada por una viva fé y una viva perseverancia.

#### Los triunfos del hombre político

Y es lo cierto, señores diputados, que con alguna frecuencia aquí se va dando el caso de que la palabra inspirada por el conocimiento de la verdad, llega á obtener al fin y al cabo vida y realidad fortificante; y que las reformas pedidas un día en medio de la oposicion resuelta y de la prevencion más ó ménos injustificada, logran satisfaccion cumplida y realizacion espléndida, produciéndose entonces el contento extraordinario del que ve brotar el tallo de la semilla que ha sembrado entre las inclemencias del tiempo y á costa de duros sacrificios; contento que paga con creces, en ánimos generosos, los disgustos y las contrariedades de la jornada.

De la propia suerte, á veces la demostracion de lo que uno ha pensado, de lo que uno ha dicho, de lo que uno ha propalado, viene por otro camino. No la acompañan entonces grandes triunfos, grandes aplausos. Entonces la demostracion resulta *ad absurdum*. Es el resultado de no haberse seguido la línea de conducta aconsejada por el propagandista, de no haberse realizado aquellos principios ni asentido á aquellas soluciones contradichas por la ignorancia ó la preocupacion. Entonces la demostracion es la realidad del mal, la evidencia del desastre.

¿Qué satisfaccion tan triste! ¡Cómo invocar el hecho que apena ó que abruma, para justificar la prevision, la perspicacia, el tacto político, hasta la fortuna si queis del que por tanto tiempo ha arrojado las prevenciones, la impopularidad, la enemiga, anunciando la catástrofe y poniendo de su parte todo lo indispensable para evitarla!

¡Y qué terrible esta situacion y qué ingrata, sobre

todo si se compara con la satisfaccion breve, pasajera, escatimada, regateada, que proporcionan las victorias de que antes os he hablado, y que por lo mismo que no traen aparejados dolores y lágrimas, son atribuidas á un número extraordinario de felices, quizá cuando sus promotores se ocultan modestamente, para mantener vivo el espíritu y velar por la realizacion entera de la idea y la consumacion perfecta del triunfo en los accidentes y los detalles!

#### Antecedentes. — Campaña liberal. — Abolicion en Puerto-Rico

Todavía recuerdo aquella larga, ruda y costosa campaña que unos pocos hicimos por espacio de diez años para alcanzar la abolicion de la esclavitud de Puerto-Rico. ¡Qué resistencia, qué oposicion, qué negativas, qué declamaciones, qué afirmacion tan sostenida de que todo el país estaba contra nosotros, y de que aquella campaña era una de las más eficaces causas de las perturbaciones del período revolucionario! ¡Cuánta arrogancia en la pretendida demostracion de la torpeza, del error, de la maldad de nuestras soluciones...! Pero la abolicion se hizo, y á poco tuvimos la satisfaccion de que aquella reforma constituyera una de las páginas más brillantes de nuestra historia contemporánea, así como tuvimos el placer, poco frecuente, de que aquellos que la combatieron más rudamente, desde el Sr. Sagasta hasta el Sr. Cánovas del Castillo, la reconocieron como una idea profundamente feliz, hasta el punto de que la misma pluma que escribió el célebre manifiesto de la Liga de 1872, donde se llama infortunio á la idea redentora, esa misma pluma trazara aquellos párrafos del primer discurso de D. Alfonso XII á las Cortes de la Restauracion, donde se ensalza y se sublima la obra de la República, mostrándola á los demás pueblos cultos como un testimonio de la justicia y de la prevision de nuestra patria.

#### El Zanjón

Otra vez, señores, sostuvimos otra campaña no ménos difícil. La guerra ardía en Cuba, guerra de hermanos: no podíamos tener la menor duda respecto de cuál sería el resultado de aquella campaña; sabíamos perfectamente que por medio de las armas serian completamente reducidos los insurrectos y concluida aquella rebelion, nunca bastante condenada; pero entendíamos que era político, que era patriótico, que aquella insurreccion terminase por medios conciliatorios, por medio de una paz fecunda, tras la cual no resultasen vencidos ni vencedores, porque todos eran hermanos, y si fuerte, poderosa, incontrastable por la abnegacion y el amor de todos, la sagrada unidad de la patria.

Pero esta propaganda encontró fortísima oposicion, encontró resistencias punto ménos que invencibles en lo más áspero de la contienda, hasta que un general afortunado que habia visto claro en esta cuestion, quizá desde su comienzo, y que en medio del fragor del combate y cara á cara al enemigo habia podido advertir que los que estaban del otro lado no eran ni podian ser extranjeros, se determinó á aquellos tratos y conciertos, que dieron por resultado la paz del Zanjón, aquella generosa paz saludada en toda España, así en la Península como en las Antillas, con aplausos, con vitores, con júbilo por parte de todos.

No os he de decir de qué suerte los que sostuvimos esta solucion aun contra íntimos amigos profundamente preocupados, nos creímos partícipes de aquella obra; de qué suerte nos adherimos al movimiento entusiasta que la siguió, y cómo nos dispusimos á prestar caluroso apoyo al desenvolvimiento de las ideas y tendencias en ella entrañadas. Todo, ahora como en 1873, sin salir de nuestra modesta esfera, sin pretender otra recompensa que la suficiente de nuestra conciencia satisfecha, sin disputar siquiera la menor porcion de gloria á los muchos que por aquel entonces pretendieron monopolizarla.

#### Las reformas

Despues hemos sostenido, y también por un largo espacio de tiempo, otra campaña no ménos importante. Hemos salvado á Cuba del separatismo; la habíamos traído al regazo de la madre patria; la habíamos presentado un porvenir más esplendoroso; pero sabíamos que saliendo de una guerra de ocho años y saliendo, á la par, del antiguo régimen, del régimen de la esclavitud, de la centralizacion, de la ordenanza militar y del exclusivismo colonial, Cuba necesitaba grandes y profundas reformas; las necesitaba enérgicas, prontas, urgentes. De aquí otra campaña no ménos briosa, no ménos preferente, pero no ménos contradicha por prevenciones, reservas, dudas, pasiones ó intransigencias que á mi no me han podido sorprender lo más mínimo, porque ya estoy muy hecho á esta clase de obstáculos, que á la postre sirven para avalorar el esfuerzo, y con los cuales han tenido que luchar siempre, y siempre lucharán las reformas en razon directa de su mérito, su eficacia y su trascendencia.

Pero, señores, ¿cual será mi satisfaccion al ver ahora que los mismos elementos de la anterior resistencia, los mismos defensores de las ideas contrarias, los

que rechazaban nuestras soluciones con su silencio, ó les oponian aplazamientos que equivalian á su negacion, ó con toda franqueza nos denunciaban como ilusos ó como perturbadores, esos mismos vienen hoy ante el gobierno, ante el país, á reclamar nuestras propias soluciones y á afirmar nuestras propias ideas?

Nosotros sostuvimos desde el primer día la abolicion inmediata y simultánea de la esclavitud, pero condicionada y complementada por radicales reformas económicas, que hubieran equivalido á una de aquellas indemnizaciones á los poseedores de esclavos, que han sancionado las principales leyes abolicionistas en circunstancias normales ó ordinarias. Porque entendíamos que de la esclavitud no son responsables tan sólo los que han poseído ó poseen esclavos, sino también, aunque en diferente proporcion, el Estado; el Estado, que por medio de sus leyes ha sostenido y hasta utilizado la institucion; de modo que los perjuicios que pudiera causar la abolicion, debian afectar á todos los responsables del hecho de la servidumbre, en cuyo concepto hubiera sido fácil exigir á las provincias peninsulares que hoy se alarman, con fundamento ó sin él, ante ciertas reformas económicas, sacrificios basados en principios de alta moral.

#### Campaña contra el presupuesto cubano

Del mismo modo, nosotros sostuvimos por espacio de cuatro años, desde el mismo día que vino á esta Cámara el primer presupuesto de Cuba, su limitacion á 25, á 28, á 30 millones de pesos á lo sumo; porque entendíamos que aun cuando la isla hubiera podido satisfacer una cantidad mayor (lo cual no era cierto), debia tenerse en cuenta que, en los años siguientes á la guerra, era indispensable dar desahogo y medios de rehabilitacion al país, para hacer frente en plazo breve á necesidades tan fuertes como las obras públicas, la repoblacion del interior, la inmigracion, y en general á todo lo relativo al fomento de la comarca. Nosotros afirmamos el carácter nacional de la deuda contraída para vencer la insurreccion separatista, y negamos que tuviesen carácter puramente insular, atenciones y servicios que afectan á la unidad del Estado, y, por tanto, corresponden al presupuesto general de la nacion; concluyendo por sostener, aun dentro de la deuda insular, el procedimiento norte-americano de la consolidacion á plazo indeterminado, y, por tanto, larguísimo, dejando la amortizacion á la libre voluntad del Estado. Nosotros reclamamos la libertad arancelaria en su sentido más amplio, proponiendo con el carácter de urgente un tratado comercial con los pueblos americanos, señaladamente con los Estados-Unidos, que ya entonces iban apareciendo como el mercado exclusivo de los azúcares antillanos. Nosotros combatimos el sistema de impuestos dominantes y señaladamente el derecho de exportacion, negado por la ciencia y rechazado hasta por las preocupaciones del país; nosotros defendimos economías resueltas en los sueldos y en los servicios públicos, y de todas las maneras posibles, el adelanto y las necesidades apremiantes de la en otro tiempo esplendorosa isla de Cuba.

Nuestras palabras fueron desoidas. Llamáronse exageraciones á nuestras críticas; teorías á nuestras soluciones, imprudencia y hasta intemperancia á nuestra insistencia en la reclamacion. Los presupuestos, con el voto explicito ó el asentimiento silencioso de nuestros adversarios, fueron á Cuba á acelerar su ruina. Sucedió lo que debia suceder. La desgracia se generalizó, y hoy, aquellos mismos que antes nos combatian, unen su voz á la nuestra para reclamar con la misma intemperancia ó imprudencia que antes se nos atribuía, remedios decisivos para Cuba agonizante.

Sin duda este contraste acusa nuestra victoria; pero, señores, ¿cómo celebrarla, si su evidencia es la evidencia de la suprema angustia de aquella desgraciada Antilla, que no sólo parece como se deshace entre nuestras manos, sino que ha de arrastrar en su hundimiento á la vecina y ya atribulada, Puerto-Rico, tan merecedora de toda suerte de atenciones y cuidados; por su cultura, su circunspeccion, su abnegacion, su fé y su civismo!

#### Momento crítico

Porque, ya lo habeis oido, el momento es crítico. Cuba se halla al borde del abismo. ¿Qué digo al borde? ¡Mas me parece á aquel que, habiendo resbalado dentro de la sima, se apodere de cuanto en torno suyo puede ofrecerle asidero y retardar su caída, y angustiado por la debilidad del apoyo, la flaqueza de su fuerza y el atractivo misterioso del precipicio, prorrumpe en terribles ayes y puebla el espacio con sus desesperados gritos, reclamando el auxilio de las personas más queridas invocando la solicitud de la madre amada, que siempre se imagina como la providencia del hijo!

#### Modo de estudiar los problemas ultramarinos

¿Demuestra esto, señores diputados, que nosotros que tales cosas vimos y tales recomendamos un tiempo, seamos unos hombres extraordinarios, que tengamos una perspicacia y un conocimiento especial del asunto, de tal suerte, que sólo nosotros hayamos po-

dido aceptar el remedio y señalarlo á la consideración del país? ¡Ah, no! Esto depende de la manera particular con que venimos estudiando el problema ultramarino, sobre todo, después de la guerra. Depende de la importancia que para este efecto hemos dado á dos ideas: á la necesidad de ver la cuestión á la luz de los principios, y de resolverla dentro de las condiciones de un perfecto desinterés. Permitidme que explique estas indicaciones.

#### La ciencia del derecho colonial

Es frecuente, tratándose de todas las cuestiones, pero muy particularmente de las cuestiones coloniales, llegar al debate y al exámen de los principios y de las soluciones, sin otra preparación ni más dato que lo que pudiera llamarse la impresión del momento, la palabra de la calle, la política de la plaza, quizá el ruido, la voz del pueblo. Pero, á mi juicio, para llegar á resolver problemas tan delicados como estos, es necesario haber meditado antes muy maduramente sobre los principios, para llegar mediante ellos y por su luz, á las soluciones, que descansan siempre en bases más sólidas que la mera aprensión ó el accidente momentáneo de varia y confusa inteligencia. Por aquel camino se va á los sistemas, á las organizaciones. Por el otro, á los expedientes, á los temperamentos, á las meras salidas que nunca resuelven, aunque puedan aplazar un conflicto. Por fortuna, ya en todo el mundo moderno las cuestiones coloniales, por su desarrollo, por su naturaleza, por su contextura misma, vienen á constituir materia científica y á determinar principios tan perfectamente delineados como van delineándose los principios del derecho internacional. Y se dá el caso, señores, de qué á esta tierra española, que allá en los comienzos del derecho internacional tuvo la fortuna de indicar sus bases por medio de Soto, de Suarez y de Baltasar de Ayala, es decir, de los precursores inmediatos de Grocio; á esta tierra española, digo, corresponda el honor y la fortuna de haberse adelantado también á bosquejar el derecho colonial por medio de Campillo, de Ulloa, de Vivero y Velasco, de Xaral..., de todos aquellos ilustres escritores coetáneos de los autores y compiladores de nuestras famosas leyes de Indias.

Sólo que en este orden de ideas, como en otros, y por causas que no he de explicar ahora, la tradición se rompió en el siglo XVIII, pasando la representación del derecho colonial á los Grey, los Merivale, los Leroy de Beaulieu, los Seely, los Smith, los Duval, los Mill, los Sheridan Hogan y tantos y tantos otros cuyos libros es indispensable tener á la mano y bajo la vista, si es que no se ha de aventurar el juicio bajo la presión de la menudencia y del momento.

Tenemos, pues, problemas definidos y conocidos; tenemos soluciones científicas, tenemos medios racionales para resolver aquellos problemas en vista de los principios y de las realidades más ó menos inestables y transitorias. Existe, pues, una política colonial.

Pero tenemos más. Al lado de la ciencia existe la experiencia histórica. ¡Pero qué experiencia, señores! Quizá no la hay superior en ningún otro orden del derecho y de la política de nuestros tiempos.

#### La experiencia española

Para probar mi aserto me bastaría invocar dos experiencias particulares, la española y la británica. Aquella que comienza con el célebre Informe de D. Jorge Juan y D. Antonio Ulloa sobre la América meridional, en la segunda mitad del siglo XVIII; sigue con el informe del inolvidable Marqués de la Sonora al virrey Bucareli sobre Nueva-España y con las reformas de las Intendencias y la Real cédula de población de la Trinidad; continúa con los grandes debates de los primeros meses de las inmortales Cortes de Cádiz y con los movimientos insurreccionales de Venezuela y La Plata; se desenvuelve con la representación autonomista y las pretensiones de libre comercio de los Diputados americanos en 1820 al 23, y termina con el levantamiento de Méjico y la pérdida total de nuestro imperio en el Continente americano.

#### La experiencia británica

La experiencia británica arranca de los decretos unificadores y de la exageración del monopolio mercantil inmediatos á la revolución de 1688; afirmase con las tendencias centralizadoras de Jorge III y los interesados exclusivismos del Board of Commerce y de sus auxiliares los fabricantes, los navieros y los empleados de Inglaterra; continúa con las revoluciones de Virginia y la invitación de Massachusetts para aquel primer Congreso de 1765, que votó la declaración de los 14 artículos; acentúase con los bill del timbre y del té, con la reforma reaccionaria del Canadá, con las protestas conciliadoras de Franklinson y Patrick Henry; con los grandes debates del gran Parlamento inglés, donde centellean Burke y Chatham, —Chatham, que con Mirabeau es, á mi juicio, la representación más cumplida de la elocuencia moderna;— y en fin, termina con la guerra de 1776 á 1783 y con la independencia de las 13 colonias, convertidas por el tratado de Versalles en

República independiente y libre, de los Estados-Unidos de América.

Yo me atrevo á afirmar que no hay uno sólo de los problemas políticos y económicos que hoy se dan en nuestras Antillas y singularmente en Cuba, que no se encuentre, no ya iniciado, si que planteado briosamente en cualquiera de esas experiencias. Hasta los argumentos que aquí empleamos y las actitudes que aquí tenemos, resultan los mismos registrados en la historia de aquella época. ¡Pero qué más! A mí á las veces se me antojan las personalidades más salientes de ahora, sombras de las que representaron el drama de hace cincuenta ó sesenta años.

#### El resultado en Inglaterra

Aquellas experiencias produjeron inmediatamente resultado. Inglaterra no se obstinó en luchar contra la corriente. Aceptó desde luego la lección, é inició un cambio interesantísimo en su política colonial. De aquí las reformas expansivas de 1782 y 1800, sobre el Board of Commerce, la India, el Canadá y la trata; reformas que trascendieron á Irlanda y al régimen de la imprenta dentro de la Metrópoli misma; reformas que iniciaron la serie de cambios profundos que en todo este siglo han venido á dar á Inglaterra, con la representación de la colonización contemporánea, ese imperio sólido y portentoso sobre 400 millones de hombres de todas razas, procedencias, costumbres y aspiraciones, que reproduce, en términos de mayor esplendor y dentro del siglo XIX, la magnificencia y el poderío de la antigua Roma.

Tampoco para nosotros fué perdida del todo la experiencia española. Recordad los nombres de Valiente, Arango, Ramírez y Pinillos, recordad la instrucción de 1813 y los primeros aranceles de aduanas de Puerto-Rico; la Real orden de 1819, que consagró la propiedad territorial en Cuba; los decretos de 1818, que abrieron las puertas de la isla al comercio extranjero é hicieron posible la inmigración de negros y blancos fuera del antiguo privilegio de los asentados y de las reservas y negativas de las leyes de Indias; recordad, en fin, la vida de la Sociedad Económica y de la Junta de Fomento de la grande Antilla.

Pero al contrario de lo que hizo Inglaterra, nuestra enmienda duró poco y nuestras reformas pronto cambiaron de sentido. Los decretos de 1825, y el régimen represivo en el orden político, se combinaron con los nuevos aranceles y un sistema económico y financiero calado en el viejo sistema colonial, hasta donde era posible en el siglo XIX. De aquí todo lo que vosotros sabéis y no debo recordar. Pero la experiencia española ahí está, rica, sustanciosa, aprovechable absolutamente lo mismo que en la británica, y sus datos deben ser estimados como nueva demostración de lo que se deriva natural, lógica, inevitablemente, de esos principios á los cuales debemos siempre volver los ojos para descubrir la dirección que llevan sus vivificantes rayos y marchar con segura planta entre las complicaciones del momento, sustrayéndonos á las miserias del personalismo y á la tiranía de los intereses que de modo extraordinario embazaron el camino de las grandes soluciones.

Después es necesario mirar el problema con cierto desinterés. Yo tengo la fortuna, y puedo aventurar esta afirmación rotunda, de no haberme hecho jamás, jamás, eco en el Parlamento de las pasiones de los partidos locales. Yo confieso que algunas veces no puedo menos de demostrar las simpatías que siento hacia mis correligionarios de allende el Atlántico; yo reconozco que tienen motivos de agravio, y en muchas ocasiones encuentro fundamento serio para entablar con mis adversarios, los representantes de otros partidos antillanos, una lucha fuerte, una lucha violenta; pero esto no lo he hecho ni lo haré nunca, ¿sabéis por qué? porque yo creo que debemos dejar siempre las cuestiones puramente de partido á los partidos mismos que deben discutirlos y resolverlos; de suerte que al Parlamento lleguen, si acaso, los últimos ya débiles acentos de estas pasiones, aquí sin aplicación, pero sobre todo, la sencilla fórmula de las aspiraciones antillanas como meros encontrados pareceres. Por eso yo he cuidado siempre de dar á mis pobres discursos un cierto sentido de armonía que no implica la más pequeña debilidad respecto del fondo de la doctrina, y así he evitado el empleo de retencencias, frases discutibles y conceptos violentos, que enardecen la sangre y justificarian el hecho que todos conocemos y debiéramos hacer imposible, de que todo el mundo crea que cuando se van á discutir estos asuntos va á comenzar la gran batalla, y la mayor parte de los Diputados se consideran punto menos que obligados á venir armados de todas armas y cubiertos con toda clase de corazas. Yo no he caído en esta debilidad: el mismo discurso de esta tarde, cuantos discursos he pronunciado, cuanto discursos yo pronuncio, están constantemente fuera de este camino, hasta tal punto, que mi disposición llega hasta la longanimidad.

Estoy resuelto á no contestar á la injuria; con levantar un poco el corazón pasará por debajo, sin tocarme la ola amarga y repugnante. Si se me calumnia... ¡oh!

para la calumnia tengo yo un insuperable correctivo; la diáfaneidad y la pureza de mi vida privada y pública! Me resignaría, si el caso llegara, á que la impudencia comentara mi falta de ánimo. Yo necesito además que se me oiga. Tengo fé en mi causa y en vuestra justicia. Por manera que, aún bajo este particular punto de vista, estoy en el caso de llegar á la fórmula del griego clásico; *pega, pero escucha*.

Así os explicareis nuevamente cómo propendo á considerar todas estas cuestiones coloniales, por los principios, y como os puedo recomendar su estudio fuera del criterio particularísimo de familia, estrecho, con que suelen estudiarlas algunos hombres políticos, sin tener en cuenta más que los gustos, aficiones, intereses y compromisos de España.

#### El voto del extranjero

¡Oh! no. La política colonial ya interesa á todo el mundo, y por fortuna nuestras Antillas tienen tal importancia, que de ellas particular y concretamente se ocupan con cierta frecuencia los periódicos, las revistas, los libros, los políticos, los Parlamentos y Gobiernos extranjeros. Su voto es de cuenta, y su desinterés, por la misma diversidad de posiciones y tendencias, paréceme incuestionable.

Por eso yo no me permito recomendar á cuantas personas tengan vocación respecto á estas materias, la necesidad de ver lo que fuera de España se piensa sobre todos esos asuntos, lo que se dice, lo que se aconseja y recomienda; que si es verdad que en unos puede haber gran error, en otros puede haber gran acierto; así como constantemente vengo sosteniendo que es imposible formar exacto juicio de los problemas cubanos dentro de la misma isla de Cuba, porque para juzgar estos problemas es preciso elevarse á considerarlos en su conjunto y salir del reducido círculo de la Patria, de la Nación, para tomar la cuestión según el movimiento general de la civilización contemporánea y el espíritu crítico de los tiempos modernos, que por todas partes nos rodea y nos inspira, y contra el cual es absolutamente imposible luchar, como es imposible luchar contra el sol, que se encuentra en todas partes y que nos inunda con sus esplendores.

He venido, señores, á este debate, obligado por la ley de mi deber. Acaso, lo más cómodo hubiera sido permanecer en absoluto silencio, porque este pesimismo me hubiera proporcionado á la larga mayores datos y medios para hacer el panegírico de la razón de nuestra causa; pero no, lo he debido hacer como lo he hecho. He querido traer aquí en este instante mi pobre voz en representación de mi partido, de todos los que piensan de una manera análoga á la mía: porque tengo para mí que aunque no sea muy liberal la actual situación, no es este el momento á propósito para hacer alusiones ni dirigir cargos á los Gobiernos, ni hacer política de partido, sino el momento en que todo el mundo debe decir honradamente su opinión sobre la situación que atravesamos, aceptando todos, por medio de un esfuerzo patriótico, las responsabilidades que sean necesarias.

Yo he oído esta tarde y en la tarde de ayer la especie de que toda la cuestión de Cuba es una cuestión puramente económica, una cuestión de componendas, de arreglos y de reforma parcial y más ó menos aislada. He oído también, señores, que es una cuestión que consiente espera; y yo entiendo, por el contrario, que es necesario afirmar que la cuestión es urgente, que la cuestión es de sacrificio, que la cuestión no es simplemente económica, sino esencialmente política, y que mientras esteis en este terreno de regateos y de menudencias, mientras os limiteis á hacer en el presupuesto una rebaja de uno ó dos millones, no hareis nada; y si concretáis vuestra atención á establecer una reforma aislada, por ejemplo, el cabotaje, no hareis más que retrasar la catástrofe.

¡Oh, no! señores diputados; lo que necesitáis hacer es cambiar de sistema. Para decirlo el nuestro vengo al debate. Para consignar los principios, las ideas capitales: porque los procedimientos, las maneras, los temperamentos, eso no nos corresponden á nosotros. Eso le corresponden al Gobierno, el cual puede contar desde luego con el compromiso formal de que para este empeño estamos dispuestos al sacrificio, y puede contar con nuestra abnegación.

RAFAEL MARÍA DE LABRA

(Se continuará)

### AQUELLA REALIDAD DE LA OTRA TARDE

A Joaquín Dicenta, autor de una sombría historia que todavía no ha escrito, titulada «Encarnación»

I

Este artículo es la revelación de un hecho muy grande que ha ocurrido, no importa dónde, hace poco tiempo.

Este hecho merece conocerse y hasta estudiarse con el lujo de atención que ponen los eruditos en averiguar las verdaderas causas del desastre de Waterloo.

Es el hundimiento de una Aurora en un abismo.

## II

Yo conocí á aquella aurora de mujer en uno de esos cafés excéntricos que simpatizan con la desesperación y el amor, por los precios corrientes.

En esos cafés, y á ciertas horas de la noche, se oyen cuchicheos de alcoba que enardecen, y se perciben ambientes, caldeados de pasión, próxima á satisfacerse, y así como resuellos de bestia y pateamientos brutales de sexos, que pugnan por confundirse en la misma convulsión de los sentidos.

*Dictierum*, ó como lo llameis, allí aparece la naturaleza humana de tamaño natural, lo cual es admirable.

Un hombre gastado, sólo conseguiría con la contemplación de estas escenas llevar lumbre á su imaginación; permanecería tranquilo, *tempo passato*...

Pero un hombre joven ¡ah! un hombre joven saltaría á la calle con los pelos de la nuca erizados en busca de una hembra que no fuera capaz de resistirle...

En este burdel conocí á Encarnación, que no podría llamarse en buen hora virgen, pero que tenía derecho á hacerse llamar diosa.

## III

No estaba sola, y lloraba. Su acompañante era un amigo mío á quien Madrid ha aplaudido muchas veces con motivo de la lectura de alguno de sus poemas, en algunas veladas literarias.

Como he vencido ya las tentaciones de estampar aquí su nombre, puedo decir sin que los literatos viejos, sancionados por el éxito, se asusten, que este joven poeta, amigo mío, se parece mucho á Byron en la forma de su cabeza y en lo que surge de su cabeza: también se parece en lo que le gusta hacer rabiarse á las mujeres; y en aquella ocasión, aquella noche, X—así lo llamaremos para desorientar á los perspicaces,—había aplicado el tormento á su presa femenina de entonces, y aquella alma cándida de Encarnación, que creía tanto en el amor como en los malos tratamientos de X, su amante, escogido de entre los diez mil hombres que formaban su corte de mujer bonita.

## IV

Hace de esto, ya algún tiempo, y, sin embargo, recuerdo, como si estuviera todavía ante mis ojos, los más mínimos detalles de la escena, las lágrimas de ella, la actitud brusca de él, los cuchicheos embriagadores de todos y la atmósfera espesa que podría cortarse, del salón, donde yo comencé á iniciarme en los secretos de esta historia.

En un Congreso de escultores había sido proclamada Encarnación, la estatua viva, el modelo animado de la melancolía más simpática: lloraba, pero no con los sollozos convulsivos de la desesperación, cuando se retuerce y brama, sino con la suavidad y la delicadeza de la pena cuando suspira y se evapora en lágrimas, como llueve en Bretaña, y no como se deshace el cielo en agua en los países encariñados con el sol y la guitarra: naturalmente, plácidamente, hasta con ritmo, como suda el agua los manantiales del Parnaso, al decir de los curiosos que entienden de esas cosas; sin estruendo, pero con vago susurro de movimiento y de vida.

Ver llorar así á una mujer bonita, y luego hacerla sonreír, es lo mismo que asistir desde las playas de Nápoles á una *pioreghina*, dulce como los preludios de una *tarantella*, seguida luego de esa firma en colores que estampa el Infinito en el cielo, el arco-iris, para que vuelva el azul á apoderarse de lo que de derecho le pertenece; de todo el firmamento.

## V

No era bonita, pero lo parecía: tan interesante era. Los ojos grandes, rasgados, sombríos, con pestañas proporcionadas á la magnífica dilatación de los párpados, esto es, con largas pestañas, que aumentaban con su sombra las entonaciones azuladas de las ojeras; de fulguraciones húmedas, y contando siempre, aun entre sonrisas, historias tristes, episodios patéticos, la eterna biografía del sufrimiento que, como el rayo, hiere á ciegos, pero que como el rayo también, hiere firme sin equivocarse nunca en su tarea de horrores—la nariz incorrecta pero sirviendo de complemento á la expresión de los ojos, quiero decir, triste: finísima de fosas, y sombría como toda la cara, como toda la cara menos la boca, que era la Aurora de aquella noche de poesía. Su sonrisa, formada del color rojo combinado con el blanco, me hacía siempre el efecto, y reiros si quereis, de las más imponentes puestas del sol que he presenciado

en mi vida; absorbía, tragaba, devoraba á las tinieblas, y lo llenaba todo de claridades rosadas.

Sin aquella sonrisa, aquella mujer no habría inspirado el beso sino la lágrima y el apretón de manos compasivo, que se dá al que resbala y cae: con aquella sonrisa... con aquella sonrisa Encarnación, había sentado sobre sus muslos á una porción de eminencias nacionales para luego tirarlos al suelo, y ver qué facha hacían de rodillas y suplicando, manchadas de polvo, que les permitiera ascender hasta ella, hasta la altura de sus muslos espléndidos ó de sus pechos exhuberantes—desposeídos del fermento humano y convertidos en bestias.

## VI

Amó á X, con pasión de temperamento, como aman los nerviosos, convertidos en neurálgicos, por la desgracia—sin instinto de conservación, pero con todos los vagos presentimientos del cielo. El dejaba obrar al amor de Encarnación, sin asustarse de aquellas eminencias.—Aquel amor de ella, á fuerza de extenderse, de dilatarse, de buscar expansión en todos los nervios que encontraba, la llenó por completo. Ya no cabía duda: pinchando á aquella mujer en cualquier sitio de su cuerpo, brotaría sangre, pero brotaría también amor: más amor que sangre. Como que le salía por los ojos cuando los tenía abiertos, y por la boca cuando hablaba, aun cuando fuese con sus presentimientos de no ser correspondida, él miraba desde su zona de indiferencia, con la sonrisa de un hombre halagado en su vanidad, aquel génesis desatinado de un amor loco: «¡quiereme mucho!—le decía ella—tu amor disparará mi pasado. Pero dime que sí, muy prontito, enseguida: no permitas que me ahogue en indiferencia.» «Sí, sí, sí, respondía como una máquina de fabricar monosílabos, sin alma, pero con ímpetu y hasta con cadencia, con cadencia de martillo, merced á la energía del volante.

Y ella presentía la máquina, y lloraba: pero no le pedía fuerza, sino alma. Y eso era precisamente lo que no podía darle. Porque, ¿quién sabe, querido X, si tú estarás mal conformado por dentro, y si tendrás el alma torcida como las piernas?

## VII

Aquello no podía continuar así. Sólo un poeta concibe una agonía que dure toda una existencia, ó una revolución en activo que dura la vida de todo un pueblo. Aquello se descompuso y vino á tierra por derrumbamiento como las grandes catástrofes, en forma de desplome trágico. La naturaleza trágica de Encarnación no podía continuar haciendo ejercicios de equilibrio sobre un alambre, y se arrojó de cabeza, violentamente, conscientemente, con plena seguridad de lo que hacía, después de haberlo meditado mucho, al abismo de la muerte, que todo le traga sin devolver nada: se hundió en la muerte y esto fué todo.

No fué precisamente una mujer lo que desapareció de la vida aquella tarde lúgubre.—Fué un gran destino que andaba desorientado por la tierra, patentizando las frecuentes equivocaciones de la Naturaleza; un destino que no quiso continuar marchando, encorbado por sobre el planeta, y que se deshizo á sí mismo con la sombra inalterabilidad del derecho.

Ahora decidme, si esta historia, aunque vulgar, á fuerza de repetirse todos los días, no merece ser conocida.

ALEJANDRO SAWA.

25 de Junio de 1884.

## ESTUDIOS POPULARES DE FILOSOFÍA POSITIVISTA

### DIOS

(Conclusion)

Pero tal aseveración de unidad sustancial sólo la podemos sostener *a priori*, como postulado verdaderamente práctico de la razón, obrando sintéticamente, según los datos que le proporciona el conocimiento objetivo; es una consecuencia teórica de la razón práctica; una resolución previa de nuestra inteligencia para el caso de que llegásemos á alcanzar la idea exacta de causalidad suprema. Mas no podemos afirmar con evidencia que si esto llegase á verificarse, hubiese de confrontar tal idea racional humana con la naturaleza absoluta divina. Nosotros nada podemos saber de cierto más allá de los fenómenos: todo lo demás no es desconocido. Con ayuda de la razón podemos movernos libremente, como el pájaro en la jaula: pero si tratamos de sondear la región azul, chocaremos contra los hierros que nos rodean: de aquí que no nos sea dable afirmar con toda eviden-

cia nada de lo que se oculta en el misterioso imperio de lo suprasensible. El impenetrable velo de Isis nos rodea por todas partes.

Se ha tratado de pronosticar lo que ocurriría al ser pensante que, llevado por el espacio con la velocidad de la luz, creyendo firmemente en la existencia de la extensión infinita, llegase á cierto punto en que se convenciese de la *no existencia* de tal abstracción. La Psicología inglesa, partiendo del principio de la asociación de ideas, contesta que el cerebro de dicho ser experimentaría una percepción completamente desconocida hasta entonces, y cuya naturaleza no nos es posible ni siquiera imaginar.

Una cosa parecida podría acontecer al filósofo que, llevado al seno ignoto del principio supremo, llegase á convencerse de que la esencia y atributos de dicho ser, considerados hasta entonces por él como verdades de toda evidencia, se desvanecían á su presencia, convirtiéndose en otros elementos absolutamente desconocidos y nuevos para la razón humana.

Por otra parte, sabemos que el *yo*, ó lo que llamamos el alma, objetivándose, es el resultado de múltiples y armónicos estados de conciencia, de sensaciones infinitesimales en los gánglios nerviosos y de representaciones ó recuerdos de ideas anteriores; es una noble ilusión sintética de la actividad psíquica total. El hombre no es uno más que en cuanto es múltiple. Todo animal es un póipo, decía Diderot. Se ha observado, y es fácil de comprobar, que el niño tarda bastante en llegar á reconocerse como un ser *único* ó persona: generalmente habla de él como de otro sujeto. Los negros sin educación intelectual, son también bastante refractarios á representarse como individualidades independientes; se denominan á sí mismos «negro Pancho, negro Domingo» etc. Ciertas lesiones cerebrales ocasionan trastornos en la inteligencia, hasta el punto de perderse la noción de identidad personal.

Se deduce de esto que no es tan firme y universal como parece la idea de un ad psíquica consciente de donde parte la razón para formar con ella, por un procedimiento sintético, la noción absoluta de unidad de Dios. Y, por tanto, si la base no es de todo punto segura, todo material que sobre la misma pretenda elevarse, habrá de falsear necesariamente al menor embate de la crítica racional.

Hace tres años próximamente escribíamos en cierto trabajo científico: «Y si en la naturaleza no hay más que relaciones y armonías dinámicas universales, ¿podríamos, elevándonos en alas de la imaginación, suponer que, á semejanza de lo que sucede en los seres organizados con el principio de la actividad psíquica, desenvolviéndose á medida que se elevan en la serie funcional, exista en el Universo sensible un principio *múltiple y uno* de actividad inteligente, resumen incommensurable de todas las actividades psíquicas individuales? ¿Podríamos crear de este modo el *alma del mundo*, de igual manera que Fichte anunciaba á sus discípulos que se proponía crear á Dios? Estos esfuerzos de la imaginación requieren graves elucubraciones analíticas de la inteligencia.»

En verdad que esta es una idea más, susceptible de reformar, hasta cierto punto, la de unidad sustancial absoluta. Podríase, en consecuencia, suponer á Dios múltiple en esencia y uno en conjunto, á la manera de los organismos terrestres, y, sobre todo, del hombre. Pero de tal suerte, viene ya á destruirse en algún modo aquel atributo de unidad simplicísima, mantenido incondicionalmente por los metafísicos como verdad incontestable.

Decididamente nos envolvemos cada vez más en el *antropomorfismo* al pretender analizar los conceptos misteriosos de un primer principio inteligente. Bástenos observar de que manera la noción de unidad sustancial divina, á pesar de sus poderosos apoyos racionales prácticos, no es del todo firme en los cimientos de la conciencia humana, sobre cuya relatividad pretende constituirse. Si atendemos ahora al orden moral, chocamos con otras dificultades surgidas entre la razón teórica y la idea antropomórfica de un Ser Supremo. Pudiérase preguntar al efecto: si la inteligencia absoluta tiene que ser por precisión infinitamente buena, ¿cómo consiente el mal en el mundo? Si todos los actos que ejecutan los seres finitos están sujetos á su voluntad infinita, ¿á qué la escala de premios y castigos en esta y en la otra vida póstuma? Si los hombres cometen actos que son punibles ante la justicia humana, será, sin duda, por consentimiento tácito de Dios; puesto que *si Él quisiese, no los cometerían*. Los mayores criminales de

la sociedad, no lo serán realmente ante la suprema razón que así consiente su existencia para fines desconocidos en nuestra pequeñez. Por tanto, no debiéramos redactar leyes penales á fin de reprimir ó castigar hechos punibles que es verificar por autorización ó voluntad del Creador; puesto que sería un verdadero desacato á la autoridad divina contravenir de este modo sus omnímodos decretos. Véase á donde conducen las elucubraciones meramente especulativas de la Metafísica.

Con la creencia en una causa inteligente absoluta, parece, por tanto, que se destruye toda idea de libertad en el hombre; porque si suponemos á Dios causa eficiente de todo cuanto es y ocurre en el mundo, y, por tanto, causa directriz de nuestra razón, claro es que todos nuestros actos, que consideramos libres, son meras resoluciones directas ó indirectas dictadas por la soberana inteligencia. «Dios vive en el hombre — dice M. Laurent, —y, por tanto, interviene en todo lo que éste hace, y no es en tanto que él hace más de lo que no piensa cuando Dios obra, sino que concurre también en lo que los hombres hacen cuando quieren lo que él quiere.»

Pero esto sería convertir el hombre en una máquina inconsciente de lo mismo que considera consciente. No es posible que así acontezca: la dignidad de la razón humana se subleva dentro del cráneo contra esta fatalista esclavitud, forjada por los que se denominan grandes pensadores. Preciso es que las cosas sucedan de otro modo.

Pasa con esto lo mismo que con las ideas de inmutabilidad y de libertad en Dios. Los metafísicos que pudiéramos denominar ortodoxos, confiesan la imposibilidad de explicar tales contradicciones; pero no quieren soltar la presa al sentido común, atormentado por tanto sofisma. Así manifiesta el ya referido prelado y filósofo tomista Fray Ceferino Gonzalez: «Sabemos que somos perfectamente libres en nuestras determinaciones, y dueños de poner ó no poner tales actos; pero ignoramos, ó mejor dicho, no vemos claramente de qué manera conciliarse puede esta libertad con aquella acción de Dios sobre la voluntad». Nadie podrá tachar de sospechoso á este cristianísimo autor; por eso le hemos escogido preferentemente, para disipar toda mala fé de que pudiéramos ser tachados en puntos de está índole.

Pudiera preguntarse también, bajo el punto de vista de la finalidad de las cosas, para qué tenemos en la vida enfermedades y dolores, dado que existe á la vez un Sér superior infinitamente bueno, el cual no podrá gozarse en el mal de los demás; y si se afirma que deben sostenerse en el mundo como castigos ó pruebas á que son sometidos los seres humanos, ¿cómo podría conciliarse esta creencia con la intervención de Dios en la voluntad del hombre? ¿Por qué entonces los animales inferiores padecen también males físicos y morales, si no son responsables de sus actos ante Dios? ¿Qué delito ha cometido el tierno infante que, después de soportar con el mayor dolor los rigores de una tos ferina ó de la viruela, sucumbe antes de haber logrado ejercitar su razón ó su inteligencia en el mundo á donde le ha destinado su Creador? La existencia de los monstruos, de los idiotas, de esos animales que nacen sin cabeza, de esos fetos humanos que ven la luz sin estar provistos de cerebro, etcétera, ¿se compagina fácilmente con la idea de un principio inteligente que gobierne el mundo, sin producir ninguna cosa á capricho ni fuera de lugar? Por último, ¿á qué nacer, si habemos de morir? ¿A qué esa profusión de planetas y de soles rodando por el espacio; esas nebulosas inmensas, arrollándose en espiral para engendrar nuevos orbes en los pliegues de la inmensidad del Cosmos?

Suponiendo á Dios aislado, creando el Universo *motu proprio*, una de dos: ó lo creó por mero capricho para gozarse en su obra, ó para que le sirviese de acompañamiento; si lo primero, tropezamos con la paradoja de concebir una voluntad absoluta y caprichosa á la vez; y si se afirma que lo produjo á fin de que le sirviese de compañía en el aislamiento misterioso de lo increado, se hace imposible apreciar como el Ser por excelencia, inteligencia suprema, pudiese necesitar de tal realidad ó compañía; además, que vendría á encontrarse igualmente acompañado sin darle forma apreciable, pues que siendo obra de su voluntad infinita, hallándose formando parte en *potencia*—como dicen los metafísicos—de sus voliciones, obraban en su ser como en *acto*, y estaba con él como si realmente existiese. Es decir, que no se le encuentran causalidad final á la Naturaleza en conjunto, ó que la razón no ve ni concibe para qué pueda servir

la existencia del Universo, *ser* de todo punto contingente; haciéndose, por tanto, incomprendible la idea de la Creación y de su Creador.

En cuanto á la creencia de que Dios hizo el mundo para recreo y bienestar del hombre, no necesita parar mucho tiempo la atención sobre ella: suponer que las estrellas—verdaderos soles—y las apartadas nebulosas, compuestas de mundos formados ó en formación, solamente perceptibles con poderosos telescopios, pudiesen haber sido criadas para recreo ó utilidad de ser humano, débil átomo inteligente perdido en un rincón del Universo, sería lo mismo que afirmar que los mares existen para vivienda de los zoófitos que alfombran sus profundidades, ó que la atmósfera se ha hecho para solaz de las mariposas y demás insectos voladores que en ella pupulan.

Decía el célebre Canciller Bacon de Verulano que poca ciencia aleja de Dios y mucha ciencia nos acerca á él. Sería aceptable este aforismo si todos los hombres de gran saber fuesen verdaderos creyentes; más no es esto ciertamente lo que sucede: Anaximandro, Diágoras, Lucrecio, Demócrito, Leucipo en la antigüedad; Laplace, Lalande, Diderot, Hœckel, Vogt y otros tantos científicos contemporáneos, han combatido ó rechazado toda idea de causa sobrenatural en la Creación ó gobierno del mundo. Los más—pensadores como Kant, Hegel, Spinoza, Spencer, Comte, Leibnitz—ó la confunden con la idea del Cosmos, afirmando que Dios es el Universo y el Universo es Dios (panteísmo), ó la reciben á beneficio de inventario, como postulado práctico convencional, ó se abstienen de juzgar en el asunto, quedándose con el mundo tal cual existe, sin preocuparse de lo que pudiese haber más allá de las fronteras de lo natural y lo relativo.

Esto no obstante, no es cosa fácil despojarse racionalmente de una idea puramente subjetiva de un Sér Supremo absoluto como causa actual—siquiera—de las leyes de la Naturaleza, puesto que parece de todo punto necesario que, existiendo en el mundo leyes dinámicas constantes y generales, exista también su legislador. No puede negarse que el Universo, en sus múltiples manifestaciones, es armónico en conjunto; que todo se encadena y se apoya mutuamente para el mejor cumplimiento fatalista de ciertos hechos de orden superior natural, que traducimos en *leyes de la materia* ó de la *dinámica*. Esta armonía, denominada por Leibnitz «preestablecida», parece que no puede ser obra del acaso, del *porque sí*, sino que debe reconocer un principio superior inteligente bien que, al pretender analizar la posibilidad de este principio, nos envolvemos en una red de obstáculos y de paradojas, que nos hacen retroceder al punto de partida en medio de las más sensibles decepciones de la razón.

Si en una noche tranquila de verano, en que alumbren solamente á la Tierra los débiles rayos de esa ininidad de mundos á que damos simplemente el nombre de estrellas, nos encontramos próximos á la orilla del mar, en una playa desierta, escuchando el acompasado y eterno murmullo de las olas rompiendo sobre la arena, y dirigimos una contemplativa mirada al cielo que domina sobre nuestra cabeza, sembrado de brillantes constelaciones, el alma se trasporta á regiones ultraterrestres, y la idea de la Creación y de Dios se impone á nuestra inteligencia. ¿Quién no se ha encontrado alguna vez en el campo silencioso, cuando el crepúsculo de la tarde tiñe la atmósfera con los colores del espectro? Pues allí siente el espíritu reflexivo algo inexplicable que le hace abandonar este imperfecto mundo para recorrer espacios inaccesibles.

Nunca podré olvidar una deliciosa tarde del mes de Agosto, en que paseaba solo por la falda de un verde monte de la pintoresca Galicia. Todo yacía sumido en el más profundo silencio, interrumpido á veces por el lejano rumor de una cascada ó por el monótono *criqueo* de los grillos en la maleza. Venus resplandecía en el ocaso; Marte asemejábase á una roja áscua colocada en el horizonte de Levante; Júpiter ocupaba el vértice de este gran triángulo perfecto, trazado en el cielo tranquilo de la tarde; la Luna asomaba su disco de fuego, tan común en los plenilunios sobre los límites del horizonte sensible. Cierta sensación de éxtasis y de abstracción de las pequeñeces humanas se apoderó de mi imaginación. En aquellos instantes de mudo exámen semifantástico y arrobador, me pareció que *no se podía dudar de Dios*. No obraba en mí ciertamente la razón, pero sí el sentimiento. Comprendí entonces cómo puede un hombre alucinarse ante el espectáculo de la

Naturaleza, mucho más si esta contemplación va acompañada del aislamiento absoluto y si el riguroso ayuno ha quebrantado las fuerzas de la inteligencia y del organismo. Las visiones sobrenaturales de los *yoguis* de la India, de los solitarios judíos, de los anacoretas, etc., me han parecido entonces muy explicables.

Estos sencillos ejemplos de impresiones personales, los he apuntado aquí á fin de hacer ver, en lo posible, cómo es necesario buscar á Dios con el sentimiento más bien que con las luces de nuestra razón, esencialmente relativa. Para afirmar y defender la existencia de una causa suprema inteligente en el mundo, no es preciso acudir á la Metafísica ni á las ciencias positivas en busca de argumentos, contradictorios generalmente é ineficaces, sino cubrirse los ojos con la venda de la fé y decir, con la mano puesta sobre el corazón:

—«Creo en Dios, porque siento su pura esencia agitarse en mi alma y latir con la sangre que corre por mis arterias.»

Así se comprende cómo casi todos los artistas han alabado y personificado de mil maneras la idea de un Sér Supremo sin pararse á analizar sus conceptos, mientras que la mayor parte de los sábios de todas épocas se han envuelto en una red de sinsabores y dificultades al pretender elevarse á la comprensión de su esencia y existencia, sumidas en las regiones de lo misterioso y de lo incognoscible. Es que sin duda la razón teórica—que podríamos denominar—no simpatiza con esta idea de creación y de ininidad del sér, en contraposición al Universo; pero la razón puramente práctica no se detiene en investigar las condiciones y posibilidades ontológicas de su existencia, y formula un primer principio absoluto de necesidad subjetiva, aunque contingente con respecto á su origen.

¿Cabe, pues, afirmar, siguiendo á un distinguido escritor moderno, que «el hombre comprende á Dios de la misma manera que el insecto comprende al sol?»—Verdaderamente, si la hormiga pudiese expresar sus pobres ideas filosóficas—y cuenta que sus gánglios encefálicos están suficientemente desarrollados en relación á su pequeñez para que sus sensaciones tomen el carácter de sencillas ideas (?)—sería interesante saber lo que pensaba de la luz y calor del sol, fuente de sus elementos de vida. Por mucho que discurriese en su débil sensorio, no podría comprender cómo tales efectos radiantes proceden del astro del día, cuya existencia ni siquiera alcanzará á concebir; quizá diese un nombre á la causa de tales sensaciones luminosas y caloríficas, pero sin comprender jamás la esencia física y astronómica del astro central de nuestro sistema. Lo único que le fuera dable consignar, después de mucho discernir y batallar sobre tan trascendental problema, sería:

—Yo siento los efectos ó manifestaciones de un sér superior que me hace revivir durante el día, calentándome y alumbrando mi camino para buscar mis provisiones; pero no alcanzo á comprender su existencia, ni origen, ni condiciones naturales ó sobrenaturales.

Quizá nosotros los hombres nos encontramos, con respecto á lo que llamamos Dios, en el mismo caso de la hormiga con respecto al sol. Sentimos manifestarse su ser en nuestra conciencia, cuya esencia no es desconocida, y en el exterior por la grandiosidad y armonía del mundo que nos rodea; pero no podemos descubrir su verdadera posibilidad—como pensaba Kant;—su misteriosa existencia se esconde sin duda entre los pliegues ignotos de la eternidad del Cosmos, asequible á nuestra razón.

Acaso no es más que la aspiración del *yo* subjetivo á sublimizarse en una idealidad absoluta y egoísta.

«El Dios objetivo y sobrenatural — dice Feuerbach—no es más que el *yo* sobrenatural, el ser subjetivo del hombre, que ha traspasado sus límites y colócase por encima de su ser objetivo.»

Sea lo que fuere, podemos afirmar ahora *a posteriori*, con Kant y con Comte, que todo conocimiento es relativo, y que es absolutamente inaccesible y desprovista de sentido toda investigación sobre las causas primeras y finales. Por tanto, el sábio experimental, como el pensador teórico y erudito, ganarán sin duda muchos más laureos en honor de la humanidad y del progreso, si prescinden en sus disquisiciones de analizar y revolver los áridos y nebulosos problemas trascendentales de causalidad.

Los filósofos indios y los zendos pusieron sobre el tapete todos los sistemas cosmogónicos y teológicos que han dominado y que dominan el mundo. La filo-

sosia griega investigó sobre aquellas bases todo lo investigable al conocimiento humano. Durante la Edad Media—ese cenagoso periodo histórico, que según la expresión de Hegel sería preciso atravesar con botas de siete leguas—repositó la investigación inductiva concentrándose la metafísica en la escolástica, á pesar de lo cual todavía se hicieron algunos esfuerzos de verdaderos análisis trascendentales. En los tiempos modernos, y especialmente desde la Revolución francesa, que abre un ancho campo á la libertad de pensamiento, los pensadores *francos* y ortodoxos brotan por todas partes, esforzándose por dominar las grandes abstracciones de la inteligencia. ¿Y qué han conseguido tantos espíritus de primer orden desde los albores de la civilización hasta el presente?—Permanecer en el mismo estado de confusión é incertidumbre que dominaban á Budha, Confucio y Lao-Tseo; envolverse siempre en una atmósfera de conjeturas contradictorias, más ó menos semejantes á las que acabamos de bosquejar. Todo lo más que se puede afirmar en conciencia, y después de analizar uno á uno los diversos conceptos de la divinidad *a priori*, se reduce á poder decir que el Universo necesita una causa suprema para su existencia ó conservación, pero que esta causa es incomprendible ante la razón y lo será siempre.

Cedamos la palabra breves momentos al primer pensador de nuestros días, al ilustre Herbert Spencer, especie de positivista heterodoxo con criterio superior é independiente.

«Después de todo lo que se ha dicho—escribe á propósito de las causas primeras—el último misterio queda siempre como estaba. La explicación de lo que es inexplicable, en nada esclarece lo que se nos oculta. Aunque pudiéramos con esto reducir la ecuación á sus últimos términos, no estaríamos por ello en disposición de determinar lo *incognoscible*; al contrario, resultaría más evidente aún que este incognoscible no podrá ser jamás determinado.—El sábio sincero siente con más fuerza que cualquiera otro la incomprendibilidad completa del hecho más sencillo considerado en sí mismo; sólo él ve que un conocimiento absoluto es verdaderamente imposible, y sólo él sabe que en el fondo de todas las cosas hay un impenetrable misterio.»

Más interesantes, si cabe, son las confesiones propias de los metafísicos esencialmente católicos, como el referido prelado Fray Ceferino, el cual afirma ingenuamente: «Que Dios es incomprendible para la razón humana... Que aún considerada la razón humana en estado y condiciones más favorables, no puede poseer ó alcanzar un conocimiento *comprendido* de Dios... Que la noción que de Dios podemos alcanzar en la vida presente con las fuerzas de la razón humana, es por necesidad imperfecta é incompleta en cuanto al fondo y en cuanto al modo: en cuanto al fondo, porque no sólo no es comprensiva de la esencia divina, sino que consta en su mayor parte de negaciones; en cuanto al modo, porque siendo una y simplicísima en sí misma, nosotros la concebimos y nos la representamos por medio de conceptos múltiples y diferentes entre sí, como los conceptos de causa, de omnipotencia, de inteligencia, etc.»

Jáime Balmes hace constar á su vez que: «Si la idea de lo infinito en general ofrece graves dificultades, no son menores las que presenta la idea del Ser *absolutamente* infinito,» y que la noción de este Ser es siempre muy incompleta para nosotros mientras estamos en esta vida.

Frases de esta naturaleza nos asustan en boca de pensadores positivistas ó excépticos, y las acatamos sin someterlas á la más sencilla reflexión, cuando provienen de plumas eminentemente teológicas.

Todo ello demuestra, en último término, cómo no puede un hombre sensato—así sea libre-pensador como católico sincero—parar la atención acerca del problema trascendental de causalidad, sin comprender desde luego las contradicciones y graves obstáculos que se presentan ante la razón imparcial; dificultades, por lo demás, insuperables cuanto más se las quiere esclarecer con ayuda de la Metafísica.

¿Conviene, pues, como prescribe el positivismo moderno, no cuidarse para nada de investigar las causas primeras de la naturaleza, y aprovechar ese precioso tiempo dedicando nuestras fuerzas intelectuales al conocimiento experimental y analítico en la esfera de la ciencia, de la literatura, de la industria y demás ramas complementarias del progreso humano?

Verdaderamente, si el siglo XIX ha sido denominado siglo de las luces, lo debe al gran desarrollo prác-

tico de las ciencias experimentales, desprovistas de toda trabas mística. Ni Stephenson, ni Morse, ni Edison, ni Graham Bell, se han ocupado en discurrir sobre las cualidades del *ente* ó los atributos absolutos y relativos del *ser necesario* infinito. Por el contrario, se sabe que mientras los conocimientos de la antigüedad permanecieron archivados en medio de los tostados pergaminos de los monasterios; mientras los hombres de algún saber se entretenían en discutir si el Hijo es posterior ó coetáneo al Padre; si el Verbo podía á la vez ser humano en un individuo carnal y divino; si el sistema copernicano se oponía á los textos de los libros santos, etc., la Europa no produce más que tres ó cuatro descubrimientos de importancia en el largo trascurso de *atorce siglos*.

Aún no hace cien años que el génio de Volta construyó la primera pila eléctrica, y ya parece que han transcurrido quinientos, á juzgar por la cantidad y calidad de los trabajos inventivos que le sucedieron.

Preciso es reconocerlo: la civilización marcha más aprisa desde que camina sin andaderas.

Parece, por tanto, que la causa del progreso y de la civilización ganaría bastante más si todas las inteligencias cultivadas en el sentido intelectual, dejaran reposar en el misterio á las incongnoscibles causas primeras, que nada nos resuelven al cabo de tanto impropio esfuerzo de la imaginación, y se aplicasen de lleno á resolver uno á uno los intereses y accesibles problemas de la mecánica, la electricidad, la psicología fisiológica y comparada, la paleontología, la quirúrgica y todas las demás subdivisiones racionales de las ciencias abstractas y concretas.

La idea de causalidad suprema, como todo conocimiento trascendental, ha pasado por su período teológico y por su aspecto metafísico: tócale al presente entrar, por último término, en su estado *positivo*.

La razón humana sigue un curso progresivo á través de los tiempos y de los lugares. La humanidad es lo mismo que un niño—pensaba Pascal—siempre aprendiendo y siempre perfeccionándose, á fuerza de convencerse de múltiples y sucesivos yerrores.

Preciso, es, pues, aceptar las cosas como vienen, y no tal cual se hubiesen admitido hasta entonces, si es que existen motivos racionales para ello. Un ser inteligente y que se precia de *libre*, no puede temer á la verdad en cualquiera forma que se imponga á su conocimiento.

«El sectario tímido—dice H. Spencer—alarmado con el progreso de la ciencia, obligado á abandonar una á una las supersticiones de sus abuelos, y viendo desmoronarse más y más cada día sus creencias queridas, teme en secreto que todas las cosas sean explicadas un día: teme á la ciencia, practicando así la más grave de todas las infidelidades: el miedo de que la verdad sea mala.»

Ahora bien: la tendencia general del siglo es eminentemente positivista, en sus diversos aspectos de *realismo* en bellas artes, *naturalismo* en literatura y de *determinismo* en las ciencias susceptibles de experimentación. Luego es lícito y racional, cuando ménos, el asociarse á la gran corriente civilizadora de la idea. Es, además, conforme á esa misteriosa ley de concomitancia existente entre los hombres y el siglo en que nacen. Ya lo dijo el califa Alí hace cerca de trece siglos:

«En los largos años que llevo de vida, he observado con frecuencia que los hombres se parecen, más que á sus padres, á los tiempos en que viven.»

OCTAVIO LOIS.

## EN OCTUBRE DE 1849

(Traducida de Enrique Heine.)

Cuando el nombre de Hungría  
hiere mi oído, estrecho  
á encerrar los latidos de mi pecho,  
siento, por vida mía,  
mi chaleco alemán de colonia.

Sucumbis ¡oh maggyares!  
mas consolaos, no lloréis á mares.  
Nosotros, alemanes, devoramos  
una mengua mayor, y no lloramos.

Al ménos os dominan á vosotros  
leones... y nosotros,  
nosotros, alemanes,  
somos presa de lobos y de canes.

RICARDO PALMA.

## AMOR

¿Del paraíso la primera aurora  
es idilio de dicha? ¿Ó quizás Eva,  
al someterse á Adam á dulce prueba,  
cedió sólo á la sierpe tentadora?

¿Es el amor la fuente redentora  
en que su sed el peregrino abreva?  
¿El mal ó el bien entre sus linfas lleva?  
¿Es arca de salud ó de Pandora?

En fin, ¿es el amor rayo divino,  
dos epidermis en contacto acaso,  
ó una expansión del alma soberana?

¿Astro que alumbró nuestro erial camino,  
ó el abismo en que se hundió nuestro paso?  
—Quede la solución para mañana.

RICARDO PALMA.

\*\*\*

## ¡TODAVÍA!

Tú me juraste amor, y de mis labios  
brotó, señora, juramento igual.  
Olvidamos los dos el juramento,  
que todo al seno del olvido vá.  
Yo en los besos busqué de otras mujeres  
á mis sentidos distracción fugaz.  
Tú también, tú también de otras pasiones  
te entregaste, ardorosa al huracán.  
Y, sin embargo al verte todavía  
pasar festiva al brazo de un galán,  
se dibuja en mi rostro la tristeza  
y late el corazón á mi pesar.  
Y es porque vive del amor primero  
dentro del alma el sentimiento ideal...  
¡El fuego aún se esconde en las cenizas  
y quema aún la lava del volcán!

RICARDO PALMA.

\*\*\*

## PASIONARIA

Angeles como los cielos,  
bellos como la esperanza,  
tus ojos son, y un hechizo  
asaz misterioso guardan.  
Mal haya amen el que de ellos  
arranque furtiva lágrima,  
que son las lágrimas perlas  
que el sufrimiento alquilara.  
Pero más que de tus ojos  
la luz que mágica irradia,  
cuando por ellos se asoma  
toda tu alma enamorada,  
envidia me dá aquel nombre  
que, en tu matinal plegaria,  
por el coral de tus labios,  
pálida virgen, se escapa.

RICARDO PALMA.

Lima, 1873.

## REVISTA DE MADRID

Santiago es el santo más popular de España, que ha hecho de él su patron y le rinde un culto entusiasta, no queriendo olvidar que durante muchos años y en situaciones á cual más difíciles, el nombre del apóstol la ha dado ánimos y fuerzas suficientes para sacarla de cualquier atoladero en que las circunstancias la metían.—¡Santiago, y á ellos!—era un grito mágico que volvía atrevido al más pusilánime, valiente al más cobarde, y audaz y emprendedor al que de más calmoso y sosegado se preciaba. Cuando un capitán ó un soldado gritaban—¡Santiago, y á ellos!—ya se sabe, el apóstol acudía á este llamamiento, y *ellos* encomendaban su salvación á la ligereza de sus pies. Ellos ¿quién no lo sabe? eran los moros, enemigos de nuestra fé, de nuestra nacionalidad, que durante siete siglos permanecieron á nuestro lado ocupando nuestros jardines, y teniendonos—hay que hacerles esa justicia—más consideraciones de las que nosotros merecíamos.

Cuando los moros atravesaron el Estrecho lanzando melancólicas miradas á la tierra que dejaban tras sí, regada con su sangre, y á la cual se había mezclado el polvo de sus antecesores; cuando ya, por lo tanto, no se les pudo señalar á la furia asoladora del santo, como nos costaba trabajo abandonar nuestras costumbres guerreras, nuestros hábitos de vagancia y holgazanería, no teniendo ya que arreglar nuestra casa, nos pusimos á componer la del vecino. Después de hacer la guerra contra los moros, se nos acabó el burro y pedimos otro; es decir, declaramos la guerra al mundo entero. A la lucha por necesidad sustituimos la guerra por afición, y nos fuimos por esos trigos y los otros lanza en ristre, calada la visera y abrazado el escudo en busca de tuertos que desfacer y de doncellas que amparar, precursores en el campo de los hechos del que más tarde se llamó Don Quijote en el campo de la literatura. En esta excursión, de cuyas consecuencias nos dolemos todavía, Santiago fué nuestro compañero y

muchas veces nuestro amparador. Su nombre siguió siendo para nosotros la señal de hacer una hombrada, y nunca le oyeron los enemigos en nuestra boca, que no tuvieran luego que referir alguna hazaña llevada á cabo por los españoles.

De aquí que este nombre y este santo se hallen tan íntimamente unidos á España, que la idea de una victoria es inseparable de la figura del apóstol. Verdadero rayo de la guerra, héroe que reñía á nuestro lado ó, mejor dicho, sobre nuestras cabezas, ganando en el aire las batallas que nosotros ganábamos en la tierra, y rompiendo y desbaratando demonios con la misma facilidad que nosotros destrozábamos los seres humanos que la lucha ponía á nuestro alcance, no hay batalla gloriosa para España, que no lo sea para el santo.

Unas veces se presentaba en sueños á los reyes, dándole la seguridad del triunfo; otras recorría las filas del ejército, haciendo caracolear su caballo blanco como la nieve y brillar su refulgente espada, hecha de un rayo del sol. Al mismo tiempo que alentaba á los nuestros, imponía pavor á los contrarios. Cuando el fragor de la batalla era más grande, allí estaba él, en el aire, seguido de legiones de ángeles lucientes como sonrisas de la aurora, frente á Luzbel y sus demonios, más negros que una noche de tempestad. Conforme caían en el piso principal los sectarios de Satanás, caían en el piso bajo los soldados de Hixem ó de Almanzor. Y el ejército cristiano y el ejército celestial terminaban su empresa al mismo tiempo. Vencidos los demonios corpóreos y los incorpóreos, volvíase el apóstol al Paraíso á contar sus sobrenaturales hazañas, y volvíanse á su casa los cristianos á achacar sus victorias al apóstol.

Ni una vez nos abandonó, ni una vez fué vencido; siempre se nos presentaba como prenda segura de triunfo, porque daba la casualidad que no parecía por el campo de batalla cuando los moros eran más en número ó en valor. Abandonados y sin su apoyo perdíamos entonces la batalla; y todo era prepararnos para otra impetrando su ayuda y no guardándole rencor por aquella falta de asistencia que pagábamos con pedazos de nuestro suelo y torrentes de nuestra sangre. De aquí la reputación del santo. Sabía presentarse, y nunca dejaba de hacerlo cuando había alguna gloria que ganar. Sabía reservarse al mismo tiempo, y se hacía el sordo cuando el viento soplabá de otro lado.

El culto de Santiago será una de los últimos que España abandone. Renegar de él sería renegar de las páginas más brillantes de su historia, en las cuales, allá, en el lugar más preferente, está el santo, montado en su blanco corcel, la espada en alto y la mirada radiante.

Madrid celebró su día con los festejos de siempre. El pueblo, emborrachándose en su verbena; el ejército, vistiendo de gala; la iglesia de su nombre, con una función religiosa; las banderas de los edificios militares, tendiendo en el azul su manto rojo y gualdo, en señal de regocijo.

Hace mucho tiempo que el santo nos ha abandonado. Desde que la lucha cuerpo á cuerpo ha tenido que retirarse de los métodos de guerra como una antigualla inútil, su apoyo material puede servirnos de muy poco. La importancia de la caballería disminuye diariamente. Si el infierno ha seguido en su antro los adelantos que los malos en la tierra, en la primera acción á que asistiera el apóstol, no podría realizar empresa alguna. Su caballo ofrecería un blanco terrible, y á mil metros de distancia el santo rodaría por las nubes ni más ni ménos que un mortal cualquiera rodaría por el suelo.

\*\*

Bien pudiera llamarse la quincena de los siniestros la que acaba de transcurrir. El que lee periódicos ha perdido ya la cuenta de los accidentes desgraciados que diariamente tienen que registrar en sus columnas. No basta la amenaza constante del cólera, que á estas horas tiene en jaque á una parte no pequeña de la humanidad; no bastan tampoco otras cuantas epidemias, no ménos terribles que asoman por distintas partes del mundo, la fiebre amarilla, las viruelas, la peste bubónica: hacen falta incendios, choques de trenes, hundimientos de puentes y naufragios que constantemente vengan á confirmar ese dictado de valle de lágrimas dado á la tierra por los hombres religiosos. El ánimo se sobrecoje al pensar en lo que tantas desgracias significan, al imaginarse tantos padres que pierden á sus hijos, tantos hijos que pierden á sus padres; contrastando con ello la inalterable impassibilidad del planeta, que continúa su marcha por el espacio sin cuidarse más de los hombres que caen, de las familias que perecen, que nosotros de las pobres hormiguillas, á quienes, distraidamente muchas veces, aplastamos bajo nuestros pies. Esta indiferencia, este desden, este contraste entre la naturaleza que ríe y el alma que llora, entre el cielo eternamente azul y el hombre eternamente desgraciado, es uno de los grandes, de los terribles argumentos que emplea la incredulidad en sus disputas con la fé. La boca del abismo se abre, trágase contenedores de víctimas, y, á poco, vuelve á cerrarse. El incendio devora la fortuna, la vida de muchos seres, y cuando las ruinas carbonizadas desaparecen, no queda ya rastro ninguno del suceso. Estas consideraciones nos dan idea de nuestra pequeñez, nos hacen más pequeños todavía de lo que somos. Y llegamos á dudar si ese Dios tan grande y tan bueno que nos anuncia las leyendas religiosas, no será demasiado grande para dignarse echar una mirada protectora sobre nuestra insignificancia.

De todos los desgraciados incidentes que en estos últimos quince días han proyectado su negra sombra sobre nuestra

conciencia, ninguno tan espantoso, ninguno tan horrible como el naufragio del «Gijón.» Marchaba el buque envuelto por la niebla, y, de cuando en cuando, dejaba oír un silbido agudo, semejante al ¡quién vive! de un centinela que ve dibujarse en la llanura sospechosas siluetas de enemigos. Otro buque inglés, el «Laxam,» bogaba por aquellas aguas y marchaba también en dirección opuesta, representando con el «Gijón» sobre el vasto escenario del mar el paso de dos ciegos que andan á tientas por una habitación cuidadosos de no tropezarse. De pronto se oyó un ruido formidable, un grito inmenso, un alarido general... Como arrastrados por un huracán, unos cuantos pasajeros del buque inglés cayéron sobre la cubierta del español, y el «Laxam» se fué á pique. Luego siguió una escena imposible de describir áun á los pocos que lograron escaparse de la catastrofe. Eran trescientas personas que querían salvarse y que se resistían á morir, que acaso imploraban á Dios y acaso maldecían y blasfemaban, y en tropel iban de un lado para otro, sintiendo temblar bajo sus plantas las frágiles tablas que el choque había desunido. Se echaron unos cuantos botes al mar, y la lucha por la existencia dividió más y más á aquellos seres humanos que poco antes se estimaban pique. El egoísmo tapó los oídos de los débiles, cerró los ojos de los compasivos; el instinto de conservación se sobrepuso á todo otro sentimiento, y allí quedaron, en el barco que se hundía, una porción de seres humanos, condenados á la más espantosa de las muertes... Las aguas formaron un remolino, y el «Gijón» se hundió para siempre en aquel lugar maldito, fúnebre ataud de cerca de doscientas personas á quien sirvió de sudario la niebla, causa del siniestro.

Preciso es reconocer que los fatalistas tenían mucha ventaja sobre nosotros en eso de explicarse cosas que suceden y que, para nosotros, no tienen explicación. La fatalidad, esa diosa complaciente, apenas si les dejaba la menor duda sobre los hechos que lamentaban. Ella reglaba la vida de este mundo tan traqueteado, y de todo tenía ella la culpa. Nada que no hubiese previsto de antemano podía ocurrir en toda la superficie del planeta. Las grandes convulsiones políticas y sociales, los dolores individuales, no ménos muchas veces que los dolores de la colectividad, una guerra, una separación, una muerte, todo era fatal, ineludible, todo debía acontecer tarde ó temprano. Ni la torpeza ni el ingenio de los mortales adelantaba ó retrasaba el momento de la crisis, que se resolvía siempre con arreglo á lo ya prevenido de antemano. Estas ideas daban gran paciencia. Es cierto que mataban el libre albedrío, la libertad moral del hombre; pero ¿á dónde está esa libertad? La frase árabe: ¡Estaba escrito! tan perfectamente traducida por el ¡Dios lo ha querido así! de los cristianos, tranquilizan el espíritu y le infunden resignación...

En momentos como los actuales, ante sucesos como el naufragio del «Gijón,» el ménos preocupado ve en ellos algo de fatal. Parece que las fuerzas de la naturaleza tienen una inteligencia y la emplean en el daño. Hay, realmente, algo de ordenación en esas catástrofes imprevistas. Vasto es el mar sin límites, comparado con dos buques que le surcan, y hallar en su extensión una de esas cáscaras de nuez parece al pronto tan difícil como encontrar un alfiler en un felpudo; largo el tiempo de navegación y casi imposible hacer que en un momento dado coincidan dos viajeros. En ese mar inmenso sólo había un punto peligroso para ambos buques; en ese largo espacio de tiempo que uno y otro emplean en la travesía, sólo había un momento que confundiese sus destinos. Y, sin embargo, las coincidencias se han verificado. En ese momento se encontraron los dos buques en ese punto imperceptible. Algunas brazas de agua entre los dos, y nada hubiera acontecido. Algun instante de diferencia entre el paso de uno y otro, y los que han muerto vivirían; los que han visto morir sus ilusiones, seguirían alimentándolas; los que perdieron su fé en Dios, continuarían de hinojos ante sus altares consagrados...

¿Qué deducir de todo esto? Que la vida es corta, la inteligencia limitada, el Misterio muy grande y el hombre muy pequeño todavía...

\*\*

Unánime la opinión declara que el verano actual no se parece á los demás. Otros años, á estas alturas, no quedan en Madrid más que los desheredados de la fortuna, pobres gentes que durante los calurosos días de Agosto se bañan en sudor, ya que no pueden bañarse en el Cantábrico; y pasean por el Prado, ya que no tienen á su disposición una playa, y hablan de noches que refrescan, para hacerse la ilusión de que en la villa y corte se levanta cierta brisa que calma los ardores estivales. Otros años hace ya mucho tiempo que las más distinguidas cocottes y los gomosos ménos simpáticos, han emprendido su marcha hacia los Pirineos, golondrinas que anuncian á los franceses la llegada del verano, como las negras hijas de Africa nos anuncian en Marzo la proximidad de la primavera. Otros años no hay ya en Madrid ninguna dama distinguida de esas que, como figuras de retablo, pasan y repasan durante el invierno por las columnas de *La Epoca*, luciendo bustos esculturales, senos turgentes, gargantas de alabastro, ojos de fuego y porte soberano, y dando sueños de ambición y despertando deseos mal dormidos en la mente de la pobre hija del pueblo que lee la relación de sus fiestas y saraos y sufre sus halagos tentadores.

Ahora no ocurre nada de eso. Lejos de aumentar el número de sus trenes, las Compañías de ferro-carriles suprimen algunos de ellos. No se asiste en las Estaciones al alegre espectáculo de mucha gente que se va. No se oye hablar en donde

quiera de proyectos de viaje, marchas emprendidas ó bañerías distraídas. El comercio no ha sentido todavía el movimiento que esta época del año da á sus artículos de más alto precio. Las niñas cúrsis que hace poco publicaban en voz alta los detalles de su próxima expedición, parecen haber desistido de hacerla. Hay ménos licencias de altos empleados. Esa gente que en otras temporadas parecían obedecer á irresistible impulso de moverse, permanecen ahora quietas y como clavadas en su sitio...

Y es que, aunque, según las últimas noticias, el riesgo no es tan inminente, allá, sobre las crestas del Pirineo coronadas de nieve, levanta su fantástica silueta el espectro del cólera que sumerge sus pies en el Mediterráneo y agita sus alas sobre Tolón, Marsella y Cete, como si estuviera en acecho para lanzarse sobre los infelices que se pusieran á su alcance. Es que la idea de esa enfermedad terrible no se aparta de la imaginación de los hombres desde que la muerte denuncia su presencia y su hábito mortal se extiende por el aire como un perfume envenenado. Como á la llegada de un enemigo las sonrisas se borran en los labios, las palabras espiran en la garganta, la alegría desaparece de los ojos, así también ante el cólera y sus estragos, no hay cabeza que no se incline ni corazón que no redoble sus latidos. No hay frente á él alegría posible, animación, ilusiones: no hay más que miedo. Miedo á sus abrazos que ahogan, á sus besos que envenenan, á sus caricias que matan; miedo á ese frío que encoje los miembros; miedo á ese contacto que retuerce los tendones y hace nudos á los nervios. Donde él está no hay luz ni cielo; su sombra oculta el sol y lo reemplaza con una noche eterna, en cuyas tinieblas espesísimas sólo se oye el exterior del moribundo y no se ve más que la mueca inverosímil del cadáver.

En vano la ciencia, pidiendo sus datos á la estadística, se esfuerza en demostrar que la epidemia se presenta debilitada; en vano los sábios, comparando el cólera con la fiebre tifoidea, ponen en claro la mayor gravedad de esta última: el cólera es la enfermedad terrible que mata los hombres y separa las familias; que mata instantáneamente, sin dar tiempo á que el condenado pueda ver la cuchilla que le hiere. Y lo peor en estos casos, no es la enfermedad en sí, sino el espanto, que hace más víctimas que el mal cuya sola idea produce como un vértigo y trastorna el espíritu de los pusilánimes. Háblase de alzuos que han muerto de miedo; de otros que se han suicidado por miedo á que la enfermedad les invadiese; de otros que han perdido la razón...

No es, pues, extraño que el miedo haya cortado las alas á todas esas golondrinas y golondrinos que sólo aguardaban el saludo del mes de Julio para hacer las últimas compras y volar... volar muy lejos, en busca de clima más fresco, de país más divertido. Por este año no se irán; por este año podemos contar con su presencia. Animan el Retiro y los pocos teatros abiertos actualmente; pasean por el Prado algunas de las galas que esperaron lucir fuera de la corte, y apenas, apenas si se atreven á extenderse hacia la Granja. El cólera les ata á sus casas con los lazos del miedo, tan difíciles de romper.

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

## BIOGRAFÍA

del mariscal de campo  
D. ANTONIO DE QUINTANILLA

(Continuación)

Se estaba embarcando la tropa, cuando Agui fué atacado por la gola ya obstruida, y las dos compañías bastaron para poner á los enemigos en derrota y fuga, quedando varios muertos pasados, y como 40 ó 50 fusiles que yo tanto apetecía; y perseguidos, se embarcaron precipitadamente y replegaron al puerto de Valdivia.

Dado parte de este feliz suceso al virey Pezuela, me contestó el oficio que original se acompaña bajo la letra (C), que elogía á la guarnición de Chiloe, como á mi su gobernador y comandante general.

Continuaba yo en Chiloe sin bien satisfecho de la victoria conseguida, con el pesar de haberse perdido Valdivia, y retirarse su gobernador Montoya con las fuerzas sobre Chiloe; y á fin de evitar que los enemigos se estableciesen en Osorno, limitrofe á la provincia de mi mando, pasé á Caralmapu al

(C) Con mucha complacencia he leído el parte de V. S. de 20 de Febrero último, y del comandante de la batería de aquí D. Antonio Manuel Garay, en que se expresan las circunstancias de la gloriosa defensa de ese puerto, obligando al enemigo á reembarcarse con pérdida considerable de su tropa. El resultado de esta acción es correspondiente al concepto que V. S. me ha merecido, al valor de esa guarnición y ardor que se advirtió en ella; propio todo del honor, acreditada fidelidad y sentimientos del gobernador, oficiales y tropas á cuyo cargo está encomendada la defensa de esa provincia. Deseando, pues, darles una prueba de mi gratitud, he resuelto que por V. S. se den las debidas gracias en la orden general de esa plaza, y que se les haga reconocer á Garay y á los recomendados por este en su citado parte por ascendidos al inmediato grado con la antigüedad del día de la acción. Acompañó á V. S. el título interino del primero, y espero noticia de las armas á que corresponden los demás para expedirlos también interinamente, mientras los reciben de S. M., á quien voy á participar este glorioso suceso de sus armas.

Dios guarde á V. S. muchos años. —Lima Mayo 2 de 1820. — Joaquín de la Pezuela. Sr. Gobernador de Chiloe.

siguiente día, á obligar á los jefes á que volviesen á Valdivia para recuperar la plaza que habia sido abandonada sin la resistencia debida, y poniéndoles, por ejemplo, lo que habian hecho los chilotos bisoños en la defensa de su país. Efectivamente; regresaron estas tropas, y puestas en marcha no obstante de haberse insubordinado antes, deponiendo al comandante Santulla, y nombrando al comandante Bobadilla, se encontraron con los enemigos en el Toro antes de llegar á Osorno, y aunque al principio obtuvieron alguna ventaja los peninsulares, despues fueron completamente derrotados por las mismas fuerzas insurgentes que habian atacado á Chiloe al mando ya del francés Beauchefe, pues Miller habia quedado herido de la que recibió en Chiloe.

Los restos de todo el ejército real de Chile, con esta derrota reducidos á ménos de 100 hombres con muchos jefes y oficiales, se vinieron á Chiloe, y yo los remití á Lima á disposición del virey, excepto los correspondientes al arma de caballería y al jefe y oficiales de dicha arma, con los cuales formé un escuadron que situé en Caralmapu.

Empezaron los enemigos á destinar buques de guerra á bloquear Chiloe, amagando continuos desembarcos y teniéndome siempre alarmado hasta que se me presentó una ocasión para alarmarlos á ellos.

En el año de 1823 se presentó en el puerto una goleta, ó bergantin-goleta, que habia salido de Guayaquil destinada por su dueño á la California; se llamaba «Dos Hermanas» y traía á su bordo unos 25.000 pesos en efectos; su dueño, aunque vizcaíno, era muy insurgente y capitán del puerto de Guayaquil. El contramaestre (genovés) D. Mateo Mayneri, que habia servido en el ejército real á las órdenes de Benavides y hecho prisionero en la clase ya de capitán de caballería, se fugó de Valparaiso y fué á Guayaquil á ejercer el oficio de mariner, el cual habia tenido siempre, y como fuese aventajado en él, le nombro el dueño de la goleta contramaestre de ella.

Luego que salió la goleta de Guayaquil, se sublevó el citado contramaestre con la tripulación y se vino á Chiloe; declarándola yo buena presa, hice se dividiese el cargamento mitad para los sublevados apresadores y la otra mitad para el Real Erario. El buque era nuevo y de una velocidad extraordinaria por lo cual determiné destinarlo al corso.

Yo pude ser rico, y dudo que haya quien obrae con tanto desinterés en una ocasión como la que se me presentaba, sin más responsabilidad que cumplir con la ley, pues como me propuso un comerciante honrado y amigo, se me presentaba la ocasión más oportuna, y consistía en que yo mandase á poner en venta el buque; que él se quedaria con él como mejor postor; que verificado, me pediría artillería, armas y municiones, así como una patente provisional de corso, cosas que yo no deberia negarle, satisfaciendo su importe á la Hacienda; y que en recompensa me gratificaría con la mitad de lo que correspondiese á él como armador.

Esta proposición tan arreglada á la ley que nadie podía tachar de ilegal, ni nadie saber que me interesaba en las presas, fué desechada por mí en términos decisivos, contestándole á D. Dionisio Hontaneda (así se llamaba el comerciante): «Yo no he venido aquí á hacer caudal; sólo tengo dos camisas, y es mi equipaje tan pobre como el del soldado más infeliz; mi objeto es proporcionar recursos para mantener las tropas que defienden la provincia, y el buque lo voy á armar en guerra por cuenta del Estado, y lo que produzcan sus presas será dividido entre los apresadores y el Real Erario.» El comerciante me contestó: «Será usted siempre pobre.» En lo cual no se ha equivocado, pues habiéndoseme presentado esta ocasión de ser rico y otras, no las he aceptado por delicadeza y deseos de propender siempre al bien de la causa que defendía.

Procedí, pues, á armar la goleta que, por su buena construcción, porte y ser nueva, así como su sobresaliente andar, ofrecía para el corso las ventajas que se podían desear; la puse en proa dos cañones de 8 largos, sobre correderas, y en popa y costados seis cortos; la hice tripular con la correspondiente dotación de marineros y un oficial con 16 soldados; le di el mando al mismo Mayneri; le puse por nombre «El General Quintanilla»; le proveí de viveres y municiones, y con las instrucciones que acompaño en copia, letra (D), salió á hacer el corso, siendo éste tan ventajoso que al poco tiempo hizo varias presas, que remitió á Chiloe, é importaron para el Erario la cantidad de 2.169.378 1/2 pesos, que, aunque en efectos, sirvieron para suministrar todo el tiempo que duró la dominación española en la provincia, dándoles á las tropas, tanto veteranas como de milicias en servicio, parte de los sueldos que iban devengando, con lo cual se vistieron, así los soldados y oficiales como sus familias, y generalmente todos los habitantes de la provincia, á quienes se les vendían en cambio de viveres para la tropa.

(D) Instrucciones á las cuales se deberá arreglar el comandante de la goleta de guerra «General Quintanilla» en la comisión á que es destinado.

1.<sup>a</sup> En saliendo de este puerto tomará un apartamiento de tierra de veinte á veinticinco leguas, y disminuyendo latitud con el mismo apartamiento, pasará los paralelos de Valdivia y Concepcion, de día, para poder reconocer cualquiera de los buques que entren ó salgan en otros puertos.

2.<sup>a</sup> Llegado á la altura de 33 grados 20 minutos S., que es la de Valparaiso, cruzará con bordadas cortas, y siempre inclinándose hacia la parte del N., de modo que pueda reconocer los buques que salgan del puerto, y para este tratará

Se me presentó en el puerto un bergantin inglés con doce cañones, llamado «Lapuy», y le habilité de bandera y patente para hacer el corso; se le puso «General Valdés», cuyo nombre era el del jefe de nuestro ejército del Perú, el cual salió y apresó en la costa del Perú la fragata enemiga «Makena» con 300 hombres de tropa y la Plana mayor del ejército insurgente de Santa Cruz, derrotado en Moguegua por el nuestro. La fragata, con los 300 hombres, llegó á Chiloe; el bergantin, con los jefes prisioneros, naufragó bajo un temporal, á la altura de Chiloe, sin salvarse ninguno.

Por economizar gastos interné los prisioneros en lo interior; y éstos, que tomaron relaciones con los habitantes, imbuyéndoles sus ideas de libertad é independencia, hicieron mucho mal en la opinion y espíritu público. Luego que lo apercibí, los reconcentré en una pequeña isla, y hube de suministrarles para que comiesen; mas como llegó á noticia de

de tener la tierra á la vista algo confusa y no ser visto desde ella. El objeto de este crucero es lo que se va á prevenir en los artículos siguientes:

3.<sup>a</sup> A todo buque que vea que entra al puerto, despues de tomar de él las noticias que le pueda comunicar de Europa y de los puntos de América, le mandará ir en Valparaiso, pudiendo irse á cualesquiera de los puertos de barlovento ó sotavento, ó mantenerse en la mar por los días que le señale é intimarle que, si despues de estas prevenciones, tratase de entrar forzando el bloqueo, será tenido por buena presa, sin disculpa.

4.<sup>a</sup> Será reconocido igualmente todo buque que salga del puerto, que es el principal objeto de este crucero, para tomar las noticias que constan en el papel separado; y para ver si convienen las que dé el primer buque que salga, esperará á reconocer otro, preguntándole las mismas.

5.<sup>a</sup> Si de los dos buques reconocidos á la salida del puerto no resultase haber salido expedición de tropas del puerto de Valparaiso ó de alguno de los de Chile contra esta provincia, enderrotará inmediatamente el capitán Mayneri con el buque de su mando á este puerto, para ver si puede tomarlos los transportes á la entrada y ayudar á hacer la guerra en esta provincia.

6.<sup>a</sup> Si de las referidas noticias resultara estarse aprestando la expedición contra esta provincia, en Valparaiso ó alguno de los puertos de Chile, ó que no se sepa para dónde es la tal expedición (con sólo estarse aprestando), vendrá inmediatamente á avisar para recibir órdenes.

7.<sup>a</sup> Si de las referidas noticias resultase no haber salido, ni estarse aprestando expedición, abandonará el crucero y se enderrotará á Coquimbo: reconocerá el puerto y sacará de él, si le es posible, el buque ó buques enemigos que hubiese; de allí pasará al Guasco y hará la misma operación. Correrá la costa hacia el N. y tomará noticia en el Rio Loa, ó Pabellon de Piva, del estado y situación que ocupa nuestro ejército, la parte de costa que se halla por las armas del rey y qué buques tienen los enemigos en los puertos intermedios.

8.<sup>a</sup> Con los datos que allí reciba se dirigirá á los puertos donde pueda, y no haya buques de superior fuerza al que lleva, tomarlos los transportes y hostilizarlos del mejor modo posible. Se dirigirá igualmente al punto de la costa que esté por nuestras armas, y entregará, si le es posible, la correspondencia que lleva, para que sea remitida al excelentísimo señor virey.

9.<sup>a</sup> Verificado todo esto, ó cuanto le sea posible, y obrando con rapidez sin nunca fondearse, seguirá su navegacion, tomando un apartamiento de 12 á 20 leguas de la costa, para ver si puede tomar algún buque que venga remontando desde el Callao con auxilios á los enemigos, y entrando por el boqueron de Pisco, reconocerá el puerto, haciendo lo mismo que se ha prevenido en el art. 7.<sup>o</sup>, que habla de Coquimbo y Guasco.

10. Efectuado este reconocimiento, pasará á situarse, haciendo rumbo derecho, á las Hornigas, donde cruzará sin pasar nunca al N. de ellas, teniéndolas siempre á la vista. En este puerto se mantendrá seis ó ocho días, sin permitir entre buque alguno en el Callao para que no tengan noticia de su entrada allí. Verificado este crucero, se pondrá en dirección á este puerto, recalando á Cocotue, para tener siempre el barlovento del puerto en caso de que haya crucero desde la boca hasta Huechuereny. Si reconociese algún buque cruzando superior en fuerza, se dirigirá á entrar por la boca del Sur; si es de ménos andar el que encuentre, podrá entonces venir hasta la boca del puerto, pero de ningún modo entrará de Guapitamy para adentro sin echar primero el bote en Guapacho con un oficial de su confianza, señalándole tiempo en que deba de volver a bordo, pues el fin es evitar haya buques enemigos fondeados en el puerto del Inglés, que pudieran tomarlo á la entrada sin estas precauciones.

11. Los buques enemigos que tomase desde este puerto hasta los de intermedios, sino fuesen de buen andar y no tuviesen cargamento de interés los echará á pique, y si fuesen buenos ó tuviesen algún cargamento, los remitirá por la boca del S. á fondear al S. de la punta de Huechupicun en la isla de Fanguí. Se guardará toda humanidad con los prisioneros, sin votarlos á costas desiertas, ni maltratarlos, tratando siempre de tenerlos seguros ó en prisiones, si fuese necesario.

12. Los buques neutrales que encuentre en su navegacion y puertos, serán bien tratados sin irrogarles perjuicios ni atrasos. Sólo serán remitidos á este puerto los que tengan á su bordo viveres de cuenta de los gobiernos enemigos, caballos, monturas, tropas, oficiales, armas más de las competentes para el manejo del buque, artillería de tierra, pólvora, municiones, y demás pertrechos de guerra que exceda á lo que corresponda al buque.

13. Los buques neutrales que lleven á su bordo propiedades de ciudadanos de los países enemigos, se les mandará entreguen dichas propiedades, si las pudiese cargar el buque de guerra; se les dará un recibo y se les pagará su flete con arreglo á la contrata que hubiesen tenido con sus dueños, y ningún buque neutral podrá entrar en los puertos intermedios con viveres, aunque sean de propiedad de neutrales, y así les mandará se retiren de la costa, dirigiéndose á Lima ó á Chile.

14. Se le reencarga nuevamente el buen trato y urbanidad con los capitanes de los buques neutrales, y este mismo encargo hará al oficial y gente que remita á sus bordos, y si alguno se excediese, lo castigará a presencia del mismo capitán extranjero, agraviado, evitando por todos los medios posibles hayan quejas ni reclamos de los extranjeros con nuestro gobierno.

San Carlos de Chiloe, 19 de Noviembre de 1823.—El gobernador y comandante general, Antonio de Quintanilla.

los buques enemigos que bloqueaban el puerto, entró en el Archipiélago una fragata de guerra para libertarlos; pero no lo consiguí, porque los hice embarcar apresuradamente, trasladándolos á la isla Grande; como estos prisioneros eran una carga, exploré su voluntad, y tomaron partido algunos, y los demás les di pasaporte para irse á Valdivia á incorporarse á los chilenos.

No me olvidé de mi primera atención de remitir auxilio á nuestras tropas de fuera de la provincia: remití al virey de Perú el escuadron de caballería que habia formado de los restos del ejército de Chile, á cuyo efecto compró la Hacienda un bergantin, el «Chilote», que lo transportó á los puertos del Perú para que fuese armado; interinamente le armé en guerra con un cañon largo de 24 giratorio, y llegó felizmente.

Del mismo modo, por dicho bergantin, remití al comandante de las fuerzas que habian quedado defendiendo la frontera de Chile en Araca, coronel Benavides, oficiales, entre ellos á los hoy generales Senorain é Ibarra, que entonces eran subalternos, y cañones, de que carecía, así como municiones y de cuanto yo disponia para sostenimiento de la guerra por aquella parte.

Los enemigos, ayudados por extranjeros desnaturalizados que estaban entre ellos, no podían ver con indiferencia que Chiloe les hostilizase del modo que dejo dicho, interrumpiendo su comercio y causando á éste pérdidas considerables, y se propusieron acabar con la dominación española que existía en aquel rincón del continente; al efecto, enviaron contra Chiloe un ejército de 3.000 hombres con todos sus buques de guerra, y mandado por el presidente de la República D. Ramon Freire. Esta escuadra se presentó á la boca del puerto y se dirigió á Chacao, donde hizo su desembarco, y tomó los pequeños fuertes de aquel punto, pero no el bergantin «Chilote», que, de regreso de su expedición, se hallaba fondeado en él, y que, al ver los buques enemigos, se puso á la vela y fué abandonado por el patron á cuyo cargo estaba, el cual, dejando en un barril de pólvora una mecha encendida, voló casi al tiempo que llegaban las chalupas enemigas á abordarlo.

Freire, con objeto de sitiarme en San Carlos, donde no tenia yo más que el batallón veterano y artilleros con el vecindario armado, dirigió dos batallones en dos fragatas á lo interior del Archipiélago, para que, desembarcando en Dalcagüe, como lo verificaron, se interpusiesen en el camino, único que desde lo interior de la provincia va al puerto de San Carlos; yo, luego que le vi en Chacao, presumi cuál era su intención é hice situar 300 milicianos, con un cañon de montaña, en una emboscada, y mandé las dos compañías de granaderos y cazadores á apoyar á los milicianos. Esta fuerza, bien situada en la Laguna de Mecupulli, rompió el fuego sobre el batallón que venia á la cabeza, de modo que la banda de tambores y la primera compañía casi toda quedó muerta en el estado de formación, y continuándose el fuego por ambas partes, sin avanzar los enemigos ni los nuestros, ambos se retiraron a un mismo tiempo, quedando el campo por los heridos de una y otra parte. Yo, que habia salido de San Carlos, anduve el camino en posta, encontrando parte de la tropa en retirada, y las milicias, dispersas, se habian ido á sus pueblos.

Mi situación era crítica: yo creía que los enemigos se habian interpuesto ya y que estaba sitiado é incomunicado con lo interior de la provincia; necesitaba abrirme paso á toda costa ó perecer; arengué á la tropa; la hice ver que con la retirada á San Carlos éramos perdidos, y los entusiasme, volviendo resueltos á abrirnos paso; pero no fué necesario, porque los enemigos, aterrados igualmente, se habian retirado á sus buques; y, sin más que recoger los heridos, que eran muchos, pasé á situarme en Patemun, donde volví á reunir las milicias dispersas, y aproximándome á Dalcagüe, punto donde estaban los buques, desistieron éstos de nuevo desembarco, retirándose á Chacao, y habiéndolo yo notado, corrí presuroso al puerto de San Carlos con las compañías veteranas para defender aquel punto era atacado.

El ejército enemigo, viendo mi actitud, no se determinó á nueva batalla, y reembarcando sus tropas, se hicieron á la vela para los puertos de Chile, y su caballería por el continente sobre Valdivia.

Con alguna fuerza pasé al continente de Caramalpu para pisar la retirada á la fuerza enemiga que habia pasado ya el Maullin; la alcancé y la perseguí, volviendo enseguida á Caramalpu, por cuyo canal acababa de pasar el bergantin de guerra *Galvarino*, de 14 cañones que, creyendo aún en Chacao á su escuadra y ejército, venia á reunirse con ellos y á atacar con tres lanchas cañoneras que tenia allí, obligándole á internarse en el Archipiélago.

La victoria conseguida sobre el ejército enemigo entusiasmo á las tropas y habitantes de la provincia; y yo, por las disposiciones y actividad, merecí el más alto aprecio del país, así como del virey del Perú, como consta de las dos comunicaciones originales que se acompaño bajo la letra (E).

(E) Impuesto por el oficio de V. S., fecha 29 del precedente Marzo, de haber entrado por la boca de este puerto una expedición de Chile compuesta de siete buques, y de un ejército á su bordo al mando del director Freire, que desembarcó en Chacao; y de las medidas tomadas por V. S. para operar sobre el enemigo, no dudo tengan feliz resultado, y que esos fidelísimos habitantes darán una nueva prueba de su heroicidad y decision por la causa del Soberano, aumentando las glorias de V. S. y de los señores jefes, oficiales y tropas, que tanto se han distinguido en la defensa y conservación de esa provincia.

Ya quedábamos libres de volver a ser atacados. Los enemigos perdieron, además, la corbeta de guerra de 18 cañones «Voltaire», que encalló en los bajos de Caralmapu al intentar un desembarco en aquel punto.

A los pocos días de estos sucesos y estando aún el bergantín enemigo «Galvarino» en una de las islas del Archipiélago, entraron en el puerto de San Carlos, nuestro navio «Asia», de 75 cañones, y el bergantín «Aguiles», de 22, procedentes de Cádiz y a disposición del virey. Yo les di puntual noticia a los comandantes Gurruceta y Pavia de la fuerza de los buques enemigos, su estado y que debían haberse dirigido a Talcahuano, donde podrían ser tomados por el navio y bergantín, y al efecto les propuse que, embarcándose yo con 300 chilotes en el bergantín «Guadalupe» que tenía yo allí presa de la goleta «Quintanilla», haría de noche un desembarco en San Vicente o Tumbes, en cuyo país era muy práctico, y sorprendería las baterías del puerto, mientras nuestros buques se apoderaban de los de nuestros enemigos, y que después pasaríamos a Valparaíso y demás puertos hasta el Perú, sin dejar a los enemigos de Chile y Lima ni una canoa. Yo me ofrecí a esta expedición por dos cosas: la primera, porque veía fácil su ejecución; y la segunda, por salir de Chiloe para el ejército del Perú, donde se hacía carrera y los ascensos eran más frecuentes por proporcionarse ocasiones de batallas, que son las que convienen a los militares para ascender. No admitieron nuestros marinos mi proposición, porque traían orden del gobierno para permanecer anclados en Chiloe hasta que, dando aviso al virey del Perú de su llegada, recibieran orden de aquella autoridad. Les propuse se diese a la vela el bergantín «Aguiles» a apresarse al «Galvarino», que estaba en una isla del Archipiélago, y se negaron diciendo lo mismo que a mi primera invitación. En este estado, me pidió Gurruceta pusiese a sus órdenes mis seis lanchas cañoneras y el bergantín presa «Guadalupe». Lo efectué, y las lanchas las destiné a hacer agua y lastre para el navio y bergantín, así como para levantar anclas y cuantos servicios les ocurrieran, destrozándolas en términos que cuando salieron del puerto los buques estaban inservibles. El bergantín lo envié a las costas del Perú con el aviso de su llegada al virey, y no volví a saber nada de él, regularmente lo venderían.

En este tiempo supe que la goleta de guerra «General Quintanilla» había sido presa por la fragata de guerra francesa «Diligente», no obstante estar nuestra nación en paz con los franceses, y manifesté a Gurruceta cumplía al honor de nuestro pabellón que la reclamase; tampoco lo hizo.

Como el navio y el «Aguiles» tenían viveres para cuatro meses, le manifesté que podrían economizarlos, por no ser fácil proveerse de ellos: esto sí lo aceptó, y en consecuencia, como tenía el Erario efectos por valor considerable, mande se comprasen vacas, patatas y jamones, y se le suministraron a los buques durante los seis meses de estancia en Chiloe, importando 18.000 pesos, según la cuenta que aquellos ministros me pasaron y yo remití al gobierno. Es como sigue:

Desde luego puede V. S. contar con que aprobaré gustoso los grados u empleos que confiera a los que por sus brillantes acciones se hayan hecho merecedores de premio, cuya relación aguardo por momentos, persuadido como estoy del triunfo de nuestras armas.

Dios guarde a V. S. muchos años. Cuzco 7 de Mayo de 1824.—José de la Serna.

Señor gobernador y comandante general de la provincia de Chiloe.

San Carlos 18 de Setiembre de 1824.

Hágase saber en la orden general del día a los cuerpos el contenido de este oficio, con la prevención de que se lea a la tropa en la lista de la tarde, para la general satisfacción de todos los militares, por el singular aprecio que merecen sus servicios al excelentísimo señor virey.—Quintanilla.

«En circunstancias de que los momentos me son necesarios para dirigir al señor comandante del navio Asia la correspondencia de que hablo a V. S. por separado, recibo el parte detallado que V. S. me da en oficio, núm. 50, sobre la de esa hecha por las valientes tropas que guarnecen ese archipiélago, contra la invasión del ejército de Chile, al mando del caudillo Freire, y de sus felices consecuencias, a las que han cooperado esos siempre fieles y decididos habitantes por la causa del rey.

«Quedo enterado en grande del mérito de la defensa, del acierto y decisión con que V. S. combinó sus operaciones, para arrojar de ese fidelísimo suelo el ejército invasor: de la intimación que el rebelde Freire hizo a V. S. y al cabildo, y sus enérgicas y oportunas contestaciones; del parte de la acción de Mocopilli, y de las particularidades de que V. S. me da cuenta.

«Quedo asimismo complacido de la decisión y resistencia hecha por V. S., los jefes, oficiales, tropa y fidelísimos habitantes, y a todos ellos les daré V. S., en nombre de S. M. y mio, las debidas gracias por su buena comportación y sentimientos leales y propósitos de unos verdaderos vasallos del rey, que tantas pruebas tienen dadas de adhesión a la justa causa. Mas luego que oiga el dictamen del señor subinspector general sobre la relación de premios, que por cuatuplicado me remite V. S., resolveré con complacencia lo conveniente, pudiendo V. S. asegurar a todos ellos, que los premiaré, según y como merecen sus servicios, y me manda el rey nuestro señor, al autorizarme para que continúe dando en su real nombre los empleos y grados militares a los merecedores de ellos.

«Repito a V. S. que en breve le comunicaré la concesión de premios, y que me es muy satisfactoria la defensa hecha por esa provincia para no sucumbir a las ideas revolucionarias que traía a ella el insurgente Freire, en vez de la quimérica libertad.»

Dios guarde a V. S. muchos años, Andaguailas 19 de Agosto de 1824.—José de la Serna.

Señor gobernador y comandante general de Chiloe. Se comunicó por este Estado Mayor a los cuerpos de este ejército en la orden general del 18 al 19 del corriente mes el oficio que antecede del excelentísimo señor virey del Perú, según se ordena por el decreto marginal del señor comandante general.—Rio.»

RAZON de las partidas así en moneda acuñada como en barras de plata, piña y otros artículos que desde 4 de Agosto del año pasado de 1823 hasta 28 de Marzo de 1824, entraron por cargo en esta tesorería, procedentes de los buques que se expresarán, en conformidad de las órdenes libradas por este gobierno, a saber:

1823		Fragata ARABIA remitida de Pisco, y apresada allí con el cargamento siguiente:			
Agosto 4	Por 95.357 pesos 4 reales, importe de su cargamento compuesto de aguardiente y otros artículos que condujo esta fragata, y asciende a esta suma, según avalúo y precios a que se han puesto a vender dichos artículos. . . . .	95.357	4		
		Bergantín-goleta nombrada las CINCO HERMANAS, pasada de Guayaquil a ésta			
Nov. 4	Por 77.111 pesos 6 reales que importaron los efectos de que se compuso su cargamento, según precios de venta. . . . .	77.111	6		
		A DEDUCIR			
	Por 12.000 pesos que se le entregaron en los mismos efectos a D. Joaquin de Abalia, piloto del expresado buque que lo condujo a este puerto, por la parte que tuvo tanto en el buque como en su cargamento, según lo acreditó ante este gobierno. . . . .	12.000	»	61.111	6
	Por 4.000 pesos que se le entregaron a D. Mateo Mayneri, que hizo de capitán de este buque al tiempo de su levantamiento. . . . .	4.000	»	16.000	»
		LIQUIDO CARGO . . . . .		156.469	2
Buques apresados por la goleta de guerra nombrada GENERAL QUINTANILLA					
Fragata ESTERMOR					
Dic. 20	Por 32.966 pesos 6 1/2 reales, importe de su cargamento, compuesto de plata sellada en piña, barras y otros artículos. . . . .	32.966	6 1/2		
		A DEDUCIR			
	Por 11.356 pesos 2 reales que en dinero se entregaron para los apresadores. . . . .	11.356	2	16.012	3 1/2
	Por 4.428 pesos 3 reales, entregados al capitán de este buque D. Carlos Grey, por haber justificado ser éstos de su pertenencia. . . . .	4.428	3		
	Por 1.169 pesos 6 reales, entregados al mismo por el flete de lo apresado, y utensilios que tomó la goleta General Quintanilla. . . . .	1.169	6		
1824					
Bergantín GUADALUPE					
Enero 6	Por 2.496 pesos 6 1/2 reales que importó su cargamento, compuesto de efectos del país de Chile después de deducir otra igual cantidad entregada en las mismas especies a los apresadores. . . . .	2.496	6 1/2		
Bergantín CATALINA					
Feb. 7	Por 132.061 pesos 7 reales que importó su cargamento, parte en plata sellada y la mayor en efectos valorizados a precios de venta. . . . .	132.061	7		
		A DEDUCIR			
	Por 40.388 pesos 7 reales entregados en efectos para los apresadores. . . . .	40.388	7	77.434	»
	Por 34.039 pesetas entregadas en efectos al capitán y dueño, y al fletador D. Marcos Walton . . . . .	34.039	»		
Fragata VIVIA					
Mar. 28	Por 41.743 pesetas 3 1/2 reales que importó el cargamento de este buque compuesto de plata sellada, piña y barras de idem y otros artículos valorizados y otros y otros a precios de venta. . . . .	41.743	3 1/2		
Cargamento del bergantín FEDERICO y conducido a este puerto por la fragata VIVIA por haberes sublevado aquél.					
Mar. 28	Por 1.902 pesetas que importaron los efectos pertenecientes a dicho buque. . . . .	1.902	»		
		TOTAL CARGO . . . . .		296.057	7 1/2

NOTAS

1.ª Que a más de las deducciones demostradas de los cargamentos de los buques que quedan expresados, hay que deducir cantidades de pesos por gastos de descarga, conducciones, arrendamientos de bodegas, comisiones, mantenimiento de los expresados buques, y soldadas pagadas durante sus estadas en este puerto.

2.ª Que de las botijas de aguardiente internadas para su mayor seguridad al interior de la provincia, se incendiaron en la isla de Quinchao con la casa en que se hallaban custodiadas, ciento diez y ocho de ellas, según consta del expediente obrado en su razón.

3.ª Que en la plata de piña, barras y otros efectos, se ha experimentado algun quebranto del cargo que hacen los interesados en los negocios que se han hecho de cambios, con el fin de reducirlos a dinero para el pago de las tropas de la guarnición, respecto de no haber otros arbitrios para subvenir a su entretenimiento, dimanado de no haberse recibido en el espacio de doce años los situados anuales que debía remitir el Erario del Perú, ascendentes hasta la fecha, a más de dos millones de pesos, de cuya falta resultan los créditos contraídos por esta tesorería, así a la guarnición como el vecindario de toda la provincia y comerciantes. Caja real de Chiloe, 18 de Julio de 1825.—Antonio Gomez Moreno.—Francisco Sanchez.

D. Antonio Gomez Moreno, interventor por S. M. de la real Hacienda de la provincia de Chiloe, tesorero honorario de ejército y ministro principal interino de la misma, y D. Francisco Sanchez oficial segundo con funciones de interventor,

Certificamos: que de las cantidades que quedan relacionadas procedentes de los buques mencionados en las distribuciones que se han hecho de sus importaciones, no ha percibido cosa alguna el señor brigadier D. Antonio de Quintanilla, gobernador y comandante general de esta provincia, ni por emolumentos, ni otra cosa que le pueda corresponder el valor, de un centavo, antes por el contrario, procediendo en todo con la justificación debida a su carácter, ha puesto de su peculio el papel y amanuense que se han necesitado emplear en las causas anexas a los buques apresados, consultando siempre la mayor economía, en todo decidido por la justa causa a la conservación de esta provincia y entretenimiento de sus tropas, y para que lo pueda hacer constar así, damos ésta en la Real Caja de San Carlos de Chiloe, a diez y ocho de Julio de mil ochocientos veinte y cinco.—Antonio Gomez Moreno.—Francisco Sanchez.—V.º B.º Quintanilla.

(Continuará.)

# ANUNCIOS

## MÁQUINAS "SINGER" PARA COSER.

La Compañía Fabril "Singer"

Se ha trasladado á

23, CALLE DE CARRETAS, 25.

(ESQUINA A LA DE CÁDIZ).

¡UN TRIUNFO MÁS!

Las máquinas "SINGER" para coser

han obtenido en la Exposición de Amsterdam la más alta recompensa:

El Diploma de Honor.

¡CUIDADO CON LAS FALSIFICACIONES!

Toda máquina "Singer" lleva esta marca de fábrica en el brazo.

Para evitar engaños, cuidese de que todos los detalles sean exactamente iguales.

CUALQUIER MÁQUINA "SINGER"

Pesetas 2,<sup>50</sup> semanales.

LA COMPAÑÍA FABRIL "SINGER"

Dirección general de España y Portugal:

23, CALLE DE CARRETAS, 25.

MADRID.

Sucursales en todas las capitales de provincia.

## PRONTUARIO DE ORTOGRAFIA PRACTICA

POR D. JOSÉ MARIA ORTEGA

Se halla de venta en las principales librerías y en casa del autor, Santa Engracia, Almacén de la Villa, Escuela pública de Chamberí.

Precio: 0'75 centimos. en rústica. encartonado 1 peseta.



## BANCO HIPOTECARIO

DE ESPAÑA

PRÉSTAMOS AL 6 POR 100 EN METÁLICO

El Banco Hipotecario hace actualmente, y hasta nuevo aviso sus préstamos, al 6 por 100 de interés en efectivo.

Estos préstamos se hacen de 5 á 50 años, con primera hipoteca sobre fincas rústicas y urbanas, dando hasta el 50 por 100 de su valor, exceptuando los olivares, viñas y arbolados, sobre los que sólo presta la tercera parte de su valor.

Terminadas las 50 anualidades ó las que se hayan pactado, queda la finca libre para el propietario sin necesidad de ningún gasto ni tener entonces que reembolsar parte alguna del capital.

Cédulas hipotecarias

En representación de los préstamos realizados, el Banco emite cédulas hipotecarias. Estos títulos tienen la garantía especial de todas las fincas hipotecadas al Banco y la subsidiaria del capital de la Sociedad. Son amortizables á la par en 50 años.

Los intereses se pagan semestralmente en 1.º de Abril y 1.º de Octubre en Madrid y en las capitales de provincia.

Los que deseen adquirir dichas cédulas podrán dirigirse en Madrid directamente á las oficinas del Banco Hipotecario ó por medio de agente de Bolsa y en provincias á los comisionados ap dicho Banco.

## JARABE DE RÁBANO IODADO

De GRIMAULT y C<sup>a</sup>, Farmacéuticos en Paris

Desde hace veinte años este medicamento dá los resultados más notables en las enfermedades de la infancia, reemplazando de una manera muy ventajosa el aceite de hígado de bacalao, el jarabe antiescorbútico y el yoduro de hierro.

Es un remedio soberano contra los Infartos é Inflammaciones de las glándulas del cuello, el usagre y todas las erupciones de la piel, de la cabeza y de la cara; excita el apetito, tonifica los tejidos, combate la palidez y la flojedad de las carnes y devuelve á los niños el vigor y la vivacidad naturales. Es un admirable medicamento contra las costras de leche, y un excelente depurativo.

IMPORTANTE: Los admirables efectos de este medicamento, consagrando su aceptación, han provocado numerosas falsificaciones é imitaciones sin valor alguno. Para obtener el legítimo y eficaz Jarabe de Rabano iodado, exijase en cada frasco la marca de fábrica, el sello azul y la firma de GRIMAULT y C<sup>a</sup>, además grabada en el vidrio.

Depósito: 8, Rue Vivienne y en las principales Farmacias y Droguerías

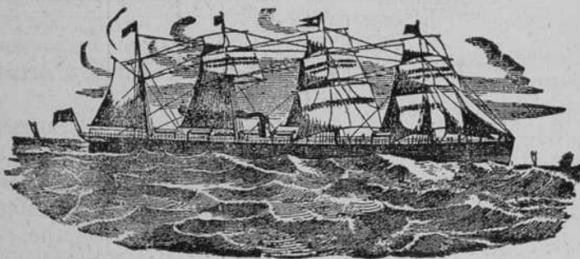
## VINO Y JARABE DE QUINA Y HIERRO

de GRIMAULT y C<sup>a</sup>, Farmacéuticos en Paris, 8, Rue Vivienne.

Hace 25 años que el Hierro, elemento principal de la sangre, la Quina Real amarilla, tónico superior del sistema nervioso, y el Fosfato reconstituyente de los huesos, fueron combinados íntimamente por M. GRIMAULT con un vino de Málaga rico y generoso.

Sus cualidades tónicas y reparadoras producen excelentes resultados en la anemia, la clorosis, la leucorrea, las irregularidades menstruales, los calambres de estómago consecutivos á estas enfermedades, el linfatismo y cuantas dolencias dimanan del empobrecimiento de la sangre. Excitando el apetito, estimulando el organismo y reconstituyendo los huesos y la sangre, el VINO DE QUINA Y HIERRO de GRIMAULT y C<sup>a</sup>, desarrolla con rapidez á los niños endeblés y á las jóvenes pálidas y abatidas. Este vino corta los ligeros accesos febriles, la humedad de las manos y los sudores nocturnos; es eficaz en las diarreas rebeldes, facilita las convalecencias penosas, y sostiene á los ancianos.

El JARABE de QUINA Y HIERRO de GRIMAULT y C<sup>a</sup>, que posee las mismas propiedades del VINO, es preferido por las señoras y por los niños que no aceptan ningún medicamento y toman este JARABE con placer por su delicioso gusto. — DEPÓSITO EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS Y DROGUERÍAS.



VAPORES CORREOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

(ANTES DE A. LOPEZ Y COMPAÑÍA)

SERVICIO PARA PUERTO-RICO, HABANA Y

VERACRUZ, SERVICIO PARA VENEZUELA, COLOMBIA, Y PACÍFICO

Salidas: de Barcelona los días 5 y 23 de cada mes; de Málaga 7 y 27; de Cádiz 10 y 30; de Santander el 20; y de la Coruña el 21.

Los vapores que salen los días 5 de Barcelona y 10 de Cádiz admiten carga y pasaje para LAS PALMAS (Gran Canaria) y VERACRUZ.

Los que salen los días 23 de Barcelona y 30 de Cádiz, enlazando con servicios antillanos de la misma Compañía Trasatlántica, en combinación con el ferro-carril de Panamá y línea de vapores del Pacífico, toman pasaje y carga á flete corrido para los siguientes puntos:

LITORAL DE PUERTO-RICO.—San Juan de Puerto-Rico, Mayagüez y Ponce.

LITORAL DE CUBA.—Santiago de Cuba, Gibara y Nuevitas.

AMERICA CENTRAL.—La Guaira, Puerto Cabello, Sabanilla, Cartagena, Colon y todos los principales puertos del Pacífico, como Punta Arenas, San Juan del Sur, San José de Guatemala, Champerico y Salina Cruz.

NORTE DEL PACÍFICO.—Todos los puertos principales desde Panamá á California, como Acapulco, Manzanillo, Mazatlan y San Francisco de California.

SUR DEL PACÍFICO.—Todos los puertos principales desde Panamá á Valparaíso, como Buenaventura, Guayaquil, Payta, Callao, Arica, Iquique, Caldera, Coquimbo y Valparaíso.

Rebajas á familias.—Precios convencionales por aposentos de lujo.—Rebajas por pasaje de ida y vuelta.—Billetes de tercera clase para Habana, Puerto-Rico y sus litorales, 35 duros.—De tercera preferente con más comodidades á pesos 50 para Puerto-Rico y 60 pesos á la Habana.

SEGUROS.—La Compañía, por medio de sus agentes, facilita á los cargadores el asegurar las mercancías hasta su entrega en el punto destino.

Darán detalles los Sres. Consignatarios de la Compañía.

En Madrid, D. Julian Moreno, Alcalá, 33 y 35.

En Barcelona, los Sres. Ripoll.

En Santander, Sres. Angel B. Perez y Compañía.

En Cádiz, Delegación Trasatlántica, Isabel la Católica, 3.

## Pildoras Purgantes

LE ROY

Farmacia COTTIN

51, rue de Seine, Paris

El mejor dentífrico,  
mas agradable y, sobre  
todo, mas Higienico:

Agua Philippe

empleada con la

Odontalina

PASTA DENTARIA, VERDADERO CARMÍN DE LA BOCA

PARIS: Hermin, 24, r. d'Enghien

## Capsulas de Sulfato de Quinina

de PELLETIER

0 de las Tres Marcas

A petición del cuerpo médico y en presencia de las falsificaciones que de continuo se producen y que el público se halla en la imposibilidad de reconocer, los Sres ARMET DE LISLE y C<sup>a</sup>, sucesores de Pelletier, inventor del Sulfato de Quinina, acaban de añadir á su fabricación la de pequeñas cápsulas redondas, delgadas, transparentes, de una conservación indefinida, que suprimen la amargura de la quinina, no se endurecen como las pildoras y grageas, se disuelven rápidamente en el estómago y contienen 10 centigramos de Sulfato de Quinina puro.

Las Cápsulas de Sulfato de Quinina de Pelletier curan con éxito las jaquecas y nevralgias las calenturas intermitentes y palúdicas; es el medicamento más enérgico que se conoce en las fiebres perniciosas y tifoideas, en las enfermedades del bazo y del hígado; es el tipo de los tónicos propiamente dichos; modera la transpiración, combate los sudores nocturnos y da á los órganos digestivos una energía que se comunica á todo el cuerpo y le permite resistir á la fatiga, las epidemias y las emanaciones perniciosas.

Depósito en PARIS, 8, Rue Vivienne  
Y EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS

NE CCCO

Para dar mayor desarrollo á uno de resultados conocidos, se sigue admitiendo pequeños y grandes capitales, interviniendo en las operaciones el mismo interesado; 36 por 100 de interés. Fuencarral, 90, bajo; de 9 á 12 y de 3 á 6.

LAS INVENCIBLES

Sales marinas del Cantábrico

de

YARRO MONZON

para baños de mar en casa. Paquete con algas gratis DIEZ REALES. Catorce años de existencia y la recomendación de médicos y enfermos son su mejor garantía. Hay paquetes de los baños minerales más en boga.

Pidanse en toda España y á YARRO MONZON, plaza de Herradores, farmacia.

MADRID

Imp. de EL PROGRESO, á cargo de  
B. Lanchares, Soldado 1.